

BERTA MARSÉ

Encargo



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
I. YESI O DESI
II. DESI
III. YESI
Créditos

A Manel
(1962-2017)

ENCARGO

No me des tregua, no me perdones nunca.
Hostígame en la sangre, que cada cosa cruel sea tú que
vuelves.
¡No me dejes dormir, no me des paz!
Entonces ganaré mi reino,
naceré lentamente.
No me pierdas como una música fácil, no seas caricia ni
guante;
tállame como un sílex, desesperame.
Guarda tu amor humano, tu sonrisa, tu pelo. Dalos.
Ven a mí con tu cólera seca de fósforos y escamas.
Grita. Vomítame arena en la boca, rómpeme las fauces.
No me importa ignorarte en pleno día,
saber que juegas cara al sol y al hombre.
Compártelo.

Yo te pido la cruel ceremonia del tajo,
lo que nadie te pide: las espinas
hasta el hueso. Arráncame esta cara infame,
oblígame a gritar al fin mi verdadero nombre.

JULIO CORTÁZAR (París, 1914-1984)

NOTA DE LA AUTORA: Agradezco mucho a este poema el haberme acompañado durante todo el proceso de escritura, un camino largo y a veces bastante oscuro. A todos aquellos con los que me he cruzado y os habéis parado o me habéis parado, aunque solo sea durante un rato, os lo agradeceré debidamente cuando nos veamos.

I. YESI O DESI

a) Elegir escenario y b) situar al protagonista o protagonistas en medio de una escena cotidiana, y, sin más, c) abrir el telón.

He tenido que leerlo varias veces para entenderlo. Vale que no estoy en mi mejor momento, que la medicación me tiene algo atontada y hace demasiado que no pongo mi cerebro a prueba, que no leo, que no hago crucigramas, que no pienso. Y vale que me he apuntado al taller de escritura creativa solo porque es lo que se espera que haga. Pero el enunciado del ejercicio tampoco está muy inspirado que digamos. Parece un sencillo ejercicio de orientación hacia el *cuándo* y el *por dónde* empezar; si no lo he entendido mal, y puesto que en algún lugar y en algún momento hay que empezar.

Pues venga, vamos allá. Sin más.

Mi escenario sería una habitación ordenada y pulcra. En las paredes se exhibirían posters, postales, fotografías, dibujos y demás señas de identidad propias de un temperamento joven, romántico, femenino. Habría una única estantería, de pared a pared, algo combada por el peso de los libros. Del techo colgaría un ventilador de aspas de madera y lamparita en forma de tulipán, estropeado desde hace tiempo. Un armario de luna, un perchero, una alfombra, un pequeño escritorio en el que una de las protagonistas estaría estudiando con los codos hincados. Veinteañera. Ni gorda ni delgada. Con gafas. A su izquierda una estrecha ventana abierta que daría a un patio interior. Se oiría el arrullo de las palomas y la tele de los vecinos. A la derecha, la cama. Sobre ella un puñado de peluches raídos. De pronto, sin que mediase una orden u otra indicación aparente, uno de ellos (uno con forma de chuchito sin raza, tamaño mediano, pelo duro y apelmazado, color pardo) abriría mecánicamente los ojos, se incorporaría con sumo cuidado, se bajaría de la cama y se enroscaría de nuevo sobre la alfombra. A todo esto la chica seguiría estudiando sin levantar siquiera la vista del papel, concentrada en sus apuntes y sus libros. Minutos después se oiría el girar de una llave en la cerradura de entrada, y luego el chirriar de un carrito de la compra por el pasillo.

Nada fuera de lo habitual. Hasta aquí, una escena cotidiana que vendría representándose alrededor de una década; que es de lo que se trataba, si no lo he entendido mal.

Sin embargo, aquel día...

1

Aquel día (9 de junio de 2013, sábado) el carrito de la compra no se detuvo a la altura de la cocina sino que avanzó chirriando, pasillo adelante, hasta que alguien abrió sin llamar la puerta de mi habitación.

–¿Qué pasa? –le pregunté a mi madre, al ver su cara de susto.

–Ha vuelto.

–¿Quién?

Mi madre miró a uno y a otro lado, como si hubiese micrófonos cerca.

–Yesi –dijo bajando la voz–. Yesica Lugano. La hija mayor de Isabel. Te acuerdas de Yesi, ¿no?

La garganta se me encogió de repente, y el corazón empezó a bombear allí con tanta fuerza que temí por mis tímpanos... ¿Que si me acordaba de Yesi Lugano? Cómo podría no acordarme, hubiese sido la pregunta correcta, aunque igualmente aterradora...

–Me acabo de enterar en el mercado. Se ve que anoche llamaron al interfono de los Lugano y era ella. Así, sin más. ¿Te lo puedes creer? ¡Es como un milagro!

Un milagro para mi madre. Para mí, uno de esos inmensos agujeros negros que engulle todo lo que se acerca a su campo gravitatorio. Me aferré a la mesa con las dos manos. Con la cabeza gacha, Chimo agitaba la cola esperando que mi madre, que lanzaba miraditas nerviosas a su alrededor, mordiéndose los labios, no reparase en su rastro sobre la colcha. Su preocupación le delataba.

–Al parecer está bien, al menos físicamente, pero... –también mi madre parecía impactada por la noticia, agarrada al pomo de la puerta con una mano y con la otra al carro de la compra, del que asomaba un apio–, pero fíjate, Desi, ya hace no sé cuántas horas que ha vuelto y todavía no saben nada, aún no les ha contado nada a sus padres, ni a la policía, ni a los médicos que han tenido que ir de madrugada para reconocerla... Se ve que podría estar tan traumatizada que les han aconsejado a Isa y a Piero que no la presionen, que ya hablará cuando se sienta más segura, que procuren estar tranquilos y actuar con naturalidad... ¡Como si fuese tan fácil –resoplaba, entre el estupor y la angustia– estar tranquilos con toda esa gente entrando y saliendo! Y actuar con naturalidad, sí, claro, pero si tienes más de cinco años y no has pasado por una academia de arte dramático, ya me dirás tú cómo...

Pero yo no iba a decir nada, seguía muda, sin aliento; como cada vez que me topaba con una fotografía de Yesi a la vuelta de una esquina, en una farola, en un semáforo, en un escaparate; como cada vez que su recuerdo me perseguía por el barrio y me hacía llegar a casa con el corazón en la boca; como cada vez que, de noche, en la cama con el perro, me acordaba de ella.

–Pobre Isa, qué horror... Quiero decir, es un milagro pero... no sé, no sé cómo podrá soportar otra vez tanta presión... ¿A ti te parece que debería llamarla?... o también crees que no es el mejor momento... ¡Por Dios, di algo!

2

Nacer en el mismo año, bajo el mismo signo zodiacal, vivir en el mismo barrio y estudiar en el mismo colegio, frecuentar el mismo parque, las mismas plazas, los mismos comercios no tiene por qué suponer una estrecha amistad. Si acaso una amistad circunscrita al espacio y al tiempo, ineludible, como una especie de tara genética. Pero no una amistad verdadera.

Yesica Lugano y yo nunca fuimos amigas de verdad, nunca intimamos ni nos hicimos confidencias. Ni siquiera en los años de parvulario y colegio que compartimos –hasta que su padre se decidió a matricularla en una prestigiosa escuela italiana–, y por mucho empeño que pusieran nuestras madres; o quizá, en buena parte, a causa de ello.

Porque todo lo que yo sabía de Yesi –y entonces creía que lo sabía prácticamente todo–, lo sabía por mi madre.

Mi madre tenía (tiene) una tienda en el barrio de Sant Antoni de la que la madre de Yesi, Isabel, era (ya no es) clienta fija. En el distrito izquierdo del Eixample aún se recuerda la fiesta de

inauguración, en Navidad de 1995. Yo tenía tres años. Una traca interminable y alguien exclamando que mi madre había *tirado la casa por la ventana* son mis únicos recuerdos; y la razón de que no haya una sola fotografía, un solo fotograma de vídeo casero, donde no aparezca con la boca abierta como un cazo, congestionada y tensa, totalmente aterrorizada.

A Yesi, en cambio, se la ve la mar de tranquila en brazos de su madre, toda ojos, con su gorrito blanco de perlé anudado bajo el mentón con hoyuelo.

Acababan de escolarizarnos.

Mi madre siempre había querido montar una tienda de labores de costura, donde ofrecer asesoramiento práctico y tal vez hasta impartir cursillos y talleres, una tienda que hiciese las veces de centro de reunión para las mujeres del barrio. Pero había aparcado la idea durante años; los que le llevaron encajar y asumir que no podía tener hijos, y hasta mi adopción.

Mi padre había aprovechado el auge de su profesión (el diseño gráfico), durante los felices noventa, para asociarse y montar un estudio puntero, y le alquiló a mi madre un pequeño local a dos manzanas de casa. En aquel momento se lo podían permitir. Los bancos y las cajas de ahorro animaban a emprender con lemas infalibles. *Lo veo. Lo quiero. Lo tengo.* Los sueños de futuro parecían al alcance de la mano. Nadie sospechaba la que se estaba fraguando y hasta qué punto se deteriorarían todos, desde los más modernos y ambiciosos hasta los humildes negocios de barrio.

Todos menos la tienda de mi madre.

Pero así fue. Las mujeres acudían en tropel y pasaban tanto tiempo en la tienda que acabaron arrastrando con ellas a las abuelas y a los más pequeños. Cochecitos de bebé, andadores, bastones, paraguas, patinetes, mochilas, carros de la compra se amontonaban en la entrada, dando cuenta del éxito, y mi padre protestaba cuando tenía que dejarme en medio de aquel caos, antes de volver a su trabajo, porque a mi madre no le había dado tiempo a recogerme. *Pero esto qué es...*, se preguntaba en voz alta, con retintín, *¿un negocio o un mercadillo?*

Nadie le hacía demasiado caso. Y de todas formas dejaría de preguntárselo (por lo menos en voz alta) al año de la inauguración, cuando mi madre alquiló el local de al lado para ampliar lo que ya era, a todas luces, un próspero negocio. Sustituyó el modesto rótulo en el que se anunciaba como *Mercería* por grandes letras de metacrilato que se iluminaban por dentro, diseñadas en el estudio de mi padre. *RIBÓ & CARALPS*. Como a una hija más, le puso mis apellidos a la tienda; y de paso le guiñó un ojo a Ribes & Casals, emblemático establecimiento de venta de tejidos al por mayor y al detalle, al otro lado del Eixample. No daba puntada sin hilo.

También contrató personal para atender a su cada vez más numerosa clientela, un servicio de catering resolutivo y sencillo –caldo casero, café y té y todo tipo de pastas saladas y dulces– y a un valenciano con peluquín, el señor Ramón, que nos recogía en la puerta del cole con su minibus escolar de catorce plazas y un cuarto de hora después nos dejaba en la tienda.

Ribó & Caralps, centro de reunión, información, producción e intercambio. El eje alrededor del cual todo giró de forma ordenada y rentable durante años.

Ganchillo, bordado, punto de cruz, patchwork, tricot, petit point...

En la tienda de mi madre se hacían labores de todo tipo y a destajo. Una muy considerable cantidad de primorosas y delicadas labores a las que nadie prestaba demasiada atención y acababan arrinconadas o regaladas a asociaciones benéficas. A mí me daba muchísima rabia. No podía entender que tanta velocidad y perfección no tuviesen importancia alguna ni asombrasen a nadie. Me preguntaba cuál sería entonces el sentido, el propósito de toda aquella frenética productividad; aparte de reunirse y hablar por los codos, claro.

Porque en la tienda de mi madre se hablaba por los codos. Se hablaba de todas las cosas que sucedían en el mundo, un lugar remoto y amenazador para nosotros los niños. El escándalo Lewinsky. El fin del milenio. El genoma humano. El cambio climático. Windows 2000. Cuanto menos entendíamos los titulares, más excitantes y peligrosos nos parecían.

También se hablaba de las cosas que sucedían de puertas hacia dentro, en cada uno de los mundos; no por más recónditos menos excitantes, ni menos peligrosos. De ese modo me enteré de muchas de las intrigas e intimidades que circulaban por el subsuelo del barrio.

Que la señora Vallès, capaz de tejer una virguería de patucos en menos de dos horas, estaba en guerra fría con su suegra... Que la señora García se había inyectado no sé qué en los labios... Que los cinco hijos de los Reguant se meaban en la cama porque le tenían miedo al padre... Que Piero, el padre de Yesi, asediaba a su mujer por un hijo varón... Que el *mío* encajaba con indiferencia el éxito profesional de la suya...

Se hace difícil rastrear, en el inicio algo apocalíptico del tercer milenio, el momento preciso a partir del cual ciertas palabras se cambiaron por otras y según qué temas se omitieron una vez *descargada* la furgoneta del señor Ramón en la puerta de la tienda. ¿Cómo pudo suceder así, de la noche a la mañana? Yo qué sé. Supongo que a los que empezábamos a comprender de qué hablaban exactamente se nos debió de notar en la cara. Tal vez fue una mirada demasiado atenta, demasiado sagaz. Puede que una pregunta demasiado capciosa. El caso es que, en cuanto tomaron conciencia de que *estábamos* allí, ya nada volvió a ser lo mismo.

Había que encontrar otras formas de entretenerse. Los mayores empezamos a salir a la calle, con los bolsillos llenos de pastas, para alimentar a un chucho que merodeaba abandonado por el barrio (sin raza, tamaño mediano, pelo duro y apelmazado, color pardo), y que ya no se movería más de la puerta de la tienda. Pegados a los cristales había adhesivos del *No a la Guerra*. Dentro, aún se hablaba acaloradamente de las Torres Gemelas y del desastre del *Prestige*. El euro ya estaba en vigor y algunas clientas veían con nostalgia la vuelta a los céntimos, pero la mayoría aún se hacía un lío con los cambios y a nosotros nos hacía muchísima gracia.

Fue la época en que Yesi y yo estuvimos más unidas –por los cuidados de Chimo y la campaña organizada para su adopción–, y sin embargo en la que más la odié. La época en la que a mí me pusieron gafas y ella empezó a perfilarse como la perfección hecha hija. Notas brillantes, oído musical, inquietudes intelectuales, habilidades deportivas. Y, por si el dechado de talentos y virtudes fuera poco, se le afinó la cara y el hoyuelo en el mentón empezó a brillar con luz propia. El mismo hoyuelo que hasta entonces la había hecho parecer rolliza se convirtió, según sus padres, en *la marca de los ángeles*, puesto que de repente le quedaba que ni pintado y no era herencia ni de la una ni del otro.

Yesi Lugano prometía mucho. Al menos así lo entendió mi madre, que a partir de entonces empezaría a imponérmela de ejemplo y modelo a seguir, sistemáticamente, deliberadamente, y no desaprovecharía ninguna oportunidad para hacerlo hasta aquel fatídico 5 de junio de 2008, cuando todo se desgració.

Yesi ayuda a su madre en las faenas de la casa. Yesi cuida a sus hermanas pequeñas. Yesi ha sacado todo notables y sobresalientes. Yesi se ha leído *El código Da Vinci*. Yesi ha ganado otra vez los Juegos Florales de su instituto. Yesi es la protagonista de la obra de fin de curso. Yesi toca

el chelo maravillosamente. Yesi es medalla de plata en los campeonatos de natación. Yesi ha sido elegida en un casting para un anuncio de leche rica en calcio y le va a dar a su madre todo el dinero...

En realidad, no había demasiadas razones para creer que empezar la ESO en institutos separados supondría un respiro para mí, una tregua que me permitiría recuperar fuerzas y, quizá, algo del terreno invadido. Si me hice algunas ilusiones al respecto, estas no me duraron ni un trimestre; lo que tardó Yesi en adaptarse a su nuevo instituto y consolidarse entre las *top ten* de la clase. Sus excelencias y sus logros fueron un mantra a lo largo de mi preadolescencia. Y todo gracias a mi madre, que por entonces había intimado mucho con la suya.

Isa se arrastraba hasta la tienda, empujando un cochecito y de nuevo embarazada, en busca del consuelo y el apoyo que necesitaba en aquellos momentos. Lo que *no necesitaba* era tener más hijos, le diría a mi madre, en confidencia. Con *su* Yesi le bastaba, y además quería retomar algún día los estudios de nutrición y dietética. Pero había cedido para complacer a Piero, cuya insistencia calificaba de *taladrante*; sobre todo tras su ascenso en la empresa de venta y mantenimiento de electrodomésticos en la que trabajaba, que le libraba de tanto viaje y le permitía pasar más tiempo en casa.

Y tuvieron dos niñas más, una detrás de la otra; las dos poco antes del cheque bebé, ninguna con hoyuelo en el mentón. Mi madre solo destacaba este tipo de detalles cuando le traicionaba el subconsciente, la envidia por la fertilidad que a ella le había sido negada. Por lo demás, todo era solidaridad, aliento y elogios, cuando nos las cruzábamos a las cuatro por el barrio o en la tienda.

A mí también me daba un poco de envidia, pero yo apretaba los dientes y me limitaba a saludar a Yesi con un golpe de barbilla y a no mostrar (nunca jamás) interés por nada de lo que ella pudiese hacer o decir. Siempre que Yesi quería comunicarme algo, yo ya lo sabía, porque mi madre me lo había dicho antes.

¿Sabía que la habían escogido para un anuncio *de*? Ya lo sabía. ¿Sabía que competía en los campeonatos *de*? Ya lo sabía. ¿Sabía qué? Ya lo sabía.

Lo sabía todo, y no tenía nada que decir.

Así es como me defendía, así es como la castigaba. ¿Injusto?, nadie lo sabe mejor que yo, porque si Yesi Lugano no tenía la culpa de ser tan perfecta, yo tampoco. Había llegado el momento de poner a prueba el tan afamado instinto de adaptación y, lo más difícil, fiarse de él. Y el mío me recomendaba fingir una tozuda indiferencia.

Así, siempre que nos las encontrábamos casualmente por la calle, mientras nuestras madres se agarraban del brazo y caminaban muy juntas, cabeza con cabeza, pisándose al andar y al hablar, Yesi y yo nos ignorábamos discreta y educadamente; tan educadamente como solo saben hacerlo las enemigas íntimas.

De todas formas, a ella no parecía amargarle. Una chica tan aplicada, mona y popular siempre encuentra quien le regale los oídos. Yo no pensaba hacerlo, como tampoco pensaba dejarme sorprender en el deslumbramiento ni en la envidia. Nunca (eso pensaba) renunciaría a esa ventaja, pequeña pero crucial, que mi madre me daba con su insistencia *taladrante*. No me había dejado otra opción.

Pasó el tiempo. Desde que entró en vigor la ley antitabaco algunas clientas salían a fumar a la puerta de la tienda, que sin embargo parecía más abarrotada que nunca. Dentro y fuera se hablaba de la trama Gürtel y del caso Madeleine. De los cincuenta millones de dólares para quien atrapase

a Bin Laden vivo o muerto; más de una se mostraba dispuesta a intentarlo, se urdieron algunos planes curiosos.

Sobre todo, se hablaba de la crisis. De la *burbuja* que al parecer había estallado sobre nuestras cabezas sin que nos diéramos cuenta, para mi gran desconcierto, y amenazaba con poner fin a una década de prosperidad. No menos desconcertantes me resultaban las expresiones que, desde las altas esferas y a través de los medios, se difundían machaconamente en lugar de la palabra maldita. *Bache temporal, crecimiento negativo, estancamiento, recesión*. Apenas tres años después de celebrar por todo lo alto el décimo aniversario de la tienda, entramos de lleno en una *desaceleración económica transitoria*. Al parecer de la clientela, otro eufemismo para lo que ya se detectaba en el radar, una *pedazo de crisis* a la vuelta de la esquina.

Los eufemismos funcionaron hasta que dejaron de hacerlo, y para entonces ya no se hablaba de otra cosa. Ya no se frivolizaba con la suerte ajena ni se oían tantos chismes cifrados. Ya no se hacían planes a largo plazo. Cuando volvía del instituto tenía que abrirme paso entre una horda de fumadoras, apiñadas en la puerta. Dentro, el ambiente parecía el de siempre pero ya no lo era. Solo se reían los niños. La merienda no faltaba, pero tampoco sobraba, y en la trastienda las botellas de cava para las ocasiones especiales empezaban a acumular polvo; la última que recuerdo fue descorchada por Carmen Chacón, el día que tomó posesión de su cargo como ministra de Defensa y luego pasó revista a las tropas, embarazada de siete meses.

No puedo decir que, a mis quince atolondrados años, fuera demasiado consciente de lo que significaba la portada de los periódicos de aquel 14 de abril de 2008, la foto que dio la vuelta al mundo y marcó un hito en la tienda, pero al menos estaba allí. Atolondrada, desorientada, atiborrándome de pastas, suspirando por un teléfono móvil con el que hacer mi entrada en el mundo virtual por la puerta grande. Pero yo estaba allí, mientras que Yesi asistía a sus clases de lenguaje musical en el conservatorio y luego al ensayo general para la obra de fin de curso.

De puertas hacia dentro cada uno de los mundos gestionaba *su* crisis como podía. Los hijos de los Reguant ya se habían largado de casa, alguno de ellos sin alcanzar la mayoría de edad. Los retoques que la señora García seguía haciéndose en la cara empezaban a asustar a los niños, y nadie se atrevía a decírselo. La pobre señora Vallès, que había enterrado a su suegra, ahora luchaba contra un fantasma. Seguía siendo una virtuosa del croché, pero sus patucos empezaban a parecerme una horterada de lo más *kitsch*.

Yesi también se hacía mayor. Pero ella se multiplicaba en actividades extraescolares (destacando en todas) y colaboraba en la economía doméstica cuidando a sus hermanas pequeñas, Lisetta y Anna, e incluso trabajando de modelo adolescente para una agencia de casting. Demasiado ocupada para gandulear por la tienda, como *otras*, sin más preocupación que arrasar con las pastas saladas y poner la antena.

Pero si alguna tarde se dejaba caer por allí, con su uniforme italiano, sus ojos melancólicos, algo saltones, su delicado hoyuelo en el mentón, a veces cargando con el violonchelo, o con el pelo mojado de la piscina..., yo daba el consabido golpe de barbilla a modo de saludo, entornando un poco los ojos porque me habían puesto lentillas y aún no estaba habituada.

¿Sabes qué?, decía ella.

Ya lo sé, decía yo.

Y así nos plantamos en el final del curso 2007/2008, último antes de acceder al bachillerato. Otro mundo, en el que no eras nadie sin teléfono móvil y perfil en Facebook, y para el que ambas

estábamos sobradamente preparadas. A punto de cumplir dieciséis años bajo el signo de Géminis, nuestro horóscopo pronosticaba un verano iniciático, según la revista *Súper Pop*.

No sé qué haría Yesi, pero yo lo busqué en Google.

Iniciático/ca. 1. adj. Perteneciente o relativo a una experiencia decisiva o a la iniciación en un rito, un culto, una sociedad secreta, etc.

No me quedó muy claro, pero sonaba bien. En todo caso a nada de lo que en realidad se nos venía encima y que, entre otras muchas cosas, se llevaría el bachillerato por delante.

4

Sucedió la noche del primer viernes de junio, pasadas las doce. Tras haber toreado a mi madre durante un par de horas –sus súplicas primero, luego sus amenazas– hasta conseguir ponerla de muy mal humor, saqué al perro a pasear. No sabía por qué lo hacía, si igualmente iba a acabar sacándolo, pero no podía evitarlo.

Salí a la calle en zapatillas y con Amy Winehouse a todo trapo por los auriculares. *They tried to make me go to rehab but I said «no, no, no»*. Chimo leía el periódico (como decía mi padre) olisqueando a su ritmo las farolas y los huecos de los árboles, y yo le dejaba ponerse al día, concentrada en la letra de una canción que me había tomado la molestia de traducir y memorizar. *Yes, I've been black but when I come back you'll know, know, know*.

Oí un frenazo. Dos hombres trajeados saltaron de un coche parado en doble fila un poco más arriba. Vinieron hacia mí con paso decidido, sorteando los coches aparcados hasta que, apenas a unos metros de distancia, uno detuvo al otro poniéndole una mano sobre el pecho. Le dijo algo. Me pareció leer en sus labios algo así como *esta no, que lleva perro...* Luego volvieron corriendo sobre sus pasos, se metieron de nuevo en el coche y salieron derrapando calle abajo, saltándose el semáforo.

Apenas fueron cinco, siete, diez segundos en total. Sucedió tan deprisa que no me dio tiempo ni a asustarme. La voz rasgada de Amy seguía atronando en mi cabeza. *I ain't got the time, and if my daddy thinks I'm fine, he's tried to make me go to rehab, but I won't go, go, go*. Chimo y yo nos miramos, desconcertados, y luego volvimos a casa y nos metimos en la cama con la sensación de que algo (feo) había estado a punto de suceder pero, afortunadamente, no había sucedido.

No me enteré hasta el mediodía siguiente, sábado, cuando la noticia que corría por todo el barrio como la pólvora me alcanzó en la cola de los pollos a *l'ast*, y me estalló en plena cara.

Yesi Lugano había desaparecido. Yesi tenía que volver a medianoche de un concierto, pero no volvió. Yesi no llegó a su casa esa noche, ni de madrugada, ni tampoco al día siguiente, como dijeron los mossos d'esquadra que haría, ni al otro.

La amiga con la que Yesi había ido al concierto la despidió a dos esquinas de su casa, a cuatrocientos metros de su portal (a seiscientos del mío), poco después de la medianoche. Venían de un concierto de El Canto del Loco en el Palau Sant Jordi. Yesi había ganado dos entradas en un concurso de la radio. La pobre Laia (se llamaba Laia, sus padres regentaban la charcutería) habría de contarle un montón de veces, conmocionada y llorosa, a lo largo de las frenéticas cuarenta y ocho horas que siguieron a la desaparición de Yesi; a Isa, en su inquieta primera llamada al ver que se retrasaba la niña, a toda la familia, a la policía, a la prensa.

Los informativos del lunes abrieron con la noticia sobre imágenes del barrio y del portal de los

Lugano. Había mucho movimiento. Reporteros a la caza de vecinos con quienes contrastar datos. Policías recabando información. Curiosos y morbosos estorbando. Un portavoz de la Guardia Civil anunciándolo ante las cámaras: todas las líneas de investigación estaban abiertas y no se descartaba ninguna hipótesis. El borrachín oficial del barrio colándose en plano, con sus andares a lo egipcio, y siendo retirado con discreción por algún alma caritativa. Los niños riéndose de él. La charcutería cerrada, los charcuteros consternados. No, no vieron a nadie sospechoso por los alrededores, cuando dejaron a Yesi a dos manzanas de su casa. Ni notaron nada raro en ella, estaba tan *encantadora y formal* como siempre. Por último Laia, con el rostro pixelado, dando por enésima vez su versión, ya no tan conmocionada ni tan llorosa, según mi madre, que ese día tampoco abrió la tienda.

Diversos programas de televisión se hicieron eco del caso y, día sí día también, aparecía en los medios alguno de nuestros vecinos asegurando haber oído un frenazo *escalofriante* en medio de la noche. O haber visto un coche *oscuro* saltarse el semáforo a toda velocidad. Incluso a una vecina de mi propia escalera (la del tercero primera, que a esa hora regaba las plantas) le pareció ver a dos tipos en traje de chaqueta *metalizado*, con aspecto de hombres *de negocios*, quizá *guardaespaldas*.

Pero ninguno dijo habernos visto ni a Chimo ni a mí, pasmados en mitad de la calle. Aparte de los guardaespaldas –de cuyas intenciones me había librado gracias al perro, o a la música, o a las dos cosas a la vez, o a ninguna–, nadie reparó en nuestra presencia.

Y yo no diría ni pío. ¿Para qué? Tenía muchísimo miedo, y ningún detalle nuevo que aportar; salvo que podría haber sido yo, que podrían haber sido mi careto y mis datos personales los que figurasen en los carteles con los que se había empapelado todo el barrio.

Yesi o Desi.

Pero era Yesi la que estaba en cada semáforo, en cada farola, en los escaparates de las tiendas, en las teles y en los periódicos, en los aeropuertos y en las comisarías, en las redes sociales. Yesi en una foto carnet de estudiante, bajo la palabra DESAPARECIDA en letras rojas.

Era a Yesica Lugano, de 15 años de edad, 49 kilos de peso, 1,60 de estatura, cabello castaño y ojos grises, hoyuelo en el mentón, a la que se había visto por última vez pasadas las 12.00 de la noche del viernes 5 de junio, en la confluencia entre las calles Viladomat y Parlament, vestida con un pantalón tejano roto, de color claro, y una camiseta rosa de media manga con la lengua de los Rolling Stones en lentejuelas.

Una semana después, el día del cumpleaños de Yesi, la Interpol colgó su fotografía en el portal de desaparecidos y activó el código amarillo de búsqueda internacional. Ese día los vecinos nos concentramos frente al portal de su casa para arropar a la familia en momentos tan amargos y difíciles. Había un silencio opresivo que solo se rompió cuando Isa se asomó a la ventana para agradecer el gesto y se oyeron algunos aplausos y gritos de ánimo.

Mis dieciséis se celebraron con sordina ocho días más tarde, todavía sin pistas de Yesi. Cayó en domingo. Mi padre fue a buscar a mis abuelos al pueblo, mientras mi madre preparaba una paella y yo me atrincheraba en mi habitación, mareada de miedo, descompuesta y sin ganas de nada.

Me regalaron un diario, dos novelas, un estuche de maquillaje, mucha ropa (había adelgazado) y el tan anhelado teléfono móvil, que sin embargo tardaría medio año en activar.

A mediados de mes se decidió cancelar la verbena de San Juan en todo el barrio. Tanto en el instituto italiano donde estudiaba Yesi como en el mío, hubo apoyo psicológico y pedagógico para todos aquellos alumnos que, sobrepasados por los acontecimientos y afectados por la psicosis colectiva, ni siquiera nos habíamos presentado a los exámenes de junio.

Fue un verano espantoso.

Bajo el foco de la prensa sensacionalista, el barrio no tardó en sucumbir al amarillismo. Se airearon las intimidades de los Lugano, el carácter irritable y autoritario de Piero, el pasado hippie de Isa, sus desavenencias y sus apuros económicos. Cada día se añadía un capítulo nuevo a lo que acabó siendo el culebrón del verano, la crónica del desgaste de un matrimonio amenazado por la ruina, mientras su hija mayor *desaparecida* se alzaba entre los escombros, elogiada por amigos y profesores.

Se publicaron las notas escolares de Yesi, todo notables y sobresalientes. Fragmentos de sus exámenes y sus redacciones sin tacha, de sus relatos premiados en los Juegos Florales, de sus poemas y sus reflexiones bilingües escritos con tinta multicolor en los márgenes de sus libretas. Extractos de su apretada agenda; clases, entrenamientos, ensayos, conciertos, castings. Múltiples talentos potenciales. Pocas distracciones. Ningún novio. Nada que no supiésemos ya quienes la conocíamos; nadie contemplaba la posibilidad de una fuga.

Pero los titulares lo ponían todo en entredicho. ¿Era aquella vida para una adolescente? ¿Era Yesica Lugano una niña ejemplar, o una esclava de las expectativas parentales y académicas? ¿La esperanza de su familia y la predilecta de sus profesores, o su víctima? Se debatió ampliamente sobre las responsabilidades de unos y de otros, sobre el estrés infantil y hasta sobre *la marca de los ángeles*; si la barbilla partida resulta ser un rasgo dominante que se hereda de padres a hijos, ¿por qué no la tenían ni el padre ni la madre?...

Pero los Lugano nunca entraron al trapo de las habladurías. Al contrario, frente a su naturaleza maligna e invasora se blindaron para proteger a sus dos hijas pequeñas; Lisetta aún no tenía tres años, Anna solo ocho meses.

Se decía que Piero desconfiaba de todo el mundo, mientras que Isa solo aceptaba la compañía de videntes y adivinos. Se decía que ya no se hablaban entre ellos y que ambos vivían pendientes del teléfono, aferrados a la posibilidad de un secuestro y a la esperanza de que, tarde o temprano, alguien se pondría en contacto para pedir un rescate por Yesi.

Por los subterráneos habían empezado a circular rumores que la hacían en un harén, en una secta, embarazada, violada, muerta. Especulaciones morbosas o siniestras que mi madre se empleaba a fondo en cortar de raíz, con una mala hostia insospechada hasta entonces. Con la incertidumbre ya teníamos suficiente tormento, decía. Había que mantener a raya la curiosidad, no digamos la fantasía, y el morbo era del todo inadmisibles. Había que cortarlo de un tajo en cuanto cruzase el umbral de la tienda. Por Isa, a la que habíamos visto por última vez asomada a la ventana el día de la concentración. Y sobre todo por mí, que apenas ponía un pie en la calle volvía de inmediato al nido, con taquicardia y sin aliento, acorralada por la ausencia agobiante de Yesi, mortificada por su imagen reproducida y ampliada por todos los rincones del barrio.

Pero tampoco en casa estaba del todo a salvo de su influencia. Si poníamos la radio emitían la grabación del concurso literario donde Yesica Lugano (con *i griega* y una sola *ese*), de Barcelona,

estudiante de cuarto de la ESO, que la semana siguiente cumplía dieciséis años (y *solo* se pedía un teléfono móvil), debía acertar el nombre del autor y de la novela de la que se leía un breve párrafo.

¿Quién eres?, empezaba a declamar el locutor, con voz engolada. *Soy el hombre que debía casarse con la muchacha que tú no habrías elegido, que debía tomar el otro camino en el bivio, beber del otro pozo. Al no elegir, has impedido mi elección.* Y entonces yo me tapaba los oídos y tarareaba, balanceándome hacia delante y hacia atrás como una perturbada.

Si poníamos la tele para ver las Olimpiadas de Pekín, reponían el anuncio de la leche rica en calcio; la marca más vendida del país y, por una de aquellas ironías del azar, patrocinadora de uno de nuestros equipos olímpicos. Y los tres nos quedábamos mudos, acongojados, mirando a una Yesi preadolescente con coletas, pichi a cuadros y calcetines hasta las rodillas, relamiéndose el bigote blanco. *Mmmh, riquísima... ¡Gracias, mamá!...* Entonces mi madre se empeñaba en abrazarme, gimiendo como si le doliese algo, y mi padre salía al balcón y nos miraba desde allí, fumando con aire sombrío y preocupado.

Tenía otras razones para estar preocupado; el estudio de diseño estaba en jaque, cuando lo peor de la crisis aún estaba por llegar, y las relaciones con sus socios tan deterioradas que solo se arreglarían en los tribunales. Pero entonces aún nos lo ocultaba, como yo ocultaba que mi concentración se había ido al traste, y que pondría punto final a mi verano *iniciático* suspendiéndolo casi todo y repitiendo curso.

6

Otoño pasó, y llegó la primera Navidad sin Yesi. Seis meses después de su desaparición la investigación no había dado ningún resultado. Ninguna pista, ningún sospechoso, ningún indicio de su paradero. Ninguna llamada en casa de los Lugano, que se habían quedado solos con su drama, mientras la vida en el barrio seguía su curso, luchando por organizarse y salir adelante.

A pesar de los lúgubres presagios de la crisis, el vecindario se preparaba para afrontar las fiestas navideñas; y las obras de remodelación integral del Mercado de Sant Antoni, que también estaban a punto de empezar, y para las que también había que prepararse y organizarse. Con una duración prevista de cuatro años, conllevaban la reubicación de los puestos de venta en carpas provisionales, desvíos de tráfico y líneas de autobús afectadas. Tanto en las asociaciones de comerciantes como en las de vecinos había preocupación, y mi madre, como miembro activo y destacado de ambas, estaba muy ocupada organizando reuniones y asambleas fuera del horario laboral, a veces hasta altas horas de la noche.

También mi padre estaba muy ocupado preparándose para librar su propia batalla; de la que seguía sin dar muchos detalles en mi presencia, de la que apenas me enteraría de nada hasta la primavera, cuando se resolvió por la vía judicial.

Y así es que decidieron enviarme a pasar las fiestas a casa de mis abuelos maternos, en un pueblo de la comarca del Montsià, cerca de Vinaroz.

Salimos a primera hora de la mañana de un lunes deprimente. Chimo en el maletero del coche, yo estirada en la parte de atrás y mi padre al volante, concentrado en la carretera porque caía aguanieve y estaba oscuro. Tras ciento ochenta eternos kilómetros de autopista a velocidad

reducida, con el limpiaparabrisas en barrido continuo y la cantinela de los niños de San Ildefonso por la radio, llegamos al pueblo de un humor tétrico.

Era casi la hora de comer, las calles estaban desiertas y resbaladizas. Soplaban un viento gélido y la casa parecía cerrada a cal y canto. La hiedra que cubría la fachada, verde en verano, se había vuelto de un color rojo oscuro, sanguinolento. De la puerta pendía una desalentadora corona de ramas de abeto y piñas negruzcas. Un Papá Noel colgaba del balcón por el pescuezo. Todo me parecía siniestro y horripilante...

Para colmo, Chimo se dio un costalazo al saltar del maletero con demasiado entusiasmo, y mi padre se cabreó conmigo. *Es que no ve ni lo que tiene delante, ni ve ni oye, con esos puñeteros auriculares puestos todo el santo día... Y por supuesto no habla, no ha dicho una sola palabra desde que se subió al coche, es que es alucinante...* Se lo decía a mis abuelos, que habían salido a recibirnos y a mediar a mi favor. *Déjala, está en la edad, mi abuela. Hay que tener un poco de paciencia, mi abuelo. Ya, ya, mi padre, irritado, conteniéndose.* Los tres hablaban de mí como si no estuviese delante, echando vaho por la boca.

Pero una vez dentro las cosas mejoraron muy rápidamente. El fuego estaba encendido, la mesa puesta. Mi abuela había preparado canelones, un plato que a mi padre y a mí nos encantaba y sobre el que ambos nos abalanzamos como fieras salvajes. Una hora después, él emprendía el viaje de vuelta algo más relajado y yo me acurrucaba en el sofá, con el estómago lleno, atontada por el calor de la chimenea y la tele a todo volumen... *¿Dónde han dicho que ha caído el gordo?*, oía preguntar a la abuela, pues era algo dura de oído. *En ocho provincias*, respondía el abuelo, más o menos lo mismo cada año. *En Vinaroz, ni la pedrea...*

Un temporal de frío y viento, con ráfagas de hasta 90 km/hora, nos tuvo en alerta naranja hasta casi fin de año. Ni siquiera Chimo se animó a salir de casa. Yo no hice más que comer y dormir y ver la tele, pegada a la chimenea. No sé cómo pillé anginas. El último día de 2008 lo pasé en cama con algo de fiebre y dolor de garganta, contando las horas para poner fin al año maldito. Me consolaba pensando en que sus últimos minutos serían al menos eso, los últimos, y confiaba ingenuamente en que algo se acabaría para siempre tras la última campanada, que en ese preciso instante algo se desprendería de mí, algo oscuro y amorfo que se agarraba a mis hombros, a mi pelo, a las paredes de mi estómago, y que una vez sin ese pesado lastre me vería de pronto liberada y propulsada hacia delante, hacia el futuro... Bueno, pues no. Llegado el momento, sucedió más o menos lo contrario. Que los petardos me retrotrajeron a una Navidad trece años atrás, al día de la inauguración de la tienda, cuando tenía tres años y lloraba de desesperación porque creía que mi madre estaba *tirando la casa por la ventana* y que el mundo se estaba viniendo abajo... ¡Feliz Año Nuevo!

Pese a todo, y aunque no me diese cuenta en el momento, sí se *desprendió* algo de mí y ya no lloré más, sino que puse un pestillo en la puerta de mi habitación y empecé a leer de forma compulsiva, una vez de vuelta en casa (y con mis gafas). Mis padres se enfadaron mucho cuando tiré las lentillas al váter. Y cuando engordé el doble de lo que había adelgazado, me llevaron al psicólogo. Poco después se separaron.

Aunque desde principios de 2009 el foco mediático se había desplazado a orillas del Guadalquivir (para cubrir la desaparición de Marta del Castillo, la infausta noche del 24 de enero, en Sevilla), la calma aún tardaría mucho tiempo en volver al barrio. Para entonces, su fisonomía había cambiado drásticamente.

Las obras de remodelación del mercado se alargaron y generaron mucha inquietud entre los

comerciantes. Algunos se trasladaron a las carpas provisionales ubicadas en la ronda de Sant Antoni. Otros cerraron. Negocios de toda la vida colgaron el cartel de SE TRASPASA y en su lugar abrieron franquicias y cadenas multinacionales. Proliferaron los bazares asiáticos, los colmados pakistaníes, las iglesias evangélicas, los locutorios con servicio de mensajería internacional. El barrio entero se transformaba para adaptarse al ritmo impuesto por la crisis, pero su núcleo activo seguía siendo la tienda de mi madre.

Ribó & Caralps, centro de reunión, información, producción e intercambio. El señor Ramón seguía al volante de su minibús escolar de catorce plazas. Los niños y las niñas (entre ellas las de Isa) se pitorreaban de su casposo peluquín como antes habíamos hecho nosotros, eran igual de crueles y estaban siempre igual de hambrientos. La merienda volvía a ser espléndida y los titulares estimulantes. La primavera árabe. Wikileaks. Fukushima. Guardiola vs. Mourinho. La prima de riesgo. El caso Nóos.

Y a todo esto Yesi Lugano seguía sin aparecer ni dar señales de vida, mientras yo alcanzaba la mayoría de edad guardando luto por Amy Winehouse (que se me ahogó en alcohol, sola en su casa de Londres) y sudando tinta para sacarme el maldito bachillerato entre huelgas y recortes. Todo lo demás no importaba, me daba igual.

El colapso de los mercados financieros, mis primeras elecciones generales, las mareas blancas y las verdes, los indignados que tomaban las plazas. Eran tiempos *convulsos*, y mi madre me alentaba a no quedarme escondida bajo su ala y salir a pelearlos. Decía que no era suficiente con asomarse al balcón en pijama a darle insistentemente a la cacerola, que había que *echarse* a la calle, que había que movilizarse y participar de los acontecimientos...; pero era ella la que me *echaba*, vamos, y tuvimos grandes peloterías porque ni siquiera con humillantes fotos como prueba lograba convencerla.

Ni sujetando pancartas en la cabeza de las manifestaciones. Ni por mucho que me desgañitara gritando *que no, que no, que no nos representan*, sentada a lo indio entre los indignados acampados en la plaza de Catalunya. Mi cara nunca la engañaba. Sabía que había ido por no oírla, por no decepcionarla, que simplemente pasaba por allí, sin involucrarme emocionalmente en lo que estaba sucediendo alrededor, sin importarme demasiado lo que pudiese suceder; excepto la baja de uno de mis guardas custodios (Amy) y los achaques del otro (Chimo).

Chimo se me estaba quedando sordo; aunque siguió dando muestras diarias de su olfato en la siempre discreta operación de mi cama a la alfombra, minutos antes de que mi madre entrara por la puerta, mientras yo estudiaba y estudiaba hasta aprobar (por los pelos) la selectividad.

Y entonces, cuando por fin había logrado recuperar la concentración y empezar una carrera, volver a mi peso, quitar el pestillo de mi habitación y hasta echarme un novio, cuando parecía que las cosas estaban empezando a tomar vuelo, digo, habían pasado cinco años y Yesi Lugano volvió del concierto.

—Pero, Desi..., ¿aún sigues así?

Había perdido totalmente la noción del tiempo. Seguía atornillada a la silla, aferrada a la mesa, sin aliento siquiera para despegar los labios y corregir a mi madre; hacía tiempo que había decidido usar mi nombre completo, aunque lo detestase con toda mi alma.

—Espabila, venga... —me apremiaba, sacudiendo los peluches y los pelos del perro en la

colcha—. Estarán aquí de un momento a otro.

—¿Quién?

—¿Cómo que *quién*? ¿No te he dicho antes que iba a llamar a Isa por si necesita algo?

¿Me lo había dicho? No lo recordaba, lo último que recordaba era algo de aprender a actuar con naturalidad en una academia de arte dramático.

—Desi..., ¿es que no has entendido lo que te acabo de decir? Por favor, espabila, ¡están las dos al caer!

—¿Qué? No.

Mi madre dejó lo que estaba haciendo y, mirándome a los ojos, me contó que en casa de los Lugano el teléfono no paraba de sonar y tenían a los buitres de Ana Rosa Quintana en la puerta, que la pobre Isa estaba muy agobiada y a solas con Yesi, porque a Piero le había dado un pronto y se había llevado a las niñas a Italia, a casa de la abuela, hasta que pasase el golpe y para evitarles el circo mediático de la primera vez, aunque entonces apenas se enteraron, pero ahora habían crecido y casi no se acordaban de esa hermana mayor que regresaba de *vete a saber dónde* y, claro, le tenían miedo, etc.

Pretendía transmitirme seguridad y dar ejemplo de autocontrol, desde que mi padre no estaba en casa y vivíamos solas, pero la perturbadora información con la que trataba de convencerme me afectaba mucho más de lo que era capaz de expresar. Con todo, le aguanté la mirada sin pestañear hasta que se me empañaron las gafas.

—... tú lo único que tienes que hacer es llevártela a la habitación un ratito nada más, para que Isa y yo podamos hablar sin necesidad de actuar con falsa naturalidad, ¿comprendes, Desi? Podéis hablar de vuestras cosas o, no sé, jugar a algo...

—¡¡Desiré!! —al fin estallé, furiosa—. ¡¡Mamá, tenemos veinte años!!

—Solo es una manera de hablar, tampoco es para ponerse así...

—¡¿A qué quieres que juguemos?! ¡¿Eh?! ¡¿Y qué quieres que le diga?! Hombreee, Yesi, cuánto tiempo... ¡¿Qué tal el concierto?!

Mi madre cerró la ventana con gesto contrariado, arrepentida de haber hablado de hermanas que vuelven de *vete a saber dónde*, de niñas con miedo y buitres en la puerta. La clase de cosas que a mí me afectaban; según ella consecuencia de leer demasiado, y no de la traumática desaparición de Yesi, de la que de repente parecía haber olvidado algunos detalles.

—¿De qué concierto hablas...?

—No quiero hacerlo, mamá. Y no pienso hacerlo.

—No digas más tonterías.

Un timbrazo me hizo saltar de la silla como impulsada por un resorte. Aterricé donde hacía un segundo había estado mi madre, que ya corría a abrir. Me temblaban las piernas. Cerré la puerta e instintivamente fui a echar el pestillo, pero no estaba. ¡No estaba! ¿Cuándo lo había quitado? ¿Y por qué? Me tiré al suelo y me retorcí de rabia, víctima de una especie de regresión provocada por el pánico; como si hubiese vuelto a los quince años de una patada en el culo; o mucho más atrás, al día en que al fin ocupé la habitación de hija deseadísimas. Chimo me miraba estupefacto. ¿Qué hacemos ahora?, decían sus ojos, velados por las cataratas. Abrí la puerta. El pasillo me pareció más largo que nunca, angosto y sofocante como el de un submarino. Voces amortiguadas llegaban del comedor. Chimo las olfateó en el aire y se puso en marcha, a paso lento y resignado, sordo a la alarma roja.

Madre maaaa... Qué barbaridaaad... La voz de Isa chirriaba un poco, pero sus ojos brillaban

en la penumbra del comedor. Las persianas bajadas, las ventanas cerradas, el aire acondicionado puesto. Una atmósfera propicia a la intimidad, la especialidad de mi madre. *¿Tanto hace que no te veíaaa?...* Isa me miraba de arriba abajo como si me viese por primera vez en los últimos cinco años, con esa expresión de asombro y extravío que se le había quedado desde que a su hija mayor, a *su* Yesi, se la tragara la noche. Una mirada absorbente a la que no había conseguido acostumbrarme, y que siempre evitaba a conciencia.

Pero ya nada de eso tenía importancia, porque toda mi atención estaba centrada en la figura borrosa que distinguía por el rabillo del ojo izquierdo, junto a la puerta de entrada. Una figura enclenque y demasiado abrigada que se agachaba para acariciar al perro. Mucho más educado que yo, Chimo se había acercado a saludar y le lamía las manos delicadamente. A ella parecía gustarle, y aproveché para observarla con disimulo.

Jersey holgado, oscuro, de hombre (de Piero), sobre un cuerpecito que se adivinaba estrecho y huesudo, ni rastro de los turgentes hombros de nadadora, tampoco del lustre ni del castaño dorado del cabello, ahora de un color indefinido, mal atado en un moño reseco...

Pero era ella, era Yesi, que había vuelto.

–Hola, Desi –dijo.

Se me cerró la garganta y mi madre tuvo que salir en mi ayuda.

–Desiré –la corrigió, acercándose a mí y rodeándome por la cintura–. Ya no quiere que la llamen más Desi, se le ha quedado pequeño...

En su afán por mostrarse natural, mi madre me pellizcó el michelín. Me exasperaba. Tanto que me habría enzarzado con ella de no ser porque me costaba respirar, y porque Isa ya estaba contando cómo ella pasó por lo mismo, tiempo atrás, cuando Yesi se empeñó en cambiar la *jota* por la *i griega*, de su ascendencia judía italiana, y quitarse una *ese*, lo pesada que se puso y la cantidad de papeles que tuvieron que firmar porque aún era menor de edad...

–¿Os acordáis? –preguntaba, en un tono algo estridente–. ¿Os acordáis o no?

Yo me acordaba perfectamente pero dije que no, tragándome la exasperación como podía (tenía un sabor metálico). Mi madre decía con bastante entusiasmo que *ella sí* se acordaba. Yesi no abrió la boca y las miraba impasible. No sé si también sentía vergüenza ajena mientras nuestras madres se contaban, y no por primera vez, que Yesica significa *previsión* en hebreo original, y que Desiré viene del latín y quiere decir *deseada*.

–¿Y por qué no vais un ratito al cuarto? –nos soltó mi madre, sin más. Y añadió mirándome a los ojos–: Podéis poner el ventilador. Tu padre pasó ayer por la tarde y lo arregló.

Le apreté la mano que aún tenía en mi cintura ultrajada.

–¿Y por qué no me lo has dicho?

–Pero si nunca lo pones para estudiar, si dices que te molesta el ruido...

–Que pasó papá ayer por la tarde... ¿Por qué no me lo has dicho?

Tal vez me hubiese ido con él, tal vez hasta me habría mudado... Eso es lo que quería decirle, y en tono ligeramente vengativo, pero tendría que ser en otra ocasión. Mi madre ya le estaba contando a Isa que mi rechazo al aire acondicionado era solo una de mis muchas manías. Y yo, no sabía cómo, ya estaba de nuevo en el pasillo, atravesando el túnel del tiempo en dirección a mi cuarto. Y esta vez sin el remolque de Chimo. Tan lenta y pesada como si llevase un grillete atado a mis pies.

Yesi entró detrás de mí y se paró en mitad de la habitación a mirar las fotos y las postales exhibidas en las paredes. Yo hice lo mismo. Me daba mal rollo su delgadez y su aspecto enfermizo, tan alejado de su recuerdo, y prefería mirar donde ella miraba. Cuando se detuvo en el póster de un gatito pelirrojo tumbado en una hamaca, con gafas de sol y sombrerito de paja, sentí un poco de vergüenza.

Yesi sonrió. Tenía los dientes en mal estado.

–Vaya, vaya... Por aquí sí parece que no ha pasado el tiempo.

Parecía aliviada. Se sacó un paquete de tabaco aplastado del bolsillo de atrás de los tejanos.

–¿Abro? –preguntó, mientras se encendía un cigarro con el ceño fruncido. Tenía las mejillas hundidas y el hoyuelo del mentón más marcado. *La marca de los ángeles*–. ¿Quieres que abra la ventana o qué?

–No, no... No hace falta, pondré el ventilador, si lo prefieres.

–A mí me da igual, es tu cuarto.

No abrí la ventana ni puse el ventilador. Me quedé inmóvil, mirándola como si fuese una alucinación, un fantasma que volvía del pasado para escrutar las fotos clavadas con chinchetas en la pared, hasta casi rozarlas con la punta de la nariz... ¿Sería miope ahora? ¿Y por qué llevaba manga larga en pleno junio? ¿Qué es lo que ocultaba? ¿Tatuajes, magulladuras, pinchazos? De espaldas parecía tener trece años. De cara, más de treinta. Pero no tenía ni lo uno ni lo otro; era una Géminis cosecha olímpica, como yo.

–¿Es tu novio?

–No, qué va. Es Pablo Alborán, un cantautor.

–Sé quién es Pablo Alborán, solo que... aún no me había fijado en su cara. Es guapo.

–Ya. Y simpático también.

Mi madre se empeñó en fotografiarme junto a Pablo Alborán, con el que coincidimos una vez en el AVE, pero Yesi no preguntó nada al respecto. Me acerqué a ella por la espalda para señalar una tira de cuatro fotos carnet de fotomatón. Olía a pelo sucio.

–Mi novio es este de aquí.

–Parece un niño.

–Tiene diecinueve años, se llama Sergio.

–¿Cuánto lleváis?

–Ocho meses.

–No es del barrio.

–No... –¿Qué sabría ella de quién había o no venido al barrio en los últimos cinco años?–. Es de Cornellà. Hermano de una compañera de la facultad, le conocí en una fiesta.

–¿Qué estás estudiando?

–¿Yo?

No sé por qué dije eso, me arrepentí al instante. Yesi enarcó una ceja y dio una profunda calada al cigarrillo. Debí de decir algo inaudible, porque preguntó, extrañada:

–¿Filología?

–Sí. Primer año, repetí dos cursos antes de la selectividad.

–Vaya, lo siento.

Empecé a sudar. Yesi seguía inspeccionando las fotografías, entre ellas una en blanco y negro de Dani Martín, en su día vocalista de El Canto del Loco, de la que tampoco hizo ningún comentario.

–¿Y te trata bien?

–¿Quién?

–Sergio de Cornellà, diecinueve añitos.

–Claro.

–Pero no estás enamorada.

–¿Cómo que no?

–Lo que yo te diga... –Señaló el póster del gatito con un gesto despectivo de cabeza y añadió, chasqueando la lengua–: Aquí no ha entrado ningún tío que te guste.

No entendía nada, pero me sentía agredida y vulnerable. ¿Qué sabía ella del amor? ¿Dónde había estado? ¿Qué le había pasado? ¿Qué le habían hecho? Tendría que haberla zarandeado por los hombros sin dejar de preguntárselo, pero estaba bloqueada.

–A mí me gustan los gatos –dije.

–Pues precisamente, si de verdad te gustan, este póster debería parecerse ridículo... ¿No crees que es un poco degradante hacerles posar así?

Lo creía, no lo había quitado por pura dejadez. Igual que el cuadro con mi nombre en punto de cruz, cursi hasta lo insufrible, y que tampoco tenía ya ningún sentido. Pero no se lo dije; viejas estrategias de autodefensa. Yesi me miraba esperando una respuesta. Sus ojos saltones, antes grises y soñadores, ahora eran opacos y oscuros.

–Qué –dije.

–Qué de qué –contestó.

–¿Te apetece tomar algo?

Se encogió de hombros. En el comedor sonaba el timbre del teléfono.

–¿Tienes algo con alcohol?

–Puede que haya cervezas en la nevera. Voy a ver.

–Sí. Ve a ver. Y de paso trae un cenicero.

Crucé el comedor tan rápido que ni el perro se percató. Me pareció ver a Isa hecha un ovillo en el sofá y a mi madre de espaldas, hablando por teléfono en voz baja. Una vez en la cocina, fui directa al fregadero para lavarme las axilas con Fairy. No sabía qué hacer, y el miedo apesta. La cabeza me daba vueltas buscando una conexión, por abstracta que fuera, entre estar o no enamorada y el *ridículo* póster del gatito.

El caso es que Yesi tenía razón, no había entrado en mi cuarto ningún tío que me gustase, ni que no me gustase. No había entrado nadie salvo Chimo (y mi madre, con contraseña). Entre otras cosas, por eso la decoración estaba algo desfasada y mi diario siempre a la vista sobre el escritorio. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Y si a Yesi le daba por hojearlo? ¿Y si descubría el cartel de su búsqueda pegado a doble página? En las tinieblas de aquellos días, en mis delirios de impostora, había rotulado la montura de unas gafas alrededor de sus ojos, y cambiado la Y por la D.

Yesi o Desi. DESAPARECIDA.

Así que me mojé también la frente y la nuca, cerré el grifo, me sequé con el delantal de mi madre, saqué el cenicero de mi padre de un cajón, una lata de cerveza y un zumo de piña de la nevera y volví con Yesi.

Había abierto la ventana y estaba sentada en el marco, liviana como un pajarito. Le di la cerveza y me quedé el zumo. Entrechocamos los envases sin mirarnos. Le dije que no había conseguido que me gustase la cerveza y se encogió de hombros. Me dijo que, como tardaba tanto,

había tenido que tirar la colilla por la ventana. Me encogí de hombros yo también. Luego me senté en el suelo y nos quedamos en silencio, un largo silencio que pude soportar gracias al alivio que aún sentía; mi diario había pasado desapercibido entre libros de texto y cuadernos de apuntes.

No quería mirarla, pero la veía. La veía por el rabillo del ojo y en la luna del espejo, mirando los libros en la repisa, con la cabeza ladeada, tratando de leer sus títulos en los lomos. No quería mirarla, pero no podía evitarlo. Y su fragilidad, su desaliño, el olor agrio e insano que emanaba de ella me turbaban tanto que no sabía qué decir. Ni siquiera era capaz de pronunciar su nombre.

–Puedes llevarte el que quieras, eh... Todos los libros que quieras...

No dijo nada. Dio un sorbo a su cerveza y encendió otro pitillo. Chimo resoplaba tras la puerta, calibrando la situación según los efluvios que salían por la rendija. Me levanté y le abrí, y en cuanto se enroscó en la alfombra me sentí mucho mejor; aunque no pude evitar buscar la mirada cómplice y vidriosa de Amy, en una pequeña foto junto al cartel de *Crepúsculo*.

–Es curioso –dijo Yesi–. Siempre me había parecido que tu habitación era muy original, distinta, con personalidad. Pero ahora la veo un poco cursi y tontarrona, no sé, puede que sea porque ya va siendo hora de sustituir a los ídolos, ¿no te parece? –Yo seguía sin entender nada, y mi cara así debía de reflejarlo–. Me refiero a que tienes que sacar a ese pobre gato de ahí, Desi, y de paso a esos vampiros amuerados que están pidiendo a gritos un guantazo, y haz el favor de quemar todos esos peluches...

Me hizo reír. Estaba confundida por la información que manejaba, por cómo se iba desarrollando la escena y el tono incendiario que estaba adquiriendo la conversación. Pero me hizo reír. Ella también se reía, envuelta en humo. Una risa seca y astillada de fumadora. ¿Qué había sido de la prometedor a niña de otros tiempos, cuando los Lugano apostaron fuerte por su educación y era un ejemplo recurrente en boca de mi madre?

–Pensaba que El Canto del Loco no te gustaba –dijo, de pronto muy seria.

–Y no me gustaban, pero se han separado...

–Ya lo sé.

–... y ahora Dani Martin canta en solitario...

–Ya lo sé.

El pellizco en la cintura me dolía. Me llevé la pajita a los labios y sorbí, en tensión, aguardando que pasase algo (feo) pero incapaz de tomar la iniciativa.

–Sabía que no te gustaban, por eso invité a la sosa de la Laia cuando me tocaron dos entradas en aquel puto concurso de la radio... –Me atraganté con el zumo, que salió disparado por la nariz, mientras Yesi seguía hablando sin mirarme–. Bueno, por eso y porque me corroía la envidia, claro. Sin hermanos, sin obligaciones, sin tareas ni exigencias de ningún tipo... Y encima te quedaste con él. –Con un gesto de barbilla señaló a Chimo, que se lamía las patas salpicadas de zumo de piña–. Quién sabe cómo habrían ido las cosas si yo hubiese tenido un perro.

Tres golpes en la puerta, la contraseña de mi madre. Sin esperar respuesta asomó la cabeza y dijo algo con la nariz arrugada por el humo. Yo no lo entendí porque en aquel momento me zumbaban los oídos, pero Yesi se irguió (me llegaba a la altura de la barbilla), apuró la lata de cerveza, metió la colilla dentro y me la pasó.

–Ciao, Desi. *Desiré*. Igual me paso un día de estos a por un libro.

Aún no sé si fue ella quien puso en marcha el ventilador antes de salir o fue idea de mi madre. En cualquier caso, el regulador debía de estar a su máxima potencia, y cuando quise darme cuenta, un vendaval agitaba mis apuntes de filología, las páginas de mi diario, las fotos de mi novio... Y el orden esforzadamente conquistado se fue a la mierda en cuestión de segundos.

Se cierra el telón.

II. DESI

Ya está. Lenta pero segura, tal como se nos recomienda a las que ponemos reparos a leer en voz alta para el grupo. Con el piloto automático hasta la caída del telón. Sin detenerse ni para tomar aliento, sin levantar los ojos del papel hasta haber dicho la última palabra y haber puesto el punto final. Bien, pues ya está. ¿Y ahora qué?

Ahora empieza la verdadera función, la que arranca con los aplausos o los abucheos y termina cuando suena el timbre. Pero de momento no se oye nada. Solo un crujido muy leve, como de hojas secas.

Son las botas de piel de la profesora. Camina a cámara lenta entre las sillas, la vista clavada en el suelo, los brazos cruzados y encogidos contra el pecho, tan sumida en sus pensamientos que no ve una mano levantarse, ralentizada, para pedir la palabra.

Nada ni nadie más se mueve. En la pared, sobre la puerta de entrada, el reloj digital marca las 10:25 en números rojos. Es hora de dar comienzo a la segunda parte del taller, aquella en la que esta valiente profesora con botas pone todo su empeño en promover la participación activa, la crítica y el debate, y de la que a menudo se arrepiente.

Y es que a veces la desesperamos. A veces se olvida de que la mayoría nos apuntamos a los cursos de orientación porque la asistencia y la actitud se tienen en cuenta, y porque es lo que se espera que hagamos. A veces, se lo toma tan en serio que se le olvida dónde está.

1

—¿De verdad conociste a Pablo Alborán? —pregunta Maica, cansada de esperar con el brazo en alto.

Se callan las botas de Julia. Alguien carraspea.

—Tanto como conocerle... —dice Desi—, no. Pero la foto existe, mi madre le obligó y él se dejó.

—Qué majo, ¿no?

—Sí.

—¿Es alto?

—No mucho, más o menos como yo.

Maica también está interesada en saber si Pablo Alborán está cachas, si le dijo algo mientras posaban para la foto y cuánto pide por ella, qué y cómo se lo dijo, si iba solo o acompañado y adónde coño iba Pablo Alborán.

—No lo sé.

Rosalía cuchichea con sus compañeras de atrás.

—Yo me lavé una vez el pelo con el Fairy... —está diciendo, con su voz de cazalla—, y me quedé pa la mierda.

—Por favor...

Julia se frota los ojos, perpleja, sin acordarse de que esa mañana se ha puesto rímel para disimular el trancazo ante sus descaradas alumnas, ni de que la mayoría de los debates empiezan así o peor.

–Pero si es la verdad, Julia, qué quieres que te diga. –Rosalía se ajusta la pinza del pelo, buscando la aprobación de Desi con la mirada–. ¿A que hace mogollón de espuma y luego no hay Dios que la quite?

Desi dice que no lo sabe, que no se acuerda. Maica insiste.

–¿Es gay?

–¿Quién?

–Pablo Alborán.

–Y yo qué sé.

–Os lo estoy pidiendo por favor...

Julia se ha dejado caer en una silla, resoplando de exasperación. Su flequillo tieso agitándose sobre la frente mientras vuelven al aula todos y cada uno de sus ruidos habituales; murmullos, suspiros, risitas maliciosas, arrastrar de sillas, ataques de tos, globos de chicle explotando...

–A ver, a mí no es que me importe, es que me interesa... –Maica está tratando de justificar su acuciante interés, pero solo consigue levantar silbidos de cachondeo que la ponen de nuevo a la defensiva–. Qué pasa, ¿no se supone que es tan importante eso de tener planes, proyectos para el día de mañana, opciones de futuro, esperanzas, bla, bla, bla...?

–¡Vaya con los planes de la Mari Carmen! –se burla Rosalía, a voz en grito–. No te ofendas, Maica, cariño mío, pero pa mí que tenemos más posibilidades de encontrar al Bin Laden, donde sea que se esconda.

Maica, resentida, contraataca.

–Bin Laden está muerto, so burra.

–¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

–No sé... ¿Cuatro, cinco años? –Mira a Desi, pero algo en su expresión la disuade de esperar respuesta–. Según la versión oficial se lo cargaron Obama y la Clinton, y luego arrojaron su cadáver al mar.

–Sí, hombre... ¿Y cómo?

Rosalía no se cree nada. Silvana, que no acabó la secundaria pero presume de memoria visual, describe para las demás la foto en portada de todos los periódicos.

–Hillary preocupada, tapándose la boca con la mano, entre mucho traje y mucha corbata y mucho uniforme con galones. Obama tenso pero sexy, como siempre...

–¿Cómo coño va a ser, Rosalía? –está diciendo Maica–. Pues desde su despacho, apretando un botoncito...

–Pero ¿cuándo? ¿Cuándo fue eso?

–Dios mío... –suspira Julia.

Fue en plena primavera árabe, en algún lugar de Pakistán. De madrugada. Quizá mientras Desi le daba a la cacerola como una autómatas desde el balcón de casa, en pijama y con los auriculares puestos, fingiéndose una indignada más para complacer a su madre. Pero tarda demasiado en asociar las ideas hasta dar con la fecha aproximada (mayo de 2011), y para entonces ya nadie escucha.

–Bueno, ya está bien. Señoras, señoritas... –De nuevo en pie, Julia bate palmas con energía–. No me hagáis gritar, va.

Está afónica. Apenas se la escucha felicitar a Desi por haber *entendido* el enunciado del ejercicio y haberlo seguido al pie de la letra. Elegir escenario y protagonistas, ponerlos en situación y abrir el telón, sin más. Tres pasitos para tomar impulso y empezar, puesto que en algún

lugar y en algún momento hay que empezar, señoras mías. ¿De verdad era tan difícil?, se pregunta, en medio de una compungida atención.

Las primeras reacciones no se hacen esperar.

–Tanto leer tiene que servir para algo...

–¡Y tenía un cuarto para ella sola lleno de libros...!

–Se lo tenía muy calladito, pero ha ido a la universidad, aunque solo sea un año.

–Filología, nada menos...

–¡Y parecía tonta...!

Julia le ha guiñado un ojo, pero Desi no ha captado el mensaje, concentrada como está en esa lista de ventajas que va en aumento: chófer a la escuela, habitación propia y perro, entre las más envidiadas. Ventajas que pasan por un nido compacto y seguro donde conservar la inocencia por lo menos hasta la edad del pavo. Repetir curso sin temor a que te caiga encima una somanta de palos, según Maica, o que nadie te castigue si un mal día se te ocurre tirar las lentillas por el váter, o te da por comértelo todo.

–Como mucho –dice–, te llevan al psicólogo...

Desi no sabe si hay resquemor en las palabras de Maica, ni por qué Julia le ha guiñado el ojo y Rosalía la está mirando como lo haría una perito forense. Y toda la culpa es del bromazepam, el principio activo del Lexatin que desactiva la vergüenza y el pánico escénico, pero también la necesidad de interpretar las emociones de los demás. Le traen sin cuidado. Si su madre estuviera ahí podría leer en las caras y asumir la responsabilidad de qué hacer o cómo sentirse.

–Esa sí que sabe lo que le conviene... –está diciendo Maica–. Desea tener un bebé y no para hasta conseguirlo, quiere montar y manejar su propio negocio, y vaya si lo hace... Y cuando el diseñador se pone tonto no es menos expeditiva, se deshace de él y se queda la tienda, la casa, la Desi, el perro, ¡todo!

–Pues a mí me parece sobreprotectora y castrante –opina Silvana, mascando chicle con esa energía suya tan agresiva–, la típica que se desvive por atender a su polluelo y así tenerlo sometido bajo el ala...

Hablan de la madre de Desi, a la que ha debido de invocar sin querer al pensarla unos segundos. En general, aplauden la determinación y la fuerza del personaje, el sentido práctico que demuestra al mando del nido y del negocio. En particular, el pellizco que le clava al pobre polluelo en el michelín, en su afán por encarar *el asunto* con la máxima naturalidad, les ha dolido a todas. Para algunas solo pretendía *espabilar a la muchacha* y se le va un poco la mano. Pero otras consideran que se pasó *tres pueblos*, y no se lo perdonan.

–¿Qué asunto? –pregunta Rosalía.

Risitas burlonas y algún que otro codazo desestabilizan el debate, que amenaza con desmadrarse. Que si Rosalía no se ha enterado de una mierda... Que si el vocabulario de Silvana es irritante por lo repipi... Que si Desi está empanada y no reacciona... Acusaciones cruzadas a las que Julia, congelada en la misma postura desde la reacción en cadena, no parece prestar oídos.

–Siéntate –le ordena a Rosalía, que ha saltado de la silla y señala las filas de atrás con los índices de ambas manos, acusándolas de haberse pasado de listas...

–... porque de muchacha namás que le quedan cuatro peluches roñosos, que tiene veinte años ya, casi veintiuno, un novio, una carrera y un chocho lleno de pelos...

–Vale, pero siéntate. –Julia le lanza la bola de kleenex que lleva apretada en el puño desde el inicio de la clase–. Siéntate y no me hagas gritar, hostia.

–¿Tanto? –se preguntan algunas.

Rosalía se abanica con la libreta, orgullosa. Las palabras se le resisten pero los números se le dan bien, y ha sacado las cuentas. *Géminis cosecha olímpica* le ha dado la pista. Nacida en el verano del 92. ¿Y no lo podía decir así de sencillito?, se pregunta por lo bajo.

Y algo de razón debe de tener, puesto que el grupo se ha desorientado.

Pero ¿qué puede haberlas llevado, según Julia inconscientemente, a dar por sentado que, en el momento elegido tanto para abrir como para cerrar el telón, y hasta que Rosalía les ha abierto los ojos con la sutileza que la caracteriza, la narradora y protagonista sigue teniendo quince años y un pavo de catálogo?

La pregunta es demasiado larga y compleja, y el reloj avanza. Julia lo tiene en cuenta mientras borra la pizarra (la polla rastafari de todos los lunes y los viernes, obra de alguna artista anónima), no porque le moleste sino por hacer algo, y se suena varias veces. Al final, se rinde.

–La *habitación*g –dice, congestionada–. La *habitación*g de Desi.

–Vaya, vaya... Por aquí sí parece que no ha pasado el tiempo –recita Silvana de memoria, con su pomposo acento de princesa Disney.

–Ahí lo tenéis... Muy bien, Silvana. En las primeras palabras de Yesi, la Yesi renacida, la Yesi retornada de *vete a saber dónde*, que es la que más nos interesa a todas, ¿o no es así?... –Ninguna responde. De nuevo solo se oye el crujido de sus botas, mientras se pasea inspirada entre las sillas–. Solo son palabras, inofensivas pero misteriosas palabras que hacen referencia a un escenario que se conserva casi intacto, como fijado en el tiempo, desde el mismo momento en que Yesi desaparece. Y ya que hablamos de Yesi, ¿cómo creéis que se siente al reconocer la habitación? ¿Diríais que le gusta o que no le gusta? ¿Que se siente cómoda o incómoda?

Se ha levantado un murmullo de agitación, fuerte y vibrante como un zumbido. En parte porque no han entendido casi nada de lo que acaban de oír, en parte porque hasta ahora se las han ingeniado para ignorar a Yesi, para no nombrarla ni referirse a ella más que como un muy ambiguo *asunto* a encarar. Pero ahora Julia la ha invocado (nombrándola cinco veces seguidas) y se frota las manos esperando las primeras hipótesis; y de paso fabricando otra bola disuasoria con los kleenex, por si pasa lo de siempre, que una se anima, otra se apunta, alguna discrepa, la mayoría hace ruido.

–Cómoda, no puede evitarlo. Pero no le gusta un pelo.

–Sí, dice que lo que antes le gustaba ahora le parece cursi y que le prendería fuego a todo... Está muy loca.

–Eso es verdad.

–O no, a saber. Lo mismo no está tan loca y solo lo dice para provocar a Desi, para hacerla reaccionar, quién sabe por qué...

Quién sabe por qué. Es una buena pregunta, y Julia no la deja escapar. Sobre todo, *quién sabe por qué* Desi no reacciona. Aún tienen cinco minutos para sorprenderla con sus respuestas.

–A ver, no sé... ¿Porque es Géminis?

–¿Porque es un poco maricona, como su padre?

–¿Porque está *bloqueada*? Es lo que dice cuando la otra se chotea del póster del gato, que está bloqueada, y además le han aconsejado que no presione a la muchacha y que procure actuar con naturalidad...

–Pues la pobre es más lenta que el perro...

–Desde luego, a la madre no ha salido.

–¡Pero si es adoptada!

–¿Y qué? Eso se aprende, se mama en casa.

–Eso es verdad.

–Para nada, eso viene de fábrica, y ni se aprende ni se enseña...

La recta final del debate es un rosario de refranes trillados, una espiral creciente de dichos y proverbios y hasta citas de la Biblia. De tal palo, tal astilla. De casta le viene al galgo. Por los frutos se conoce al árbol. Madre hacendosa, hija perezosa. Tópicos sobre la reserva de los catalanes, o la dualidad de los Géminis; al parecer de las aficionadas, los nacidos bajo este signo de aire son contradictorios, además de cobardes y superficiales, y encima se desaniman fácilmente.

–No os despistéis... –se desespera Julia–. ¡Dejaos de chorradas, hostia!

La recta final del debate es de todo menos recta. Pero a Julia no se la desanima así como así, ni se conforma con rascar la superficie; y también es Géminis. Sigue tratando de encauzar la deriva del grupo hacia el fondo, hacia el *asunto* que en su día Desi no se atrevió a encarar, por cobardía o por torpeza, y del que ahora huyen todas despavoridas. Sigue insistiendo y preguntándose, con lo que le queda de voz, si aun siendo el miedo razón más que suficiente, no es a veces la curiosidad más fuerte que el miedo.

2

Educadores y trabajadores sociales del Centro Penitenciario de Wad-Ras lo estuvieron recomendando con insistencia, durante el tiempo que permaneció clavado en el tablón de anuncios, con un título de lo más optimista. «Empezar es lo más fácil». Nuevo taller en los cursos de orientación. Dos veces por semana. Aula de informática.

Aun así, solo se apuntaron cuatro. Si antes se habían cruzado en las áreas compartidas, Desi no se había fijado en ellas. Era la primera vez que las veía. Una chica tecleando en un ordenador apagado con gesto aburrido. Pelo azabache, trenzado al milímetro. Manicura profesional. Y dos veteranas intercambiando frases cortas y poco alentadoras de un extremo al otro del aula.

¿Otra vez? Ya ves. ¿Cuánto? Tres con la reducción.

Una de ellas tenía la voz cavernosa y le daba al abanico con mucha vitalidad. A su lado la otra parecía enferma, escuálida dentro de una inmensa sudadera de forro polar, en pleno agosto.

El reloj marcaba las 9:30 cuando Julia entró, muy decidida, y sugirió apartar las sillas vacías que las separaban y arrimar las mesas a la pared, a sus espaldas. La iniciativa no fue acogida con demasiado entusiasmo y llevó su tiempo; tiempo que Julia aprovechó para pedir disculpas y un poco de paciencia por el irritante crujido de sus botas nuevas. Las ablandaría con el uso, dijo, y sonó convincente, casi amenazante. También dijo que se las acababa de comprar por internet y que le habían costado un pastón, pero que eran perfectas. Ecológicas, ergonómicas, escandinavas. De piel sintética contra la masacre indiscriminada de animales, caña alta para disimular la pantorrilla corta, suela de goma para evitar el taconeo chivato por las galerías...

Les dio toda clase de explicaciones durante el rato largo en que las tuvo arrastrando sillas y mesas con desgana, chocando las unas con las otras mientras la miraban de reojo, desconfiadas, y le tomaban las medidas. Explicaciones que parecían absurdas e innecesarias, pero que en realidad contenían pistas codificadas sobre su persona, información clave para el desarrollo del taller y el buen funcionamiento del grupo; como que no es ninguna novata y tiene recursos, que toma decisiones pensando en los demás, que no es rica, que le hubiese gustado ser más alta, que su

intención es quedarse un tiempo y sacarle todo el partido posible, que es terca, decidida, marimandona.

Y una vez que las tuvo sentadas en el centro del aula pasó lista sin chuleta, mirándolas a los ojos, adjudicando cara a los nombres y apellidos que se había tomado la molestia de memorizar.

Carretero, María del Carmen. Morilla, Silvana. Ribó, Desiré. Vargas, Rosalía.

Bienvenidas al taller de escritura creativa. Un *experimento* (así lo llamó) que había ideado valiéndose de internet y de su experiencia al frente de un taller teatral en un centro de menores, con la intención de ayudarlas a explorar las posibilidades de la ficción para expresar sus sentimientos o sus ideas. O algo así. A ninguna de las cuatro les quedó clara la *intención*, la primera de una lista que se les hizo interminable: buscar la voz propia, manejar las expectativas, ahondar en el análisis y en la reflexión, fomentar la participación activa y el debate, familiarizarse con la crítica...

Vaya tela, soltó por lo bajo una de las veteranas. Ella se había apuntado al taller para *empezar* a escribir, y no para buscar voces, ni encajar críticas, ni acercarse a la ficción a partir de la verdad, ni viceversa. Se había apuntado porque no podía ser peor que hacer ganchillo o colorear mandalas, decía. Mientras tanto, de espaldas, Julia borraba la pizarra (alguien había dibujado una polla con rastas, en recuerdo de un profesor de informática argentino que había hecho estragos) y escribía el enunciado del primer y único ejercicio en el que se basaba todo el experimento.

a) *Elegir escenario y b) situar al protagonista o protagonistas en medio de una escena cotidiana, y, sin más, c) abrir el telón.*

Parecía tan sencillo que ninguna lo entendió. ¿Es que iban a montar una obra de teatro? ¿Pero no se trataba de aprender a escribir? No exactamente. Se trataba de *lanzarse*, se trataba de dar tres pasitos a modo de impulso y lanzarse a contar una historia, la que fuera, como fuera, una historia que luego leerían en voz alta para el grupo. Después, en la segunda parte del taller, se abriría un debate donde cada una podría expresarse de forma espontánea y decir *la suya*. Un debate que duraría lo que diese de sí, en el que Julia pondría todo su empeño en moderar y, dijo por último, del que confiaba no tener que arrepentirse.

Morilla, Silvana. Abrió fuego con una telenovela sobre dos hermanas gemelas que sueñan con poner una peluquería en el centro de Caracas. En su barriada oyen hablar de uno que se ha comprado un taxi tras un viaje relámpago a Barcelona. Las gemelas se informan, valoran los pros y lo echan a suertes. La mayor (por seis minutos) hace las maletas, pero, poco antes de la fecha convenida, se queda embarazada (del taxista) y es la otra la que viaja. Se despiden ilusionadas en el aeropuerto, en una pastelosa escena muy del gusto del auditorio. Después, sin más rodeos ni florituras, el final en barrena. Del Aeropuerto del Prat a un centro sanitario, de la comisaría al calabozo, de la sala donde se celebra el juicio a Wad-Ras. *Barcelona City Tour*.

«Cenicientas de barrio» cosechó grandes aplausos y atrajo a nuevas alumnas al taller; casi todas compañeras del taller de peluquería donde la autora trabaja todas las tardes, mujeres con historias parecidas a la suya. El debate abierto duró semanas.

Vargas, Rosalía. 61 años, 8 hijos, 14 nietos, 6 biznietos, 3 tumores *chungos*, 5 causas pendientes. Fin de la historia.

«La tía Rosalía, o el retrato de una gitana nacida en la Barceloneta en la década de los cincuenta» recibió algunos abucheos que la autora encajó bastante mal. No quiso reconocer que el subtítulo no cumplía lo prometido, y que el grupo se sentía engañado. Demasiado ambicioso para

lo que, al final, no era sino un registro de su andadura, un inventario esquemático y parcial, limitado a los datos de los que la autora alardea casi a diario; mientras que de los otros, de los que se rumorea a su paso como reincidente y vieja conocida, se hizo y se sigue haciendo la despistada. Durante el borrascoso debate que siguió, y entre otras cosas (menudeo, falsificación, estafa, hurto, extorsión), de Rosalía se dijo que vendió una casa dos veces y que los ataques epilépticos que le dan de vez en cuando son puro cuento.

Carretero, María del Carmen. La única en situar su ejercicio, «La Tasketa», en un futuro no muy lejano, en la fecha de su próximo cumpleaños que, con *un poco de suerte*, espera celebrar en la Tasketa, el bar que su prima tiene en Badalona, en el barrio de San Roque.

Una historia sin argumento ni tramas ni conflicto alguno entre personajes. Solo descripciones, demasiadas para una audiencia ávida de sorpresas. Un puñado de prolijas, idealizadas y hasta románticas descripciones de la tasca y del barrio que la autora lleva metidos en la sangre, y donde espera celebrar a lo grande su libertad y sus treinta y cinco años. Nada más. Los aplausos fueron tibios pero sinceros, señal de que Maica es apreciada por su buen carácter, y de que tampoco es nueva aquí, aunque nadie hubiera dicho que solo tiene treinta y cuatro años. Un detalle del que ninguna se percató hasta que salió a colación durante un debate que, si bien no dio mucho de sí, al menos fluyó sin incidentes.

Han pasado cuatro meses y once internas se han sumado al experimento de Julia. Su lista cuenta ya con un total de catorce nombres; nombres intercambiables según salen de permiso, de juicio, de cunda, según estén de baja o parteadas. Sus botas siguen crujendo como la hojarasca, y ella confiando en que el uso las ablandará, y en cualquier caso hay que amortizarlas. Por eso va y viene con ellas todos los lunes y los viernes, tanto si hace frío como si hace calor o diluvia, ya esté de exámenes en la universidad o acatarrada y con la voz para el arrastre; como hoy, que ha moderado con fiebre en el turno de Desi.

Ribó, Desiré. La cuarta y última de las pioneras en salir a la palestra, la más reacia a mostrarse en público y a la que más le ha costado decidirse. La lectura ha suscitado algunas risitas en su inicio, algo cohibido, demasiado cauto. Sea porque el título, «Yesi o Desi», tiene resonancias quinceañeras que han excitado al personal, sea porque es viernes y mañana es día de visitas. Un alegre cuchicheo que se ha ido disipando a medida que avanzaba, lenta pero segura, tal y como Julia le ha recomendado. Con el piloto automático hasta la caída del telón.

Internas alborotadas que suben y bajan por las escaleras, con ropa de la lavandería. Gitanas al trote hacia la sala de televisión y recreo. Funcionarios chismorreando en sus garitas. Corrillos aquí y allá, en el patio, frente al gimnasio y hasta en la capilla. Algo se cuece. Se huele en el aire enrarecido que circula por las galerías, cargado de rumores y de cháchara, en el flujo de movimiento continuo que Desi ha de sortear, a contracorriente, si quiere llegar a la cola del teléfono para su llamada diaria.

—La Pantoja ha ingresado en Alcalá de Guadaíra —dice una interna, autoerigida portavoz de la cola para poner a las recién llegadas al corriente de la situación. Lleva un brazo escayolado—. Ha llegado en un Mercedes a las ocho de la mañana, acompañada de *tito* Agustín. No ha hecho declaraciones.

Desi no comprende la situación, como si escuchase hablar en otro idioma. La del brazo escayolado se ofrece a guardar turno, a cambio de tabaco o de tarjetas telefónicas, a todas aquellas que no quieran perderse las primeras horas de *la Panto en el trullo*. Mientras negocian en voz baja, Desi aprovecha para escalar puestos en la cola...

–Eh, ¿a ti no interesa?

–Yo no fumo.

... introducir su tarjeta y marcar los números de casa.

–¿Y dices que aún no te ha llegado la solicitud de preacceso de la UNED?... Pero cómo es eso, si te la he enviado ya dos veces, y por correo urgente, no entiendo nada. –Es su madre, que sigue totalmente convencida de que debe continuar sus estudios universitarios a distancia y no desaprovecha ocasión para intentar persuadirla, ya sea en las visitas familiares, en el locutorio, por carta o al teléfono–. Te la llevaría yo misma la próxima visita pero es que no voy a poder ir porque..., bueno, piensa ir tu padre, me parece que tiene algo importante que decirte.

–¿El qué?

–Oye... ¿Qué es todo ese alboroto de fondo? ¿Celebráis algo?

–Mamá, por favor.

–Vas a tener un hermanito.

La noticia cae en el vacío. No siente nada, ni siquiera ese hormigueo irritante en la cintura, allí donde un día le clavó aquel pellizco imperdonable. Si acaso, fría incredulidad.

–No estoy para bromas...

–No es ninguna broma.

–Entonces es un milagro.

Un ruido seco al otro lado de la línea. Desde la sala de televisión se oyen las palmas de las gitanas, y la portavoz escayolada abandona la cola y se va con los cigarrillos.

–Pero, Desi, por favor... ¿Cómo se te puede ocurrir que yo...? Casi me atraganto... Me refiero a tu padre y su nueva mujer, ¿Conchita, se llama?, bueno, da igual, en la tienda ya hace tiempo que se sabe, pero tu padre no ha tenido valor para anunciármelo hasta anoche, y por teléfono...

–Un momento, un momento, has dicho que en la tienda *hace tiempo* que se sabe... ¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿De cuánto está?

–Sale de cuentas a final de diciembre.

–¡Y cuándo es eso, joder, mamá, si no sé ni en qué año vivo...!

–A mí no me hables así.

La madre la pone en su sitio y, de paso, con calma y precisión, la ubica también en el tiempo. Son las 11.15 de la mañana del viernes 21 de noviembre del año 2014.

–... pero ¡eso es de aquí a un mes!

–Si no se le adelanta, sí.

–Joder, qué fuerte.

–Sí.

–Voy a tener un hermanito *ya*.

–Sí.

Cuando Desi le reprocha haber olvidado ese pequeño detalle, ese insignificante adverbio a final de frase, su madre le contesta que no sea cínica; ya no hace falta que añada *como tu padre*, la asociación de ideas viene sola.

–Te ha pedido *él* que me lo cuentes, ¿no?

–Al contrario, me ha insistido muchísimo en que no te cuente nada, quiere hacerlo él a su manera.

–Entonces se presentará en Navidad con el cochecito.

–Desi, aunque te cueste creerlo... –traga saliva, se nota que a ella le cuesta–, tu padre está totalmente convencido de que te va a hacer mucha ilusión.

–¿Sí?, pues me hace tanta como a ti.

–Pero si siempre quisiste tener hermanos...

–Mentira.

–¡Desi!

–Es que no es verdad, mamá, no *siempre*. Solo durante tres años, desde la Navidad de 2005 hasta mayo de 2008.

–¿Qué? ¿Cómo has dicho...? Creo que no te oigo bien...

Atención, reparto de metadona. Las internas del reparto de metadona, rastrillo de distribución. Atención, reparto de metadona.

–Espera ahí que voy un momentito a buscar un vaso de agua, que tengo la boca seca...

Si estuviera de humor, Desi le diría que no piensa moverse de *ahí*, que no va a ir a ningún sitio. Pero aún está bajo los efectos del Lexatin y, tras una hora de lectura y media de debate, también tiene la boca seca. Además, no quiere poner más nerviosa a su madre. Sabe que ella no acaba de acostumbrarse a la megafonía y todavía le genera esa especie de urgencia estresante. Por eso, cuando recupera el aliento, siempre le queda poco tiempo y se le atropellan las palabras, la retahíla de recados y consejos antes del pitido que anuncia el final de la llamada.

Que la abuela está cada vez más sorda y el abuelo más gruñón, pero que los dos están bien y le envían recuerdos, que abrazos y ánimos de parte de las clientas y del señor Ramón, que ya se jubila y se vuelve al pueblo, que en el barrio les ha dado ahora por las fruterías ecológicas y los restaurantes modernos, pero lo que más promete es una librería que han abierto en el pasaje Pere Calders, que a la tienda aún no le ha llegado la hora (aunque los chinos la rondan), pero de lo que sí va siendo hora es de comprarle una habitación nueva, que le traerá el catálogo de Ikea en la próxima visita, que la quiere, que la echa de menos, que no se olvide de rellenar la solicitud, ni de tomarse la medicación, que socialice, que intente estudiar, leer, ocupar la mente.

–Sí, mamá.

–Es muy importante, Desi.

–Que sí.

–Y no comas demasiado.

–No.

–¿Tampoco te ha llegado el paquete con los antifaces para dormir que te envié?

–No. Digo sí, eso sí.

–Eran catorce antifaces más el de la profe, ¿no?

–Solo catorce, yo no cuento.

–¿Por qué?

–Ay, mamá.

–¿Los has repartido ya?

–No.

–¿Por qué?

No tiene amigas, ni enemigas. En las valoraciones psiquiátricas se constata su indiferencia

afectiva tanto con el personal penitenciario como con el resto de las internas, incluso con su compañera de celda, la presa de apoyo que la acogió durante el período de observación, y cuya única queja fue que le rechinaban los dientes mientras dormía.

La única solicitud de Desi a Instituciones Penitenciarias, una férula para el bruxismo. Por lo demás, su expediente es impoluto. Ni una instancia, ni una amonestación, ni una bronca, ni un parte, ni un simulacro para faltar a una actividad programada o acabar en enfermería.

Según el informe psicológico, Desi se ha adaptado *adecuadamente* al régimen carcelario, a la rutina pautada y a la inercia que la lleva y la trae, como un robot, según las instrucciones anunciadas por megafonía, a la que también se ha adaptado. Dónde hay que ir y qué hay que hacer, si toca dormir, comer, comunicarse o medicarse.

Participa en las actividades formativas propuestas por la Dirección, pero evita las competiciones deportivas y los talleres ocupacionales dirigidos por las propias internas, como pueden ser los de costura y el de radio, así como la peluquería. Si bien en las áreas compartidas se deja ver, en los ratos muertos se aísla en su celda o tiende a deambular sin rumbo, procurando pasar desapercibida pero sin dar tampoco el cante por rarita.

Parte de su inapetencia y su conducta errática se achaca a los efectos de la medicación (1,5 mg de Lexatin mañana y tarde y 3 mg por la noche) prescrita para la ansiedad. También se hace referencia a un desorden patológico que consiste en evitar destacar del entorno que la rodea, ya sea por activa o por pasiva. Y no es tarea fácil. Su perfil sociológico corresponde al de una minoría dentro de una minoría dentro de otra minoría, y así hasta el final del informe para la Junta de Tratamiento, donde el psiquiatra ha estampado su firma.

Ribó y Caralps, Desiré. Código Interno 02012565. Régimen ordinario. Nivel A. 23 años. Universitaria. Clase media/alta. Hija única. Sin antecedentes. Sin alteraciones físicas ni mentales. Sin problemas con las drogas ni el alcohol. No ha trabajado nunca ni se ha emancipado. No forma parte de ningún movimiento social ni se ha integrado en ningún grupo. No muestra apego por nadie ni por nada; no atesora fotos ni recuerdos de ningún tipo y se deshace enseguida de casi todo lo que le manda su madre, su principal vínculo con el exterior.

Cincuenta minutos semanales, divididos en diez llamadas de cinco minutos cada una. Es el tiempo del que ambas disponen para dar y recibir información, para mantener su relación en los mismos códigos en que lo han hecho siempre, con sus propios acuerdos y servidumbres, su mutua dependencia. Cinco minutos diarios que la madre gestiona lo mejor que sabe, consciente de que la clave está –siempre ha estado, sigue estando, quizá ahora más que nunca– en su empleo. Y la hija contribuye a su manera; en silencio, dócil y arisca a partes iguales, asimilando sus lecciones con la misma impavidez con que asimila el refranero popular, las predicciones del zodiaco, las patologías genéticas y las ambientales.

Excusas perfectas para protegerse y encubrir lo que nadie sabe, lo que no está en las valoraciones psiquiátricas ni en los informes. Que Desi siempre ha apuntado maneras. Que ante las situaciones de alto riesgo tiene sus propios recursos: no darse a conocer. Un discreto pero complejo sistema de defensa con el que, hasta ahora, lo ha llevado bastante bien.

En el comedor, haciendo cola para los cubiertos, recibe innumerables palmaditas en el hombro y alguna que otra colleja solidaria. Son los primeros avisos de *error en el sistema*, que de

momento conviene asumir con más estupefacción que alarma. Todo sea que se solidarizan con ella, piensa. Que la del brazo escayolado ha captado algo de la conversación telefónica con su madre y ha corrido la voz en el grupo. Desi va a tener un hermanito, y va a tenerlo *ya*.

Pero no, se trata de algo aún peor.

—... coletas, pichi a cuadros, calcetines hasta la rodilla... —Alguien ha recordado el anuncio de la leche rica en calcio y a su repelente protagonista—. Aunque seguramente ya se depilaba las ingles y tenía la regla...

—Una odiosa niña perfecta... ¡No verás a muchas de esas por aquí!

Más collejas. Hay ganas de cachondeo y rabia contenida. Una agitación nerviosa que se delata en las voces y en los gestos, en las payasadas de mal gusto, en las versiones porno del anuncio, en las parodias de la madre con el hacha, exterminando habladorías como si fuesen malas hierbas que crecen en la puerta de la tienda, en las risas pueriles, rabiosas, contagiosas, y finalmente sofocadas por la amenaza del parte.

Circulen, señoras... Al comedor se viene a comer.

Desi tiene que reírse también, como si se divirtiera. Sin escapatoria hasta que autoricen la salida, una vez que hayan devuelto los cubiertos una por una, lo más sensato es seguirles el rollo. Quién las ha visto y quién las ve. Tan reticentes hace un rato, en el taller, de pronto tan ocurrentes y curiosas. El caso es que parecen haberle perdido el miedo a Yesi y todo son conjeturas siniestras y preguntas, muchas preguntas en voz baja. ¿Volvió a por un libro, como dijo que haría? ¿De verdad era judía? ¿Por qué iba sucia y vestía de hombre? ¿Es que sus padres no le guardaron nada de ropa? ¿Por qué? ¿Tanto había crecido? ¿No habría encogido? ¿Estaba enferma? ¿Acaso no era ella?

—Yo pa mí que estaba muerta y ha vuelto hecha una zombi para vengarse...

—Con jersey en pleno verano y los dientes hechos polvo... Yonqui como mínimo.

—Pues yo apuesto por el valenciano con peluquín, se la llevó en la furgoneta porque era la más mona y la más todo, y la ha tenido todo ese tiempo en un zulo a pocos metros de su casa...

He aquí algunas de las hipótesis que Julia esperaba frotándose las manos, la respuesta a su último dilema sobre si la curiosidad no es *a veces* más fuerte que el miedo; aunque de momento, y por si acaso, Desi prefiere mantener la boca cerrada, como si la cosa no fuera con ella.

—Eh, Desi... No te hagas la sorda que ya te hemos calao...

Pero otra boca se abre hacia dentro, profunda e insaciable. Un agujero en el estómago que tendrá que llenar de alguna forma; y va a ser con sopa de garbanzos, merluza rebozada y un yogur, que Maica sirve en las bandejas al otro lado del *office*.

—¿Coco o limón? —va preguntando a medida que avanza la cola.

El gorrito desechable de papel que le cubre todo el cabello no le favorece. Agudiza sus facciones de toxicómana, sus rasgos afilados, su piel frágil y macilenta. Pero los ojos le brillan cuando se cruzan con los de Desi, y hoy se muestra espabilada y especialmente generosa con las raciones.

—Te lo has ganado, nena... ¿Por qué no publicas esa historia en la revista? Consúltalo con Josefa, la del economato, yo le estuve haciendo los horóscopos durante un tiempo, hasta que me la metió doblada y..., bueno, tú igual dile que vas de mi parte, aunque ahora sea un truñaico de revista, así al menos sabremos cómo acaba...

¡Nos van a dar las uvas...! ¿Otra vez pescado...? Lenta de cojones, esa Maica... son algunas de las quejas y reproches familiares que acompañan a Desi hasta su sitio, abrumada y sin gafas,

incapaz de distinguir quién osa ocupar el lugar de su compañera de celda, de baja tras una operación de rodilla, hasta que toma asiento.

—A Nati no le importará. —Es Rosalía, flanqueada por dos de sus acólitas en lugar de las habituales, dos rumanas con las que Desi apenas se relaciona—. Ya te habrá contaó que coincidimos en enfermería, en el último chungo que me dio... —Desi niega con la cabeza, abriendo con parsimonia la bolsita de los cubiertos, resignada—. ¿No?... ¿Ni que le tuve que hacer precio por unos leggings? ¿Y de qué habláis en Ca la Nati, niña?... Bueno, pues resulta que se engordó cinco kilos en enfermería. Vaya tela... Y todo por burra, ¿a quién se le ocurre apuntarse a zumba?

Rosalía ha presentado a Desi como la más retraída del grupo con el que comparte tres horas semanales de escritura creativa, desde hace ya cuatro meses, y a la que aún está por conocer, *hay que joderse...* Pero sus acólitas no parecen demasiado interesadas. Sorben la sopa, aunque está fría, y se pelean por el pan. Comen a toda prisa mientras Rosalía no deja de hablar, también a toda prisa. Dice que de la lectura de hoy no ha entendido gran cosa pero, ah, esa tienda, esas clientas, esos patucos, todas esas virguerías... Dice que *na* de arrinconarlas ni regalarlas a asociaciones benéficas. Dice que la tía Rosalía se las vende en un suspiro, aquí, fuera de aquí, en el espacio exterior si hace falta, y que con ese fin propone asociarse el tiempo en que compartan *hotel*. Ella, Rosalía, tres años con la reducción. Y a Desi, ¿cuánto le queda? ¿Ya tiene la sentencia? ¿De qué se *la* acusa?

—De homicidio.

Se hace un silencio en la mesa, pero dura poco. A Rosalía no hay muchas cosas que puedan hacerla callar, y nunca desaprovecha la ocasión para hacer alarde de su poderío.

—Sole, si no te vas a comer el yogur dáselo a la Desi —dice, soltando un codazo a la tal Sole, que es su nuera y está embarazada—. Lleva una niña, la cuarta. Si todo va bien pa la primavera ya la tengo en el módulo de madres...

Mejor no pisar patio hoy. Dada la atención suscitada en el comedor, y para ahorrarse complicaciones, Desi decide optar por la máquina expendedora del sótano, junto a la peluquería, porque suele estar menos concurrida y resulta más cómodo guardar las distancias. Y la caga, cuando se da cuenta ya es demasiado tarde.

La cola es imponente y vocinglera. Una machaca sacando cafés para un módulo entero. La peluquería hasta los topes porque mañana es día de visita y todas quieren estar guapas. Las tarifas a grito pelado. *¡Cinco euros lavar y cortar, ocho teñir, veinte la queratina!* Por megafonía llamando a botiquín y la Pantoja sonando por los altavoces, tan cutres que hieren los oídos y atacan los nervios. *Ese barco velero cargado de sueños cruzó la bahía, me dejó aquella tarde agitando el pañuelo, sentada en la orilla.* En la puerta, Silvana riñendo a una clienta marroquí. No se ha dejado el brazo con el *brushing* para que ahora se ponga ese pañuelo, le dice, repasando con la mirada a las potenciales clientas de la cola.

—¡Anímense, que aún estamos a tiempo de hacer milagros...! —Las manos metidas en los bolsillos de una bata blanca, con soltura, en su feudo—. La manicura por dos euros y una Coca light, ¿sí?

Tres colistas levantan la mano, interesadas en la oferta. Hay empujones, acusaciones y amagos de bronca. Nada que llame la atención de Silvana, que solo tiene ojos para Desi, a la que ha descubierto parapetada entre dos okupas.

—Para ti gratis —le dice—, si me cuentas cómo acaba esa historia.

—No.

–¿No? ¿Y ya está, solo no?

–No, gracias.

Aunque sea más bajita que ella y más o menos de su edad, y aunque hable como la Cenicienta, a Desi siempre le ha intimidado un poco Silvana; sobre todo cuando la mira sin pestañear mientras masca chicle con vehemencia, marcando mandíbulas.

–Tú misma –dice al fin. Silvana sabe hacer globos y explotarlos con la boca cerrada. Es una virtuosa del chicle–. Ah, sí, Julia te andaba buscando hace un rato. Está interesada en el libro ese con el que tu archienemiga ganó el concurso de la radio, y se le ocurrió que yo podría haber memorizado algo. Pero no recuerdo más que el principio... ¿Quién eres? Soy el hombre que debía casarse con la muchacha que tú no habrías elegido... Y ya. Algo de un camino y de un pozo...

En la cola del botiquín aún ha de esquivar un par más de collejas, reírse sin ganas y declinar una proposición sexual explícita, humildemente, sin desairar a nadie, así como una invitación al programa de hoy en el taller de radio, en calidad de artista revelación.

¿No? ¿Solo no? ¿Y por qué no? Si las normativas del programa garantizan el anonimato total, si no se dan datos personales y solo se usan apodos, si no se habla de penas ni de condenas y además te invitan a un té y a un cruasán...

Que no, gracias.

Luego intenta ablandar el corazón de la enfermera contándole que ha comido con ansia, demasiado y demasiado rápido, y que ahora le pesa el estómago y tiene acidez y cree que no va a ser suficiente el milígramo y medio de Lexatin para arrastrarse penosamente hasta la noche... Pero la enfermera ya le ha dado un Almax para la indigestión. No puede doblarle la dosis de bromazepam sin que se lo recete el psiquiatra en la próxima visita, ya se lo ha dicho.

La próxima visita suena a futuro remoto. Podría mendigar en enfermería, donde su compañera de celda le ha hablado de una monja con manga ancha, pero le faltan la energía y la voluntad.

Pedir permiso y esperar a que abran y cierren puertas automáticas y no automáticas, cruzar pasillos y subir y bajar y pedir permiso y volver a esperar y cruzar más pasillos... Llegar hasta allí lleva su tiempo. Y aunque *tiempo* sea un concepto abstracto desde que está privada de libertad, cuando precisamente es *tiempo* lo único que tiene, siempre corre el riesgo de olvidar adónde va y qué ha ido a buscar. O, peor aún, de cruzarse con alguna compañera del taller y tener que hacer frente a sus expectativas.

Pero la paciencia artificial también tiene un límite, así que tal vez lo menos arriesgado sea volver a la celda y negociar con Nati por medio relajante muscular, a cambio de hacerle la cama hasta que le quiten el vendaje, o de ayudarla con los malditos crucigramas.

Nati se apuntó a clases de zumba y el primer día se resbaló y se rompió el ligamento cruzado de la rodilla izquierda. Fue una caída de lo más tonta, un resbalón accidental debido a su nulo sentido del ritmo y a su energía descontrolada; al menos según testimonios de las presentes aquel día en el gimnasio, frente al espejo de cuerpo entero en el que se miden las unas a las otras, antes, durante y después de la clase.

Según Nati, todas mienten porque *todas* son unas *zorras mentirosas*, y se la han jugado. Le tienen manía porque los funcionarios confían en ella, le consultan algunas cosas y escuchan lo que

les tiene que decir, mientras que a la mayoría las rehúyen o se las quitan de encima como pueden cuando los persiguen a voces por los pasillos.

En su versión de los hechos no hubo ningún *resbalón*; aunque se reconoce torpe, y quizá se vino demasiado arriba con la música. Lo que sí hubo es un cruce de miradas hostiles en el espejo, un pie suelto que no debería haber estado allí, un *perra chivata* soplado en su nuca, una monitora despistada y, sobre todo, mucha mala hostia y mucha envidia.

Pero no lo pudo demostrar. Y aunque admite que no fue una caída demasiado aparatosa e incluso se jacta de que le dio tiempo a colocar el cuerpo y protegerse con las manos, su pierna hizo una torsión extraña. En cuanto oyó el chasquido, supo que estaba jodida.

A pocos metros de distancia, en el aula 3, el turno de Maica acababa de empezar. En ese momento leía en voz alta y monótona, de pie, en medio del aula recalentada porque fuera llovía y Julia no había querido abrir la ventana. *Ni un movimiento*, dijo, cuando estalló el jaleo en los pasillos y varias hicieron ademán de levantarse a cotillear. Se la veía algo más pálida y seria que de costumbre, desde que el debate de Rosalía había puesto a prueba su autoridad y su paciencia, pero estaba en todo. *Maica, sigue. Rosalía, cállate la boca. Las demás, atentas. Desi, cuando terminemos te esperas un momento que quiero hablar contigo...*

¿Que todavía no estaba segura de querer ni de poder hacerlo? ¿Que ni siquiera había empezado a escribir? ¿Y cómo es que aún no se había *lanzado*? ¿A qué esperaba? Eso es lo que Julia le preguntó aquella mañana de un lunes (o de un viernes, Desi no lo puede precisar), a mediados del mes pasado, una vez que sonó el timbre y todas salieron en tromba del aula. Del accidente de Nati no se enteró hasta la tarde, al volver del comedor, cuando se la encontró porfiando (... *zorras mentirosas...*) y quejándose de dolor en su rodilla hinchada, enrojecida y tumefacta por efecto del hielo. Unos días más tarde se la llevaron al hospital para operarla.

Hacía poco que la OMS había declarado la alerta mundial por ébola, y todo el mundo estaba muy nervioso. Dos misioneros muertos, una enfermera contagiada en un hospital de Madrid, su perro sacrificado por orden judicial. Desi había seguido la evolución del caso con el corazón en un puño, emocionalmente identificada con la enfermera aislada a la que nadie había comunicado aún el sacrificio del animal. Y el último domingo de octubre, cuando por primera vez desde que ingresó en prisión preventiva tuvo que pasar la noche sola, la pasó entera llorando por el perro; una hora más por el cambio al horario de invierno.

Pero no ha vuelto a llorar desde entonces, ni se lo ha contado a nadie porque nadie lo entendería. Ni siquiera a Nati, que, una vez de vuelta en el penal, y tras cinco días en enfermería (a kilo por día), sigue la convalecencia en su celda, viendo la tele o peleándose con los crucigramas por recomendación médica, debido a sus problemas de concentración.

Nati tiene una brecha en la cabeza, una cicatriz rosada entre el pelo canoso, siempre rapado al uno. Son secuelas de un antiguo accidente del que Desi no sabe gran cosa ni quiere saberla. No le interesa conocer su historia, ni qué mala estrella la ha guiado hasta ahí, ni por qué no vienen a verla sus tres hijas, de las que nunca habla y cuya fotografía oculta celosamente en el interior de su taquilla.

Desi la vio una sola vez, cuando buscaba una compresa en la taquilla de Nati, pero la recuerda muy bien. Una polaroid descolorida en la que se ve a tres chicas rubias posando muy serias y desconfiadas, acaso obligadas para la ocasión, frente al portal de un bloque de pisos. Bellvitge,

2007. Ninguna firma, ningún mensaje de afecto o de ánimo. Tan solo una última imagen para llevarse de recuerdo, aunque sea a la fuerza.

Sea como sea, es la única foto que puede encontrarse a lo ancho y a lo largo (3 m × 4 m) de la celda número 2, también conocida como *Ca la Nati*, una de las más codiciadas del módulo residencial, a pesar de sus reducidas dimensiones y de no tener plato de ducha, por albergar una sola litera en lugar de las dos o tres habituales. Además de una mesa y dos sillas de plástico, una taza de váter, un pequeño lavabo con espejo de plástico, y una tele desvencijada, un modelo antiguo de Telefunken por la que Desi paga parte de su peculio sin rechistar.

Es su forma de corresponder a la hospitalidad de Nati, la patrona, según una ley taleguera no escrita. A su generosidad a la hora de compartir alguno de sus privilegios como interna de confianza; y por qué no, también a la desconfianza que esos privilegios generan en las demás reclusas, a esos recelos y antipatías que las mantienen convenientemente alejadas de la celda número 2, de su cuestionada patrona y de su reservada inquilina.

–Vale. Medio Myolastan por hacerme la cama hasta que me quiten el vendaje. A los crucis que les den por culo...

La negociación ha sido más fácil de lo que cabía esperar. Nati no ha puesto pegas ni condiciones al trato porque, ha dicho, ya casi no le duele y esas pastillas le dan hambre. Está echada en la litera de abajo, comiendo pistachos con la boca abierta. La mano aferrada al mando a distancia de la Telefunken. En la pantalla, imágenes de archivo de una finca ganadera sobre un fondo musical. *El fuego está encendido, la leña arde.*

–Qué te parece, ayer la palmó la duquesa de Alba y hoy la Panto en el trullo... Estamos que lo petamos, ¿eh?

Desi no responde. Se está lavando los dientes y tiene la boca llena de espuma. Tampoco sabría qué decir respecto a lo que ha sido la noticia del día, según Nati, además de esa extraña historia de la que han estado hablando en Radio Chévere hasta hace un rato, sobre una chica que desaparece por otra y...

–... y ahí me he perdido. Cuando hablan todas a la vez aquello parece un gallinero... Se ve que es obra de una interna de vuestro taller de escritura, o eso me ha parecido entender, una tal *Penurias*, ¿no te suena?

Desi se enjuaga la boca y hace gárgaras con un colutorio; a veces, mientras duerme, aprieta tanto la férula que le salen llagas.

–Siempre son un poco hijas de puta con los motes...

Nati está convencida de que esta vez el apodo ha sido idea de Rosalía, que hoy iba de artista invitada y a la que ha reconocido enseguida por la voz. ¿Y no ha tenido esa gitana la desfachatez de apuntarse al taller de escritura? A quién se le ocurre, cuando no sabe hacer ni la *o* con un canuto...

–Ya se lo puedes decir de mi parte, la próxima vez que la veas. Y que los leggings que me vendió son una puta mierda...

Desi se pone el pijama, se toma la pastilla y se sienta a esperar su efecto y el recuento nocturno. No ve el momento de dar por terminado el día. La noche cae puntualmente a las 22.00, cuando se apaga la luz.

Sueña con su padre. Le ve esperándola en el locutorio, con un gorrito de Papá Noel, rodeado de

internas histéricas por verle la carita al bebé que lleva colgando del pecho, dormido en una mochila.

Qué monaaada... Dios te lo bendiiga... ¿Es para Desiii?

El orgulloso padre niega con la cabeza y dice: *Es de Yesi.*

El bebé tiene hoyuelo en el mentón.

Y de pronto está corriendo a grandes zancadas, casi flotando, por los pasillos y las galerías. Es un sueño recurrente desde que está entre rejas, tal vez por estar terminantemente prohibido. *¡Por los pasillos no corre ni el aire...!* Un sueño que reconoce y que es capaz de manipular a voluntad, como en un videojuego en el que dirige una nave ligera e invisible, dando vueltas en un laberinto sin escapatoria.

Pero esta vez algo falla, no acaba de hacerse con los mandos, los pies no despegan del suelo, no se siente tan ligera ni tan invisible... *Error en el sistema...* En la oscuridad, cientos de ojos la observan.

6

A las 8.00 de la mañana haciendo las camas con la férula aún firmemente encajada en las encías, sin responder a las indicaciones ni a las pullas de Nati a sus espaldas, de pie, apoyada en sus muletas, ni al saludo del funcionario de fin de semana.

Buenos días, recuento.

A las 9.00 en el comedor, royendo magdalenas frente al café con leche, haciendo acopio de valor para el marrón que ya debe de estar esperándola en el locutorio. Su padre, tal y como le vio anoche pero sin gorrito navideño ni bebé, y mucho más tenso, incómodo, desubicado. Su padre entre el resto de los familiares con los que ha coincidido en el vestíbulo, con los que ha pasado los controles de seguridad, el arco de entrada y el registro. Su padre aguardándola tras el cristal, con el ceño fruncido y *algo importante* que decir; algo que ella ya sabe porque su madre se lo ha dicho antes. Que, como este año se ha portado tan mal, Papá Noel le va a traer un hermanito por parte de padre. Que a sus veintitrés años, pendiente de sentencia por un delito de homicidio consentido, su reinado de hija única toca a su fin de forma inminente e irrevocable.

Desiré Ribó, a comunicar.

A las 10.00 sigue sin sentir nada, sin saber qué sentir. Desoyendo la constante megafonía llamando a comunicar, pulula por los pasillos haciendo tiempo. Conoce cada palmo del recinto y puede orientarse de forma automática, con la mente en blanco y hasta con los ojos cerrados. Se le da bastante bien, pero no puede presumir de ello porque es una habilidad secreta y, desde el momento en que lo hiciese, perdería todo su poder, como un truco de magia. Y ya no podría ir y venir sin llamar la atención de nadie, ni aprovechar la confusión de cualquier reyerta, cualquier bronca repentina y pasajera, para disolverse entre el tumulto y observar sin ser observada, que es lo que suele hacer cuando se aburre. Si se cansa solo tiene que acoplarse a cualquier cola, siempre hay alguna, y siempre hay alguna historia que escuchar.

A las 11.00 se topa con el grupo de internas maqueadas que esperan el traslado a la Modelo para el vis a vis de los sábados. Todas han pasado por la peluquería de Silvana y huelen a laca y a perfume barato. Es el mismo olor intenso, mareante, que hace un rato la ha atrapado en el pasillo del fondo, cuando pasaba detrás de paquetería por tercera vez y cuyo rastro la ha traído hasta

aquí, el vestíbulo principal, donde ahora mismo cuesta distinguirla entre el tumulto, por más que los altavoces sigan llamándola por su nombre y primer apellido.

Desiré Ribó, a comunicar.

Las hay formando corrillo para consolar a alguna que llora. Una leyéndole a otra las líneas de las manos, y las dos riéndose a carcajadas. Varias golpeando los barrotos en protesta por el retraso de la *yogurtera*, el furgón de los mossos donde son trasladadas para poco más de hora y media de amor (o similar) tras una puerta cerrada con llave. *Veo un condón roto, y veo mellizos... ¡No jodas!... Aun tienes diez días para recurrir, habla con tu abogado... Se te escoña el maquillaje si sigues llorando... ¡Tengo mucha hambre!... Eh, eh, Desi... ¿Esa no es la Desi?... La han llamado no sé cuántas veces a comunicar.*

En el corredor contiguo al módulo de madres afloja un poco el paso para oír las voces de los niños. Tampoco siente nada, pero ya no tiene la mente en blanco, hay una imagen. Es un recuerdo de infancia. Está sentada en la furgoneta escolar, mirando por la ventana. Los pies no le llegan al suelo. Yesi está a su lado, cantando (rumba, en la furgoneta del señor Ramón no se escuchaba otra cosa), como todos los demás. Fuera todo son bocinazos y sirenas de ambulancia. Ha habido un accidente, por eso han tenido que desviarse de la ruta habitual y llevan un rato parados en un semáforo. Entonces ve al grupo de mujeres esposadas saliendo de un furgón y entrando en la Modelo en fila de a una; aunque entonces aún no sabe que es (ni *qué* es) la Modelo.

Tampoco encuentra refugio en la biblioteca. Dos okupas practicando escalas en la guitarra y cuatro gitanas en chándal peleándose por el periódico. En portada, un drástico titular (*Se acabó la copla*) sobre una foto de la tonadillera caída en desgracia, descompuesta tras sus gafas de sol; veinticuatro horas entre rejas y ya la han denunciado por trato de favor y le han robado las bragas.

—¿Pobrecita?... Pero si dicen que la directora la recibió en la puerta y le enseñó las instalaciones como si fuera Marina d’Or...

—A mí tampoco me da ninguna pena, con su chabolo recién pintao y su tele de plasma...

—Pues a mí sí. Ay, quién estuviera en Alcalá de Guadaíra...

—¿Y tú qué opinas, Desi?

—Eh, Desi..., ¿es una carta para tu chorbo, el de Cornellà?

—*Se me enamora el alma, se me enamora.*

Volcada sobre un trozo de papel, Desi simula escribir algo; aunque el boli no tiene tinta y los lápices no tienen punta y se está empezando a poner nerviosa.

—Dejadla en paz... ¿No veis que necesita concentración?

Es Maica, que vuelve algo afónica de comunicar con la parentela, pero muy motivada, y se le sienta enfrente con los codos en la mesa y los puños bajo la barbilla.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Nada pero estás escribiendo... ¿Qué estás escribiendo?

—Una carta a mi padre.

—Ah. Qué lástima. —Parece decepcionada, hasta que de repente repara en algo que le devuelve la sonrisa; esa sonrisa coqueta que siempre se tapa con la mano porque le falta un colmillo—. Tu padre no será ese con coleta que te está esperando desde hace rato en el locutorio...

Desi no dice ni sí ni no. Que espere, masculla entre dientes. O que venga en Navidad con el cochecito...

—Pues está buenorro, oye. Mi prima dice que es igualito a Nicholas Cage, pero a mí ese tío me

parece un callo... Tu padre me gusta mucho más. Sigue separado, ¿no?

A las 18.00 en destino, sacando brillo al linóleo desgastado de los pasillos y las galerías durante dos horas, con desesperación, como si no hubiese un mañana, como si fuese realmente la última vez, aunque sea siempre una y la misma.

En realidad solo hace un par de meses que consiguió este destino, y fue gracias a Nati, que hace lo propio en los despachos de los funcionarios. Le gusta porque quema un buen puñado de calorías y de neurax; y porque es su única alternativa a las actividades deportivas en grupo, en las que siempre hay rivalidades y trifulcas y corre el riesgo de recibir una cox. Le gusta especialmente la brigada de los sábados por la tarde porque se desperdigan por los pasillos, sincronizadas pero cada una a su aire, y con suerte no vuelve a verlas hasta dos horas después, cuando ya lo ha quemado todo.

La presión acumulada a lo largo del día. La mala conciencia por haber plantado a su padre en el locutorio. El arrepentimiento por haber leído en voz alta su ejercicio, por haber abierto esa puerta y ahora verse incapaz de manejar las expectativas. El agobio por los episodios sufridos en el comedor y en la peluquería, en la cola del botiquín y en la biblioteca. Las encerronas que no conducen sino a Yesi, y el temor, sobre todo el temor, a que su sombra alargada y fúnebre vaya abriéndose paso hacia ella, invadiendo de nuevo su espacio, expandiéndose y apropiándose de todo...

–Te estábamos buscando.

Son dos internas al final del corredor, cogidas de la mano. Ambas en camisón y con el pelo mojado. Bajo la luz tristonra del neón se las ve pálidas, esmirriadas, inquietantes como las gemelas de una película que una vez la aterrorizó. Y, a pesar de haberlas reconocido y situado (en el taller, siempre cerca de Maica, siempre quisquillosas y algo malcaradas, aunque inofensivas), le han dado un susto de muerte y mira hacia atrás, buscando a la compañera que hace un rato ha visto fregando el suelo en cuclillas, enseñando su tanga fucsia y un tatuaje en las lumbares. Pero allí ya no hay nadie.

–No pongas esa cara, mujer –dice una–. Solo queremos la foto de Pablo Alborán.

–Es para Maica –dice la otra.

Y se acercan las dos chorreando agua. Resulta que el lunes le hacen a Maica una despedida sorpresa en el taller, por si le dan puerta la semana que viene, y han pensado en hacerle un montaje cachondo con la foto, ya que el cantante malagueño parece formar parte de sus planes. También han conseguido cositas para picar y unos Red Bulls para mezclar con Espidifen. Será divertido. ¿No? ¿Cómo que no? ¿Por qué no?

A las 21.00 en la celda, a salvo, física y mentalmente extenuada pero a salvo, a pesar de haber encontrado a la patrona en pie de guerra. La intrusión de una gitana preñada en sus dominios, con un mensaje para Desi de la *tía* Rosalía, ha alterado a Nati hasta el punto de ponerla en marcha. De la mesa a la ventana, de la litera a la taquilla, golpeándolo todo con sus muletas...

–... que si puedes acercarte un momentito para una consulta de negocios, ha dicho. Pero qué negocios, le digo yo, si Rosalía miente más que una concejala... ¿Sabías tú que vendió una casa dos veces? ¿Sabías que ni siquiera era suya? Y dice que no se dio cuenta, vaya tela... –Las voces de Nati y Rosalía se entremezclan en la mente de Desi, mientras se frota el cuerpo con una toalla húmeda porque no ha tenido ánimo de pasar por las duchas comunes–. Y qué me dices del último ataque que le dio... Se tiró al suelo como un fardo, la muy bruta... ¿Y no se le cayó un pendiente y

lo recogió como a la pasada? Es que es tremenda, pa darle el Goya, pero cualquier día de estos le va a dar un chungo de verdad y no se lo va a creer nadie... En enfermería hasta echó sangre por la nariz, mejor no preguntes cómo, y aunque no consiguió ni un puto Gelocatil, no te creas que se fue con las manos vacías, no, que en el rato que estuvo allí me endiñó los leggings...

Desi se ha puesto el pijama, se ha tragado las pastillas y ya está sentada esperando su efecto, el recuento nocturno y lo que venga después. En el mejor de los casos, pilotar una nave invisible por los pasillos. En el peor, el fantasma de las navidades inminentes, su padre, con el bebé colgando.

En cualquier caso, un día más. O un día menos.

—¿Te molesta si dejo la tele?

—No me molesta.

—¿Prefieres esto o *La que se avecina*?

—Me da igual.

—No te ofendas, pero eres rara de cojones.

—No me ofendo.

7

Navidad de 2005. La tienda en su apogeo. Se cumple el décimo aniversario y las clientas son agasajadas con una copa de cava y participaciones de lotería, al mismo número de cada año. Hay subasta de labores en perlé (patucos, bodys, ranitas, arrullos) y concierto de villancicos cantados por los más pequeños. Pero el plato fuerte de la velada es Yesi. Yesica Lugano tocando al chelo una nana que ha compuesto para Lisetta, su primera hermana, que en fin de año cumplirá dos meses de vida, como la infanta Leonor. Nacieron el mismo día, algo que en la tienda ha generado una especie de delirio colectivo, como si por fin hubiese caído el gordo. Tapones de corcho disparados al aire, mujeres gritando *alegría alegría*, bebés llorando.

A todo esto, Yesi y Desi apenas se han cruzado la palabra. Yesi ha dicho que la han elegido para un anuncio *de*, Desi ha contestado que ya lo sabe y le ha vuelto la cara. Durante la actuación estelar se ha escabullido a propósito para no tener que mirarla, para no tener que recordarla tocando el chelo. Y en la trastienda, con las manos tapándose los oídos, ha tomado una decisión caprichosa pero firme. Quiere una hermana, y la quiere *ya*.

Mayo de 2008. Sábado por la noche. Un grupo de adolescentes carpeteras se reúne en casa de Yesi para apoyar a Rodolfo Chikilicuatre en su paso por Eurovisión. Se lo han tomado muy en serio. No es la primera vez que un friki representa a España en el Festival de Eurovisión, pero sí es la primera que todo el mundo parece tener conciencia de ello. Su foto pegada en las carpetas de las adolescentes, junto a los ídolos de turno, dan fe de la importancia histórica del momento. Hasta se ha instalado una pantalla gigante para la ocasión en una plaza del barrio. Pero los padres de Yesi han salido y ella tiene que cuidar a sus hermanas; Lisetta, un monstruito vestido de hada que reclama su atención constantemente, y Anna, un compacto bebé encajado en su cadera en todo momento. El ambiente es cargante y las carpeteras conspiran para desertar. La anfitriona demasiado atareada, su blusa manchada de baba y de restos de papilla. La casa ruidosa y desordenada. Huele a caca. Si se dan prisa, aún están a tiempo de llegar a la plaza para las votaciones...

A todo esto, Yesi y Desi apenas han cruzado una palabra. Yesi ha dicho que ha ganado dos entradas para un concierto *de*, Desi ha contestado que ya lo sabe, y luego se ha ido con las demás.

Corriendo por las calles del barrio, a rebufo de la manada, ha decidido que ya no necesita hermanas ni hermanos, y que cuando vuelva a ver a Yesi se lo dirá, para reafirmarse, para regodearse en sus ventajas de hija única. Le dirá que, gracias a ella, tres años de furor fraternal se han esfumado como por arte de magia.

Pero no la vuelve a ver.

Rodolfo Chikilicuatre queda en decimosexto lugar, el cuarto por la cola, con 55 puntos. Yesi desaparece una semana después. Se esfuma como por arte de magia.

Buenos días, recuento.

Y arranca el domingo, sin muchas perspectivas. El día más lento y conflictivo de la semana empieza como todos los demás, con el recuento al amanecer y el desayuno. Luego, al no haber destino ni talleres, el tiempo empieza a dilatarse poco a poco y cada una ha de matarlo como buena o malamente pueda.

Remoloneando en la celda, por ejemplo. O deambulando por los concurridos pasillos, lustrosos pero malolientes, reverberantes como los de un instituto de secundaria; confidencias, risotadas, maldiciones, algún sopapo. Haciendo cola en botiquín, o en el reparto de metadona, o en la máquina expendedora donde la pringada de turno saca un café detrás de otro, entre burlas y vejaciones de las más impacientes. O formando corrillo con las más espabiladas, intercambiando condones por café o tabaco, compresas por tarjetas telefónicas; las que no necesitan compresas ni condones hacen su agosto, las que no tienen bienes ofrecen servicios.

De palique en el gimnasio. De palique en la lavandería. De palique en el salón de actos, que todos los mediodías y todas las noches se transforma en comedor, los festivos por la mañana en sala de juegos, de cine los domingos por la tarde. Hoy, los educadores han programado *Esta abuela es un peligro 2*. A la misma hora las internas han contraprogramado una protesta por lo que consideran *tortura psicológica*. Ambos anuncios están clavados en el tablón desde ayer por la mañana, uno junto al otro.

O trapicheando en el aula 3, donde los lunes y los viernes dan escritura creativa, los martes y los jueves informática, los miércoles iniciación a la guitarra, los sábados por la mañana se reúnen las responsables de módulo, por la tarde las de la revista. O en misa, orando recogidamente por la paz en el mundo, o por la muerte violenta de tu peor enemigo, o por lo que sea. O cantando a pleno pulmón en culto evangelista, en el aula 2, donde los martes y los jueves dan clases de catalán, los miércoles y los viernes arteterapia, algunos sábados se monta una jarana, todos los domingos un mercadillo solidario. Hoy, voluntarios de la capellanía del centro y misioneras de la caridad reparten ropa usada entre las presas extranjeras que no reciben visitas y a las que alojarán algún día en sus permisos.

O tomando el sol en el patio, del que aún cuelgan algunos farolillos de la fiesta de la Mercè, patrona de la ciudad y de las cárceles. Farolillos chinos tuneados por las internas del programa de metadona, que les cambiaron la denominación de origen (*Made in Chirona*): la broma les costó un parte disciplinario. Se pasaron el festivo en aislamiento, pero se libraron de los tediosos actos institucionales que organiza la Dirección General, cuya asistencia es obligatoria.

Jugando a vóley o a básquet, reincidentes contra primarias, preventivas contra penadas, oriundas contra extranjeras, jóvenes contra veteranas. O paseando del brazo alrededor de la cancha de cemento, confabulando. O ajustando cuentas en el economato, mientras se ponen al día de lo que pasa dentro y de lo que pasa fuera, con la radio perpetua de fondo... *Hoy quiero confesar que estoy algo cansada, de llevar esta espina que pesa tanto...* El chisme principal

sigue siendo la desgraciada de la Panto y el misterio de sus bragas robadas, pero le pisa los talones el extraño caso de la tal Penurias, del que Josefa, la economatera, ya ha oído hablar. ¿Desi la Penurias...? ¿La protegida de Nati, la que parece tonta? ¿De homicidio?... Hombre, rarita es... Dicen que ayer plantó a su padre en el locutorio... Dicen que hoy no se ha dejado ver en todo el día...

Y miran hacia arriba, haciendo visera con la mano para protegerse del sol cegador de la tarde. Buscan a la *rara avis* recluida en su jaula. Doblemente recluida.

Desi da un paso atrás y tropieza con las muletas de Nati, apoyadas junto a la ventana. Al caer se tuerce una muñeca, y tiene una llaga en la boca porque anoche partió la férula en dos. También el sueño que tuvo se le acabó partiendo en dos mitades, de tan largo y quebradizo que era; en una decidía que quería hermanos *ya*, en la otra que *ya* no quería, y en ambas aparecía Yesi. El caso es que la férula no resistió. Ha pasado buena parte del día intentando arreglarla, mientras escuchaba pasar el tiempo a su alrededor, y parte de la tarde mirando el trajín del patio por la ventana, hasta que la han descubierto. El cerco se estrecha.

–¿Te duele? –pregunta Nati. Desi dice que no, pero al incorporarse se siente mareada y se sujeta varios segundos a la litera para no volverse a caer–. Pues a mí me va a estallar la cabeza con esto... Amalgama de rutenio que hace furor. Siete letras. Cágate.

Nati lleva horas batallando con los crucigramas en silencio, sin importunarla con sermones ni consejos trasnochados con los que la atosiga desde que cree amenazado su territorio. *Tú no entres al trapo. Que no te enreden. Hazte de respetar.*

–Uterino –dice Desi, agradecida.

Nati hunde la barbilla en el cuello para mirarla sobre sus gafas de leer, marcando papada. Luego chupa el lápiz y rellena las casillas en blanco.

–Anda, coño –se sorprende.

–No tiene ningún mérito, Nati. Sale siempre.

–¿Siempre? O sea que has hecho unos cuantos y no te has ofrecido hasta hoy... Qué perra.

La luz se está retirando, aunque solo son las 17.30 de la tarde. Ya se oye el bullicio que sale del comedor y se propaga por los corredores como una apisonadora. Son la película y las protestas, que acaban de empezar, al unísono; pero Desi no piensa salir de la celda ni para bajar a cenar, si es necesario alegrará que está mareada.

–Prefiere la maña a la fuerza. Ocho letras, la segunda una *erre* y la cuarta una *ge*. Acaba en *ese*.

–Aragonés.

–¡Aragonés...!

A Nati le ha hecho muchísima gracia, Desi no sabe por qué ni se lo pregunta. A falta de algo mejor que hacer, está ordenando su taquilla. Desdoblado su ropa y volviéndola a doblar. Alineando los productos de higiene de menor a mayor. Con las dos solicitudes para el preacceso de la UNED no sabe qué hacer, ni tampoco con la remesa de antifaces para dormir, *originales* y *prácticos*, según su madre, cortesía de sus clientas. La verdad es que ni siquiera se fijó en ellos cuando el funcionario abrió el paquete en su presencia, unos días (o años, o siglos) atrás. No se fijó porque le daba demasiada vergüenza, aunque no sabía muy bien por qué ni se lo preguntaba.

De satén blanco, llevan tejidos a croché ojos de todas las formas y colores. Ojos negros, grises, dorados, violetas, ojos azul turquesa y verde esmeralda, un ojo de cada color, ojos rasgados, miopes, bizcos, saltones, e incluso ojos cerrados.

Ahora mismo, lejos de ahí, muy pero que muy muy lejos, a cientos de millones de kilómetros, un robot solitario recorre la superficie de Marte calibrando sus capacidades pasadas y presentes para albergar vida. Esa es su misión, para eso lleva algo más de tres años recopilando datos sobre el terreno y enviando información para los futuros colonos. Perforando rocas, recogiendo muestras, midiendo gases en la atmósfera, evaluando niveles de radiación ultravioleta, o lo que sea que haga el *Curiosity*... La verdad es que Desi no tiene ni la más remota idea, pero le gusta imaginárselo así. Lento y meticuloso (al parecer en tres años solo ha recorrido cinco kilómetros), explorando el planeta rojo centímetro a centímetro, *curioseando*, en definitiva, antes de que lleguen los pioneros y se vaya todo a la mierda. Como si lo estuviera viendo. Levantarán una estación espacial, dictarán leyes y normas de convivencia, se impondrá un orden y una jerarquía, se formarán grupitos y habrá rivalidades, idilios, crisis, puñaladas traperas e incluso hostias. Y de todo ello dejarán constancia en los diarios de a bordo, o en las paredes de sus habitáculos construidos en 3D con materiales biodegradables, o tras las puertas de los lavabos químicos, o grabados en las rocas volcánicas, donde sea y como sea, los mensajes de siempre. Mensajes de paz, mensajes de guerra, gritos de socorro, declaraciones de amor...

—¿Se puede?

Rosalía parada en la puerta, cubriendo el hueco casi por completo. Sabe que Desi tampoco ha pasado hoy por las duchas (se lo han dicho), no ha visto la película (una mierda *pinchá* en un palo) ni ha bajado a cenar (otra vez pescado). Lo sabe todo, y está más intrigada que preocupada, lanzando miradas rápidas a su alrededor. Aunque espera permiso para entrar, su vozarrón ya campa a sus anchas por la celda y Desi ha de pedirle que baje un poco el tono para no despertar a Nati, que se ha quedado traspuesta en la litera de abajo con el antifaz de los ojos cerrados. El efecto es algo perturbador, pero Rosalía no parece sorprendida, sino mosqueada. Dice que qué quiere que le haga, si este es su *tono* y no tiene otro, dice que si lo baja es *aún peor*, y a todo esto ya ha contado y valorado para sus adentros los antifaces esparcidos sobre la mesa.

—Son para la cuadrilla del taller, ¿a que sí? Porque ahí hay catorce, con el de la pelona, quince.
—No se le escapa nada. Al no dar Nati señales de vida, cruza el umbral para examinarlos concienzudamente. Mirándolos por un lado y por el otro, estrujándolos entre los dedos, olfateándolos—. Son cursis a más no poder, pero prácticos a la par que originales.

—Mi madre dice lo mismo.

—Tu madre sabe mucho.

Rosalía toma asiento, resoplando, el ceño fruncido, todavía un poco confusa por la singularidad del género, sopesando las palabras con las que formular su oferta.

—Mira, Desiré, he echao una instancia para la boda de mi nieta, a principios de año. A treinta euros por unidad, precio de salida, nos los quitarán de las manos... ¿Qué te parece?

—Caros —dice Desi, por decir algo.

—Precio de salida, bonita. Para bajar a veinticinco, veintitrés, veintidós, en todo caso no menos de veinte.

—Siguen siendo caros.

En realidad, Desi no tiene ni idea del valor que pueden tener los antifaces; no le interesa, ni siquiera le gustan, no tiene pensado repartirlos ni cómo deshacerse de ellos. Y puede que Rosalía

sea muy capaz de venderlos en la boda de su nieta, incluso en la estación espacial con la que soñaba despierta hasta hace un instante...

—... por menos de veinte no me vale la pena... —le está diciendo, inclinada sobre ella como suele hacer para hablar de negocios—, pa eso prefiero subirme al primer barco que vea, porque yo a un avión no me subo ni muerta, e irme directa a por la recompensa, ¿sabes lo que te quiero decir? Es que como me pones esa cara de tonta... A ver, que el tipo esté muerto no supone ningún problema, ¿no dices que la recompensa es vivo o muerto? Ahora bien, si es verdad que su cuerpo está en el fondo del mar, entonces sí tenemos uno y de los gordos. No sé nadar. Pero ya se nos ocurrirá algo... —dice, achinando los ojos, y entonces da una fuerte palmada en el aire, sobreexcitada por su propia audacia, y Nati se incorpora apoyándose en los codos.

—¿Qué recompensa? —pregunta, con el antifaz en la frente.

—Que te lo cuente la niña —responde Rosalía como si tal cosa, sin siquiera mirarla—. Ella me dio la idea con la historia esa que llevó al taller, y que por cierto me las tiene a todas en vilo...

—¿Qué historia? ¿Qué recompensa?

Pero Desi no va a contar nada. Todavía está intentando descifrar si la última propuesta de Rosalía es una broma o está desvariando, o simplemente vacilando a Nati, que suele ofenderse mucho cuando cree que la están dejando al margen de algo, y encima no sabe de qué.

—Que no te enrede, Desi, que luego te las verás negras para que afloje la pasta, te lo digo yo. A mí aún no me ha devuelto el importe de esos leggings de mierda que me endiñó en enfermería, cuando no me podía defender...

Rosalía se hace la despistada.

—¿Qué leggings?

—¿*Qué leggings...*?

Nati se cabrea. Y Desi, conteniendo la respiración, vuelve a guardar los antifaces en la caja. Los ánimos se están calentando.

—Si estoy tiesa, hija mía... Si hasta tengo una púa en el economato y no puedo ni comprar unos Red Bulls para lo de Maica... —dice Rosalía, con carita lastimera, cambiando totalmente de registro—. Porque os habéis enterao de lo de Maica, ¿no?

Y hablando de *lo de Maica* se relaja la tensión en el ambiente, porque resulta que Nati también la conoce, de aquel curso de informática en el que se metió para *hacer puntos*, y también le cae bien. Aportará dos bolsas de pistachos para despedirla. Rosalía se alegra mucho de que Maica no vaya a chuparse las navidades aquí, pero echará de menos esa polla rastafari en la pizarra del taller, todos los lunes y los viernes, en recuerdo de aquel profesor argentino por el que Maica perdió el norte...

—Madre mía, qué metejón... ¿Te acuerdas, Nati?

—Vaya si me acuerdo...

Hablan a la vez, cabeza con cabeza, la mata de pelo negro de Rosalía (de la gama Negros Legendarios de L'Oréal, según la paleta de Silvana), siempre sujeto con una pinza en la nuca, el blanco níveo de la cabeza rapada de Nati. Hablan a la vez y hablan deprisa, porque en los pasillos ya se oye el ajeteo de siempre a última hora, el barullo de las internas volviendo a sus celdas para pasar la noche, el funcionario de relevo preparándose para empezar su ronda. Rosalía le ha oído llegar y, levantándose con esfuerzo, anuncia la hora de retirarse a *sus aposentos*. Nati no le ríe la gracia.

Al final podría decirse que ha sido una tarde de domingo como cualquier otra. Una larga tarde

de otoño como cualquiera de las largas tardes en la tienda, cuando Desi era pequeña y escuchaba hablar a las mujeres mientras tejían. Y sus voces se entrelazaban, igual que las de Nati y Rosalía hace un rato, cuando casi se habían olvidado de que *la niña* estaba ahí, abrazada a las piernas, la cara sobre las rodillas, escuchándolas hablar de todo y de nada, de la Pantoja y de la duquesa de Alba, de Maica y de la Penurias, de los acontecimientos más destacados del fin de semana que está a punto de terminar, para mayor alivio de Desi... Uno más, uno menos. Sí, podría decirse que ha sido una tarde de domingo plácida, a pesar de todo.

Y sin embargo algo ha pasado. Tan pronto como se ha metido en la cama se ha dado cuenta. Es la desazón que ruge en su estómago y le sube por la garganta, buscando una salida. La bestia en el fondo de la cueva. Si se despierta del todo no habrá pastilla que la apacigüe; y eso que Nati ha renunciado a su mitad porque quiere empezar a *activarse*, ha dicho, y a cambio ha insistido en leer esa historia que todas (menos ella) parecen conocer, al menos lo que le dé el tiempo hasta que apaguen la luz. Hoy no verá la tele.

Entonces Desi le ha dado su libreta y le ha alcanzado las gafas. Después se ha lavado los dientes y ha estado a punto de encajarse la férula rota. Luego se ha puesto el pijama, se ha subido a la litera, y ahora, con los ojos apretados, está tratando de concentrarse en la cuenta atrás.

Diez, nueve, ocho...

–Empezamos mal. *Mi escenario sería una habitación ordenada y pulcra*. ¿Pulcra? –Con la pierna sana, Nati patea el somier de arriba, a la altura de los riñones, pero Desi se hace la dormida–. Aquí nadie usa palabras así. Y no te ofendas, ¿vale?, pero el título suena un poco a chiste, a cachondeo, y yo creo que es por lo ridi de los nombres... Yesi o Desi, no sé yo, ni que fueran dos caniches.

Siete, seis, cinco, cuatro...

–Pero la descripción del escenario no está nada mal, las cosas como son. ¿Desi...? ¿Me estás escuchando? Bueno, va, mola bastante. Me recuerda la habitación de mi hija la menor, ella también tiene posters y peluches por un tubo, y también le gustan los animales y esos vampiros de pacotilla. O al menos le gustaban...

Tres, dos, uno...

–Ahora no sé... ¿Me oyes o no...? Digo que igual lo ha quitado todo y esa habitación ya solo existe en mi recuerdo, pero no lo sé...

Cero. Se apaga la luz en la celda 2. Ya está, solo tiene que aguantar un poco más y el día más lento y conflictivo de la semana habrá terminado. *Eh, Desi, ¿estás despierta?* Pero Nati tiene ganas de hablar, y no es algo habitual en ella. A lo largo de la cuenta atrás su voz ha ido pasando del sarcasmo a la incertidumbre, luego a la frustración, y por último a la angustia. *Si estás despierta di algo, cuéntame algo*.

Y aunque solo fuera para consolarla, Desi podría empezar diciéndole que sí, que está despierta y la oye, que puede que el título sea algo absurdo pero que no le importa, que los nombres serán *ridis* pero son los que son, que esa habitación *ordenada y pulcra* solo es un recuerdo, un escenario que ya no existe como tal, porque ella sí quitó los posters de las paredes, y las fotografías de sus ídolos, y se deshizo del cuadro con su nombre en punto de cruz, y quemó todos los peluches... Podría decirle todo eso, contarle cómo hizo todo lo que Yesi le dijo que hiciera, cómo siguió todas y cada una de sus instrucciones... Y por eso está aquí.

III. YESI

«¿Quién eres? Soy el hombre que debía casarse con la muchacha que tú no habrías elegido, que debía tomar el otro camino en el bivio, beber del otro pozo. Al no elegir, has impedido mi elección. ¿Adónde vas? A una posada distinta de la que encontrarás tú. ¿Dónde volveré a verte? Colgado de una horca distinta de aquella en la que te habrás colgado tú. Adiós.»

Es un fragmento de *El castillo de los destinos cruzados*, de Italo Calvino. El libro por el que Yesi apostó en un concurso de la radio y se alzó con el premio, dos entradas para un concierto tras el cual tomaría *el otro camino en el bivio*. El libro con el que, siete años después, Julia pretendía dormir a su sobrino, la noche que le tocaba de canguro. Lo eligió pensando que era para niños, y no lo era, pero como el niño no protestaba ni se dormía, siguió leyendo hasta que llegó al párrafo en cuestión. Pura casualidad. Se le pusieron los pelos como escarpas..., según ha confesado en el taller, tras haberlo leído en voz alta para el grupo y antes de retomar el debate donde lo habían dejado, entre al menos media docena de manos levantadas.

... ¿Y si no fue casualidad? ¿Y si es cosa del destino? ¿De qué va? ¿Por qué Desi, la sabionda, la que siempre lo sabía todo antes que nadie, no tuvo nunca tentaciones de leerlo en busca de señales ocultas? ¿Alguien sabe qué es un bivio?

Un bivio es un cruce de caminos, una encrucijada que nos obliga a elegir una u otra dirección. No siempre elegimos la correcta, a veces ni siquiera elegimos. De eso precisamente va el libro. En cuanto a las señales ocultas, bueno, a veces no hay señales. La casualidad no se puede predecir ni evitar, y el destino no está escrito en ningún sitio porque, entre otras muchas cosas, depende del azar.

Y el azar tiene sus propias leyes.

1

Como un tiro al aire. Como sale una bala por la boca del cañón, disparada a cielo abierto. De la oscuridad infinita a la luz cegadora. Desde las alturas veía la geometría del barrio en todas sus dimensiones. El trazado de las calles y el flujo de la circulación, de arriba abajo y de derecha a izquierda, alternativamente. Las manzanas cuadrículadas, las azoteas y los patios interiores, la planta en forma de cruz griega del Mercado de Sant Antoni, las terrazas de los bares, el patio del instituto, la tienda de mi madre, la charcutería y la cola de gente esperando su pollo a *l'ast*, bajo el sol del mediodía.

A medida que perdía altura, atraída por la fuerza de la gravedad, reconocí algunas caras. Vecinos de escalera y clientas de la tienda. Una antigua profesora del colegio, muy embarazada. El borrachín del barrio hablando solo. Yo, de brazos cruzados, mirándome las uñas de los pies. Todos en una larga cola que daba casi la vuelta a la manzana y allí empezaba a retorcerse, inquieta, alterada por la noticia que se propagaba de boca a oído rápidamente.

Yesi Lugano ha desaparecido.

La voz anónima, asexual, se mezclaba con otra mucho más energética y familiar que llegaba del otro lado del agujero negro.

—¿Te ha dicho algo? ¿Qué te ha dicho? ¿Dónde ha estado? ¿Qué le ha pasado? ¿Qué le han hecho?

Una voz con la fuerza y el apremio suficiente para traerme de vuelta, marcha atrás por el mismo túnel de oscuridad infinita, el atajo cósmico por el que había atravesado el tejido espacio-temporal. Desde el sábado 9 de junio del año 2013 hasta otro sábado de junio, cinco años atrás.

Y sin salir de mi habitación.

Un largo e intenso viaje de unos pocos minutos, que fue lo que tardó mi madre en despedir a madre e hija en la puerta, volver a mi habitación y apagar el maldito ventilador.

—Y, bueno, ¿qué te ha dicho?

Una fracción de segundo y, de repente, la sensación de peligro y fatalidad que me había bloqueado durante el reencuentro con Yesi se transformó en vergüenza y frustración. Un *clic* espontáneo y parece ser que perdí el control de la situación, la emprendí a patadas con el regulador y lancé objetos al aire hasta romper la lamparita en forma de tulipán. Pero yo eso no lo recuerdo.

Recuerdo hervir de indignación, avergonzada de lo torpe que me había sentido, lo lenta, lerda, incapaz, y todo eso que mi madre había puesto en evidencia tratándome como si todavía fuese una quinceañera desorientada, en lugar de una veinteañera desorientada; por no hablar del infame pellizco en el michelín, entonces un moratón amarillento y apenas perceptible, pero que dejaría una huella indeleble del momento. Recuerdo que aún me dolía cuando me metí en la cama, temblando de rabia y de impotencia, y que a media tarde, cuando vino mi padre a tratar de recomponer el estropicio, me desahogué con él.

—Llévame a mi habitación y hablar de nuestras cosas... Nuestras cosas... ¡¿Qué cosas?! Y jugar a algo, por favor... *No quiere que la llamen más Desi* —con voz de retrasada forzada al máximo—, *se le ha quedado pequeño*... Seguro que lo ha hecho a propósito para abochornarme... Seguro que fue ella quien puso en marcha el ventilador...

—Bueno —dijo mi padre, tras escuchar mi larga lista de agravios—, si no quieres que te traten como a una niña, no te comportes como una niña.

Estaba de pie, la cabeza echada hacia atrás para ver mejor el regulador roto que colgaba de un cable. Se había olvidado sus gafas de presbicia y parecía distinto, más flaco, más joven, despreocupado. Habló sin parar durante el rato largo que le ocupó la tarea; de las partes en que se compone un regulador y cómo se arreglan, de lo difícil que es encontrar tulipas de vidrio para ventiladores tan antiguos, de las revueltas en Brasil, a punto de inaugurarse la Copa FIFA Confederaciones... Y cuanto más hablaba más inmune parecía a las miradas atravesadas que yo le lanzaba desde la cama, tapada con la colcha hasta la barbilla. Pero ¿qué me estaba contando? Me costaba entenderlo. Me importaba un pimiento. Me preguntaba si no se daba cuenta o si lo haría a propósito, y en ese caso por qué. Y sobre todo no podía entender cómo podía estar de tan buen humor. Cuando terminó me besó en la frente y se fue silbando. Olía a loción capilar.

Me lo tuvo que contar mi madre esa misma noche, tarde, cuando me trajo una manzanilla y un yogur a la habitación, y se sentó al borde de mi cama. Según los rumores que habían empezado a circular por la tienda, mi padre estaba empezando a salir con una mujer. Luego me besó en la frente, allí donde hacía un rato me había besado mi padre, y salió a buscar un termómetro.

Vaya, vaya... Por aquí sí parece que no ha pasado el tiempo.

Las primeras palabras de Yesi rebotaban por las paredes de mi habitación, tan aparentemente

inofensivas. *Vaya, vaya...* Pero tan misteriosas en su irrelevancia, tan inquietantes en su tono burlón y escéptico. *A mí me da igual, es tu cuarto.* Su voz, distorsionada por la fiebre, parecía salir de un aparato de radiofrecuencia casero. *Parece un niño. ¿Te trata bien?* Y yo no podía hacer nada salvo escucharla... *Pero no estás enamorada...* así que al final, desesperada, me levanté y me arrastré hasta la cocina, donde me comí cuatro magdalenas que acto seguido vomité. *Lo que yo te diga...* *Aquí no ha entrado ningún tío que te guste.* Volví tiritando a la cama y forcejeé un rato con Chimo, que tenía demasiado calor bajo la colcha, hasta que al final se resignó y se quedó conmigo. Aún olía a zumo de piña. *Qué de qué. ¿Tienes algo con alcohol?* En cuanto entré en calor me sentí un poco mejor y me envalentoné. Así que la nueva Yesi bebía alcohol... *Vaya, vaya.* Y fumaba, llevaba siglos fumando. Y tenía los dientes estropeados, el pelo sucio, las mejillas hundidas y los ojos opacos, el cuerpo seco y enjuto... Era una sombra de la Yesi que yo conocía o creía conocer, una versión deteriorada y maltrecha, una piltrafa, un saquito de huesos con jersey de hombre y risa de perro viejo... *Quién sabe cómo habrían ido las cosas si yo hubiese tenido un perro.*

Yesi no se fue de mi habitación (ni de mi mente) en toda la noche. Mi trabajo me costó mantenerme aferrada al perro hasta la madrugada.

Veinticuatro horas después había somatizado la vuelta de Yesi en una gastroenteritis vírica. A la fiebre y los escalofríos se sumaron las náuseas y los retortijones, luego los vómitos y las diarreas. El médico recomendó guardar reposo y una dieta a base de líquidos hasta que remitiesen los síntomas. Entonces sobrevino el agotamiento, un sopor profundo, aplastante, como si estuviera sumergida bajo el agua, en el fondo del mar.

A mi alrededor percibía voces y olores familiares. Chimo, su aliento en mi cara. Mi madre entrando y saliendo, obligándome a dar sorbitos a una taza de caldo, poniéndome el termómetro, ventilando la habitación. La tele de los vecinos colándose por la ventana abierta, retazos de sus conversaciones cuando salían al lavadero a tender la ropa. A lo lejos, el estruendo del barrio en horas punta, el hervidero de rumores circulando por el subsuelo, los buitres de la prensa sensacionalista sobrevolando. El zumbido de mi móvil silenciado, colapsado de mensajes. Las redes sociales en ebullición.

Durante la noche me desvelaba y vagaba por la casa sin saber qué hacer, con el estómago vacío y la mente embotada. A veces saqueaba la nevera en busca de algo sólido para llenar el agujero y calmar a la bestia que rabiaba en el fondo, aun sabiendo que luego me sentiría peor y la recuperación se alargaría. Si la bestia no devolvía violentamente lo engullido, las digestiones se hacían lentas, pesadas e incluso dolorosas.

Y los sueños muy turbios.

Yesi estrangulada en un callejón. Yesi descuartizada en un vertedero. Yesi con bombo, vendiendo Biblias de puerta en puerta. Yesi con burka en algún lugar del lejano Oriente. Yesi con botas altas de charol, en el arcén de una autovía, sentada bajo una sombrilla...

Una sucesión de imágenes sin movimiento, de recuerdos ficticios, recreados a partir de noticias y rumores siniestros que en su día había oído sin poder evitarlo, de titulares de prensa leídos de refilón, de pesadillas nocturnas, febriles, de desvaríos de la imaginación. La clase de imágenes que mi madre había mantenido a raya a machetazos, y ahora, una vez abierta la veda, salían en tromba de algún lugar de mi mente.

–Desi, despierta.

–¿Qué pasa?

–Nada, pero despierta y ponte el termómetro antes de que me vaya a la tienda.

–¿Tan pronto...? ¿Qué pasa?

–No pasa nada. Son casi las diez de la mañana y está lloviendo.

Las diez de la mañana y apenas entraba luz en la habitación, aunque mi madre había subido la persiana y abierto la ventana de par en par. Llevaba el chubasquero puesto y el bolso al hombro.

–Sergio ha llamado tres o cuatro veces –decía–, preocupado porque no contestas a sus mensajes.

–Luego le llamo.

La temperatura había bajado y había un ligero olor a cloaca. Me tapé con la colcha hasta arriba.

–Y tus amigas se han pasado por la tienda quejándose de lo mismo...

–Luego las llamo, más tarde.

–... que no das señales, que dónde te escondes, que las tienes en ascuas... ¿Desi?

–Te he oído.

Era ella la que no me oía, mientras revolvía en los cajones del escritorio sin parar de hablar. Decía, hurgando en mis cosas, que mis amigas habían irrumpido en tropel en la tienda para recabar información, ansiosas por *saberlo todo*. Y qué pesaditas estaban. En especial Laia, *nuestra* Laia, que al oír de mi gastroenteritis había torcido el morro como si no acabara de creérselo... ¿Y no había insinuado al grupo que yo, a veces, inventaba excusas para hacerme la interesante? *Precisamente* Laia, que al parecer había vuelto a salir en un programa matutino de sucesos, esta vez a cara descubierta y sin poder contener su excitación, su afán de protagonismo; al menos según sus fuentes, porque a ella esos programas la ponían enferma y no lo había visto ni quería verlo...

–Ah, míralo, aquí está. –Se refería a mi teléfono móvil, que acababa de encontrar en un cajón, sin batería, y que enseguida puso a cargar sobre la mesita de noche–. Será mejor que las llines.

–Luego, mamá. Ahora no.

–Tú misma, pero yo creo que al menos deberías llamar a Yesi y felicitarla, me parece que fue su cumpleaños hace unos días.

–Pero ¿qué dices? ¿Ya ha pasado el día doce? ¿Qué día es hoy?

Emergí a la superficie, desorientada. El termómetro no marcaba más que unas décimas. Mi madre se quitó el chubasquero. Iba *con prisas*, dijo, pero cinco minutos serían suficientes para ponerme al corriente de la situación, puesto que ya estaba en condiciones de hacerme cargo, y ya que así estaban las cosas.

Estábamos a viernes, 15 de junio, y llevaba dos días lloviendo. Había perdido la convocatoria al examen pero no debía preocuparme, porque ya se había puesto en contacto con mi profesor y me conseguiría un aplazamiento antes de que cerrasen las actas. La prensa estaba empezando a desaparecer del barrio, pero a Yesi aún no la dejaban salir de casa, ni ver la tele. Mantenerla al margen del revuelo no estaba siendo nada fácil para los Lugano (Piero había vuelto, sin las niñas), que seguían *actuando* con naturalidad a la espera de que Yesi se recuperase lo suficiente, de que se sintiese lo bastante segura para empezar a abrirse, a hablar, a salir, a retomar sus amistades, sus estudios, su vida anterior. Pero la pobre Isa estaba empezando a desesperarse porque los días

pasaban y Yesi no parecía tener el menor interés en hablar ni en recuperarse ni en retomar nada. Y aunque también estaba enferma, *como yo*, ella no consentía que la visitase ningún médico, y mucho menos someterse a un reconocimiento completo, tal y como *todos* estábamos esperando. Tal vez yo podría convencerla, tan amigas que fuimos... Inseparables desde la cuna. Como uña y carne.

En fin. Para qué decir nada, cómo rebatir una teoría que viene avalada por tantas y tan poderosas razones. Misma edad, mismo signo, mismo barrio. Años de colegio y de trayectos en la furgoneta del señor Ramón, cantando rumbas. Domingos intercambiando cromos repes en el Mercado de Sant Antoni. Tardes en la tienda, con los oídos abiertos a los misterios del barrio y del mundo, contagiándonos el miedo, la risa, el muermo, los piojos, las anginas. Las mismas películas domésticas con distinta protagonista. Las mismas escenas de la vida cotidiana repetidas hasta la saciedad, con los mismos personajes secundarios y en los mismos escenarios; fiestas de cumpleaños, carnavales, castañadas, cabalgatas de Reyes, verbenas de San Juan. Puntos de referencia en común, cientos de puntos unidos con un hilo transparente y pegajoso. Una gigantesca telaraña tejida por nuestras madres durante la década en la que todo giraba alrededor de la tienda y nada se cuestionaba.

Y sin embargo nunca fuimos amigas *de verdad*. Por sólidas y abundantes que fuesen las razones que decían lo contrario, yo, en secreto, tenía la certeza única, absoluta, indiscutible.

Nunca fuimos *uña y carne*. Puede que uña y astilla...

Hubo un tiempo en el que, por consejo del psicólogo y alentada por mis padres, toda mi energía estaba concentrada en formar parte de un grupo. Superar las distintas pruebas de lealtad, adoptar un lenguaje y un estilo similar, seguirles el ritmo. Fueron meses de esfuerzo agotador, porque por aquel entonces yo arrastraba un complejo de superviviente como un fardo, además de mi tendencia al aislamiento y a la bulimia. Una ardua tarea que empezó después de volver del pueblo de mis abuelos, tras pasar las navidades de 2008 en alerta naranja, y culminó a principios del verano de 2009, poco antes de que mis padres se separaran de mutuo acuerdo; y de mutuo acuerdo decidieran llevarme al psicólogo porque había tirado las lentillas por el váter, me lo comía todo y me pasaba el día recluida en mi habitación (había puesto un pestillo en la puerta), leyendo novelas.

Cuando entre los tres me convencieron para que activase el móvil y me *dejase ver* en las redes sociales, como parte de la terapia, las cosas empezaron a mejorar. La aplicación del WhatsApp también ayudó, facilitando mucho la comunicación con el grupo, que ya entonces lideraba Laia y en el que fui oficialmente aceptada el día en que cumplí diecisiete años. Ahora, con casi veintiuno, seguía sintiéndome orgullosa de ser simplemente *una más*, no digo que no, pero aún me costaba lo mío. De vez en cuando necesitaba desaparecer, no sabía muy bien por qué. Y no siempre respondía a sus llamadas. Y a veces inventaba excusas, sí.

Nuestra Laia, precisamente Laia, sabía bien de lo que hablaba porque también se había criado en la tienda y ocupado su plaza en la furgoneta del señor Ramón. Ser la última que vio a Yesi Lugano la noche de su desaparición le había otorgado cierta fama en el barrio. Entonces era una adolescente desgarbada, nerviosa e insegura, que llevaba brackets en los dientes y quería ser charcutera, como sus padres. Quién la había visto y quién la veía, cinco años después, marcando tendencia en Instagram y liderando nuestro grupo femenino de WhatsApp. Un grupo activo y ruidoso, y tan homogéneo que mi madre no distinguía a unas de otras. Carla, Alba, Aida, Elena, Natalia, Belén, Noemí. Para ella solo eran nombres al azar, chicas clónicas, siempre conectadas, chicas presumidas que se exhibían en las redes sociales sin pudor, deseosas de gustar, ansiosas

por *saberlo todo*, chicas a las que no se podía confiar un secreto y luego esperar compasión... Claro que quién podía reprochárselo, se decía a sí misma, de repente, cuando caía en la cuenta de que yo era una más y me estaba ofendiendo. Al fin y al cabo la realidad virtual también podía ser despiadada, ¿no? Y de algún modo había que protegerse de la ferocidad de las redes, ¿o no? Pues eso.

Pue eso: un aluvión de llamadas perdidas, un torrente de wasaps y de audios desatados, cientos de mensajes mordaces en el buzón de voz, memes guasones y gilipolleces en bucle con montones de «me gusta» en mi muro de Facebook, una versión zombi del anuncio de la leche rica en calcio con miles de visualizaciones, enlaces a Youtube para ver a Laia en su minuto de gloria, las etiquetas *#YesiRediviva* *#YesiLuganoRedux* arrasando en Instagram y trending topic en Twitter...

Me dio vértigo y solté el móvil como si ardiera. Sabía lo que me iba a encontrar cuando reuní el valor suficiente para encenderlo, marcar el pin de acceso y asomar el hocico al ciberespacio. Sabía lo que me iba a encontrar, y creía que estaba preparada. Pero apenas unos minutos en línea, muda, bastaron para darme cuenta de que no. Porque una brecha se había abierto cuando mi madre irrumpió en mi habitación, con cara de susto, y dijo *Ha vuelto*, sin más.

Llegado el momento de protegerse, yo solo conocía una manera. No entrando más en Facebook, desactivando mi cuenta en Instagram, no respondiendo a ningún mensaje, bloqueando a Sergio en el WhatsApp y despidiéndome de todos los grupos a la francesa.

Desiré salió. Desiré ha abandonado el grupo.

3

Desiré. Miércoles, 20 de junio.

Un sobre con mi nombre y la fecha, apoyado en el despertador. Reconocí la caligrafía estilizada de mi madre. Contenía una invitación al spa inaugurado en el barrio apenas unos meses atrás. El pack incluía hidroterapia y sauna, y un bono regalo para elegir entre dos opciones: un masaje con aceites esenciales o el asesoramiento de una dietista. No estaba despierta del todo, pero ya tenía clara mi opción, y mucha hambre, así que me levanté y me comí los restos de la cena (eran casi las 13.00 del mediodía). Luego saqué a Chimo al callejón donde solía llevarlo desde que empezaron las obras de remodelación del mercado, cuatro años y medio atrás, seis meses después de la desaparición de Yesi; aún debía de haber carteles de su búsqueda debajo de toda aquella propaganda electoral, anuncios de conciertos y festivales, publicidad y grafitis y pintadas de todo tipo. *Toni te amo. Putas obras... Tourists go home! Desi, cagona, sal de tu madriguera...*

Antes de empezar a salir con Sergio solía ir a menudo al callejón con las del grupo a comer pipas, fumar porros y hacer planes, y allí que me habían dejado un simpático mensaje, escrito con tiza en un muro real, puesto que el virtual estaba siendo tercamente ignorado. Me agobié mucho. El ruido de las obras era ensordecedor. El sol caía a plomo y no había casi nadie por la calle, y sin embargo me sentía acosada.

Poco después, en el spa, aplicándome a fondo en rellenar un cuestionario de salud de tres páginas, seguía sintiéndome agobiada y estresada. Que no, que no sufría hipertensión, ni asma, ni alergias que yo supiera. Que tampoco era claustrofóbica sino todo lo contrario, los lugares recogidos eran mi hábitat natural. Que en esos momentos no me estaba medicando, ni estaba

menstruando, y que de ninguna manera podía estar embarazada porque aún no había conseguido perder la virginidad, a pesar de tener novio desde hacía ocho meses, aunque estaba en ello...

No sé por qué di tantas explicaciones, y tan sinceras; yo misma estaba consternada de mi propia franqueza. Por suerte, el circuito de aguas termales y los vapores de la sauna me apaciguaron, y al final debí de quedarme amodorrada en una tumbona térmica, en la zona de relax, porque el tiempo pasó volando.

No había reloj en el despacho de la dietista, donde me senté a esperarla tras haber recorrido un laberinto de pasillos estrechos y oscuros. Era un cubículo sin ventanas, de techo bajo y paredes tapizadas de tela color mostaza. Olía a humedad y se oía un ruido como de escape de agua, pero me sentía recogida, en mi *hábitat natural*. Frente a la mesa había una estantería baja con profusión de budas, algunos libros sobre dietética y nutrición, y cuencos, muchos cuencos. También había un quemador de incienso y un calendario con motivos religiosos, o eso me pareció, y a su lado una fotografía enmarcada de Yesi, tocando el chelo, en el décimo aniversario de la tienda.

Me levanté de un brinco, como si me hubiese dado una descarga eléctrica en el culo. No me lo podía creer... Tantas medidas empleadas en su día para no tener que mirarla, para no retenerla en el recuerdo, y luego verme obligada a evocarla así, en su versión más virtuosa, tanto esfuerzo para acabar topándome con ella en el despacho de la dietista, que justo en ese momento entraba por la puerta.

–Felicidades, Desiré. –Isa me sujetó por los hombros y me plantó dos besos sonoros en las mejillas. Llevaba una bata blanca sobre una falda amplia y estafalaria—. ¿Ya estás mejor? Tu madre dice que aún estás un poco desganada, aunque yo te veo buen aspecto... ¿Por qué no te sientas? ¿Quieres una infusión? Si no te importa, voy a encender una varita de incienso, aquí siempre huele a cerrado.

Más que a cerrado, allí olía a encerrona, a regalo envenenado en un sobre con mi nombre y la fecha, apoyado en el despertador.

–No, no me importa. –Me senté y me crucé de brazos, a la defensiva—. Y no quiero ninguna infusión. Gracias.

–Bueno, pues nada, enseguida te abro ficha. –Isa se volvió hacia la estantería para preparar el incienso. Se la veía bastante animosa, con sus mechchas siempre de un naranja subido, sus gafitas retro, de montura de concha, su aire de pitonisa despistada. Pero cuando se sentó y me miró de frente no vi ninguna chispa en sus ojos, solo tristeza, y un cansancio tan profundo, tan inconmensurable, que me impresionó—. Ya sé que ese virus maldito te ha hecho perder la convocatoria, tu madre me lo comentó el otro día, pero yo que tú no me preocuparía demasiado. Conociéndola, estate segura de que te conseguirá ese aplazamiento.

Lo estaba. Como estaba segura de que Isa no tardaría en sacar a Yesi a colación, y de que por eso estaba yo allí, en albornoz y chancletas, sentada frente a su madre; por eso y porque la mía me conocía bien, y me sabía intocable e insaciable...

–Me parece que se os ha roto una cañería o algo –dije, arrepentida de no haber optado por el masaje, y con toda la intención de mostrarme hostil, poco colaboradora—. O tal vez es que alguien se ha dejado un grifo abierto.

Isa sonrió con indulgencia.

–Es agua corriendo por un manantial, concretamente por el manantial de Baotu, en China, en la

provincia de Shandong, conocido como el primer manantial de la tierra y hoy en riesgo de agotarse. O al menos eso es lo que pone en el CD. Es para relajar.

–Ah.

Isa también creía conocerme, saberlo todo de mí, por eso procuró no rozarme los pechos ni la cintura mientras me tomaba las medidas con la cinta métrica, medidas que luego anotaba escrupulosamente en una ficha. Me midió, me pesó, me hizo muchas preguntas sobre mis hábitos alimentarios, calculó calorías sólidas y líquidas y, como no le cuadraban las cuentas, volvía a empezar.

–Pues no lo entiendo... –decía–. Qué raro...

Yo notaba sus esfuerzos por concentrarse, por honrar el título que había logrado sacarse en la época más amarga de su vida, mientras esperaba una llamada que nunca llegó. Pero yo le había contado solo lo que comía durante el día, no lo que rapiñaba en mis saqueos nocturnos, y sabía que por mucho que calculase las cuentas no iban a cuadrar. De pronto me sentía culpable y conmovida.

–Yesi tampoco come casi nada... –dijo sin mirarme, sin levantar siquiera la vista de la ficha–, pero ella en cambio está en los huesos, cada día más flaca, más consumida, y creo que sigue teniendo fiebre, creo que tiene fiebre desde la noche en que llegó, con lo puesto. –También yo luchaba por no levantar la vista de la ficha a la foto enmarcada. Las dos estábamos muy quietas–. Entonces nos dijeron que no la presionásemos, por lo del estrés postraumático y todo eso... Nos dijeron que hablaría con el tiempo, que cuando se sintiese más segura ella misma rompería su silencio. Pero pasan los días y Yesi no habla, no come, no quiere ni ponerse el termómetro, y no digamos hacerse un reconocimiento médico. Tal vez si tú hablaras con ella... –Me miró. Me removí incómoda en la silla. Me aferró la manga del albornoz–. Vosotras os conocéis desde el parvulario, y hasta sois del mismo signo, Géminis cosecha olímpica, ¿te acuerdas?... Tú podrías convencerla, persuadirla para que empiece a abrirse y a soltar todo eso antes de que... En fin, antes de que la corroa por dentro. Ocultarlo no es una buena idea, Desi. Y a ti te lo contará, tan amigas que fuisteis...

Ya era tarde cuando salí de allí. Ya no se oía el estruendo de las taladradoras y soplaba una brisa fresca. Las calles estaban llenas de gente, las terrazas de los bares abarrotadas, los comercios preparándose para cerrar. Me dejaba llevar de vuelta a casa por la inercia, a paso lento, casi a rastras, pero sin detenerme a tocar a los perros ni a mirar los escaparates, como solía hacer, y cambiándome de acera según creía ver una cara conocida.

El padre de Laia bajando la persiana de la charcutería, la madre en mitad de la acera charlando con la señora Reguant, que llevaba colgada del brazo a la señora García, con unas enormes gafas negras que no la dejaban ver bien ni ocultaban del todo los moratones de su última operación. No les rehuía por nada personal, es que no tenía ganas de hablar con nadie. Cuando quise darme cuenta, estaba a pocos metros de la tienda. Ribó & Caralps. Ahí estaba el letrero luminoso y la camarilla de fumadoras, congregadas en la puerta. Dentro, el ajetreo habitual de última hora, algunas clientas tejiendo a velocidad de vértigo, la mayoría ya recogiendo y los niños por ahí, sobreexcitados porque acababan de empezar las vacaciones.

Estuve espionando durante un buen rato, pero estaba demasiado rebotada para sentir nostalgia; con mi madre, por la encerrona, conmigo misma por haber caído con todo el equipo en la trampa de la compasión. Y es que acababa de hacerle a Isa una de esas promesas que se hacen sin abrir la boca. Son las peores, esas promesas vacías que no se pueden ni se saben cumplir, esas promesas

que se hacen sin mediar palabra cuando tampoco se puede ni se sabe decir que no –que no, que Yesi y yo nunca fuimos amigas, que todo había sido una farsa, una ilusión de madres, un empeño forzado, cansino, inútil y, a veces, hasta contraproducente, que Yesi no debía abrirse ni soltar nada, nunca, y a mí menos que a nadie...

Pero si apiadarme de Isa me había hecho bajar la guardia, con los demás sería expeditiva. Porque tampoco estaba en mis planes salir a cenar con mi padre, como colofón del día regalado, y me bastó con un mísero mensaje en cuanto llegué a casa. *Sigo con estómago revuelto, mejor otro día. Bss.* Ni un solo emoticono para decorar mi triste excusa, con tal de no estar más tiempo en línea, expuesta al escrutinio del grupo. Volví a silenciar el móvil y me atrincheré en mi habitación.

Tampoco pensaba probar el sushi que mi madre trajo en una bandeja al volver de la tienda. Ni siquiera hincarle el diente a la tarta de bizcocho, cortesía de sus clientas; al menos, no en ese momento. Quizá luego, más tarde, le dije cuando llamó tres veces a mi puerta. Sabía que si ella no ponía objeciones ni insistía era porque ya estaba al corriente de todo y no le hacía falta ninguna. Sin duda ya había hablado con mi padre, con Isa, con el profesor de universidad al que atosigaba por el aplazamiento, y hasta con Sergio, al que yo aún no había desbloqueado en WhatsApp, ni estaba en mis planes hacerlo.

Mis planes. Bueno, de la importancia de tener planes y proyectos para el día de mañana me habían sermoneado muy a menudo, tanto en casa como en la tienda y hasta en el pueblo, me sermoneó el psicólogo en la terapia y la tutora en el instituto; y me sermonearían mucho más tarde, cuando ya todo esto hubo pasado y los planes habían saltado definitivamente por los aires en mil pedazos.

En aquellos momentos no tenía más plan que aplacar a la bestia que rugía en mi interior, la desazón que me quemaba por dentro y de la que nadie me hablaba nunca, solo los libros. Así que entrada la noche ya estaba dando cuenta del bizcocho, en la cocina, escuchando la radio por los auriculares para acallar tanto ruido, como la niña triste y hambrienta que era, pese a haber cumplido la mayoría de edad en un día como aquel de hacía tres años. Entonces mi padre se empeñó en llevarme a cenar a un restaurante nuevo y caro, con la idea de instaurar un hábito *en adelante* y, con una ceremonia que entonces no supe valorar, me regaló la matrícula para una autoescuela del barrio. Fue en verano del 2010, yo acababa de repetir segundo de bachillerato y Amy Winehouse ingresaba de nuevo en una clínica de rehabilitación.

Al verano siguiente me caducó la matrícula, el restaurante cerró y la muerte sorprendió a Amy sola en su habitación. El verano era una estación de alto riesgo para mí, de pronto lo tenía clarísimo, y encima lo estaban diciendo en ese mismo momento por la radio... Según cálculos del Observatorio Astronómico Nacional, el verano de 2013 haría su entrada oficial en el hemisferio norte a las siete horas y cuatro minutos, hora peninsular, del jueves 21 de junio.

Si no era una paranoia mía, era una señal: me quedaban algo menos de cinco horas.

En realidad me quedaban dos días, porque por arraigo y tradición nuestro verano empieza por todo lo alto la víspera de San Juan, la noche más corta del año. La verbena cayó en sábado. Se prometía sonada, pero al atardecer aún eran muy escasos los petardos; algunos silbidos de cohetes, truenos esporádicos, de vez en cuando una traca; nada que ver con lo que había sido no

hacía tanto, cuando empezaban a oírse una o dos semanas antes. Aun así, y por lo que pudiera pasar, antes del anochecer ya había cerrado las ventanas del comedor, encendido el aire acondicionado, sacado una pizza del horno, e incrustado una pastilla en un trozo de queso que Chimo se tragó sin masticar. Serían alrededor de las nueve y me acababa de tomar la mía (medio Trankimazin sisado del botiquín de mi madre) cuando sonó el teléfono. En el visor, el número de la tienda. Lo dejé sonar; solo hacía dos días de mi cumpleaños y el rebote aún coleaba. Además, sabía que mi madre llamaba para asegurarse de que había cerrado las ventanas y le había dado a Chimo su pastilla, y tal vez para animarme a salir, aunque solo fuese a echarle una mano en la tienda. Había organizado un tinglado de los suyos, se oía el runrún de fondo en el críptico mensaje que me dejó, y que tuve que escuchar varias veces.

... le tengo merodeando por aquí como un alma en pena... ya te vale... ¿vas a venir o no?... dice que no has respondido a sus mensajes, que no sabe nada de ti... me da pena, el pobre... pero yo creo que es mejor que se lo cuentes tú misma, así que te lo he mandado... solo quería que lo supieras, que está en camino... aunque podrías venir al menos a echarme una mano... ¿le has dado la pastilla al perro?...

Colgué. Necesité unos segundos para procesar la información y descifrar lo importante. Sergio en camino. Y, una vez asimilado, fui al baño a cepillarme los dientes.

Ay, Sergio. En los ocho meses que llevábamos saliendo había venido a buscarme a casa en alguna que otra ocasión (pocas), pero no solía pasar del recibidor, y nunca había entrado en mi santuario, en su sentido literal y también en el metafórico; tal y como Yesi había adivinado, al primer vistazo, nada más poner los pies en mi habitación. *Lo que yo te diga...* Sería que lo había olido, o por cierta disposición de las cosas, cierta dejadez infantil, yo qué sé. En cualquier caso había sido un farol arriesgado, teniendo en cuenta que no había sabido nada de mí en los últimos cinco años. Pero había que reconocer que había dado en el hueso.

A mis veintiún años recién cumplidos, era la única semivirgen del grupo. Y no porque Sergio y yo no pusiésemos en ello todo nuestro empeño prácticamente desde el día en que nos conocimos, en una fiesta en su casa a la que yo asistí con ese objetivo concreto (y secreto). Su hermana, compañera mía en la facultad y anfitriona de la fiesta, me había hablado antes de él y a él de mí. Y ambos habíamos curioseado nuestros perfiles en Facebook. El suyo parecía el del candidato perfecto para una soñadora como yo. Estudiante de Bellas Artes, músico aficionado, amante de los animales, serio, reservado, misterioso. Supongo que él se había hecho un retrato parecido de mí, y por eso se quedó tan pasmado cuando en mitad de la fiesta me abalancé sobre él. Cuanto antes mejor, creo que era la idea que llevaba en mente; por lo menos hasta que se me nubló, sin previo aviso, ya medio desnudos los dos en la habitación de sus padres. Y justo cuando él recién empezaba a reponerse del susto, a reaccionar, a responder con sus manos y con su lengua, y con el mismo ímpetu con que yo me había abalanzado, salí huyendo.

Días después aún no sabía qué había podido salir mal, con lo mentalizada y predisuelta que estaba, ¿cómo había pasado de la excitación a la repulsión en un *clic*? ¿Qué era lo que pasaba conmigo? Quería disculparme con Sergio por haberle repudiado *sin querer*, pero estaba demasiado avergonzada para encontrar las palabras, y así mismo se lo dije en mi primer wasap. Pensaba que no volvería a verle nunca más. Pero Sergio me sorprendió, porque él sí encontró las palabras. Se hacía cargo de mi *cortocircuito*, que atribuía con caballerosidad a *nuestra* inexperiencia, nada que no se solucionase *fácilmente* con un poco de paciencia y sentido del humor, aunque de momento me añadiría a su lista de contactos como *Erizo...*

Su perspicacia me llegó al alma, pero, ah, de *fácilmente* nada.

La cosa había mejorado algo en nuestros últimos encuentros, al menos ya no huía y le dejaba plantado en el escenario de batalla –el coche de su hermana, o la cama de sus padres cuando no estaban en casa–, pero seguía siendo complicado para mí. El cuerpo se me rebelaba, y entraba en combate. Era algo visceral, involuntario y totalmente incontrolable. Era un tormento que nos dejaba a ambos exhaustos, frustrados, aturdidos, entumecidos, resentidos, con agujetas de las contorsiones y la tensión, nudos en el pelo, irritaciones en la piel, décimas de...

El timbre del interfono me sobresaltó. Me enjuagué la boca y escupí algo de espuma ensangrentada. Luego corrí hasta el recibidor, donde conté hasta cinco y pulsé el interruptor sin preguntar ni decir palabra. Dejé la puerta entreabierta y corrí hasta mi habitación. Bajé la persiana, me quité las gafas, me tumbé en la cama boca arriba, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Como una princesa dormida que espera su beso de amor, o algo así, pero en cuanto noté el sabor de la sangre en las encías la fantasía romántica se desvaneció; me había cepillado los dientes con demasiada energía. Volví la cara hacia un lado, en un ataque de pudor, y pasaron unos segundos agónicos hasta que sentí una presencia, abrí los ojos y vi una sombra proyectada en la pared. Me di la vuelta y allí estaba ella. Yesi.

–¿Qué te ha pasado en la boca? –dijo–. Tienes un poco de sangre en las comisuras, pareces un vampiro...

Alzó una mano, una mano pequeña y huesuda, y pensé que, si me tocaba, mi corazón se pararía allí mismo, pero se la llevó muy lentamente a la cabeza y se bajó la capucha de la sudadera. Sin gafas y en la penumbra, no la veía demasiado bien. Me pareció que se había cortado el pelo, y que esa sudadera holgada y con bolsillos me era familiar. Sonaron unos cuantos petardos seguidos.

–Vengo a darte las gracias por la bolsa de ropa que tu madre le ha dado a la mía, a juzgar por tu careto, sin consultarte... –dijo, y añadió dirigiéndose hacia la estantería–: Y a llevarme algún libro prestado, si no es mucho abusar. En casa solo hay cuentos infantiles, tochos esotéricos y catálogos de electrodomésticos en italiano.

¿Y dónde estaban sus libros? ¿Y su ropa? ¿Acaso se habían deshecho de todo y no le habían guardado nada? ¿Por qué? ¿Y no se suponía que aún no la dejaban salir de casa? ¿A qué había venido realmente? Quería preguntárselo pero aún tenía la lengua pegada al paladar.

–En serio, Desi, ha sido un detallazo por parte de tu madre, y puedes decírselo, pero no hace falta que le digas que me viene toda grande, ni que he estado aquí... Se supone que aún no puedo salir, y menos aún sola.

Ella me leía el pensamiento, y yo ni siquiera era capaz de interpretar sus palabras. Me pareció entender que había decidido empezar a salir *a hurtadillas* cuando no había nadie en casa, cosa bastante habitual porque a su madre la habían contratado en un spa para asesorar a *pobres incautas*, dijo, y yo me sonrojé en la oscuridad hasta las orejas. Dijo que su padre había vuelto y se había vuelto a ir, esta vez de viaje de negocios, y que las niñas estaban en Italia. Que la idea era ir todos en agosto, en cuanto ella *mejorase*, y soltó una risita cínica que la hizo toser. Dijo que le gustaba deambular de incógnito por las calles, pero que ya no reconocía el barrio, ni el barrio a ella, y que nadie la había visto aún excepto mi madre y yo.

–Bueno, y Chimo... Por cierto, está grogui en el sofá, ¿le has dado algún sedante o algo?

Asentí con la cabeza.

–¿Por los petardos?

Otro sí.

–¿Pero no estaba sordo? ¿Cuántos años debe tener?

Me encogí de hombros.

–¿Te acuerdas, en las fiestas de Sant Antoni, cuando lo llevábamos a bendecir a la Escuela Pía? El pobre se resistía como si lo lleváramos al matadero, tú estirando por delante, yo empujando por detrás..., ¿te acuerdas?

Me acordaba.

–Pues míralo ahora, hecho un cascajo.

Tragué saliva.

–Y de la campaña que nos curramos para su adopción, ¿te acuerdas?

Me acordaba. Una traca explotó no muy lejos, larga, escandalosa. Yesi estaba junto a la ventana, acababa de encenderse un cigarrillo y volvía a toser, dándome la espalda. Luego apartó un poco la persiana, se asomó al patio interior y escupió.

–Yo también lo quería para mí, pero según mi madre tú lo necesitabas mucho más. Y eso que por aquel entonces yo aún era como tú... Hija única, me refiero... ¿Cuándo fue eso? ¿2003, 2004?

Su silueta recortada a contraluz me espeluznaba y, por un segundo, se me pasó por la cabeza la idea de arrojarla al vacío, de empujarla a traición (y así nadie sabría nunca qué le pasó, de qué me libré), incluso me dio la sensación de que ella lo sabía, y hasta lo estaba esperando...

–¿Qué pasa aquí?

Una voz masculina al rescate, disparando preguntas desde el umbral de mi habitación. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba la puerta abierta? ¿Qué le pasaba al perro? ¿Qué hacía metida en la cama a esas horas y a oscuras? ¿Por qué le había bloqueado en el WhatsApp?

–Uy –dijo Yesi–, ¿eso has hecho?... Qué mal, Desiré.

Al darse cuenta de que había alguien más en la habitación, Sergio soltó lo que llevaba en las manos y palpó la pared en busca del interruptor. Se hizo la luz, más cruda por la tulipa rota, y vi lo que hasta ese momento no había podido ver bien. Que Yesi se había cortado el pelo y que debía de haberlo hecho ella misma, si no a oscuras, de espaldas al espejo. Parecía un niño enfermo. Mi novio también parecía un niño, mirando a su alrededor sin salir de su asombro. Su flequillo largo y sus orejas rojas, su camisa abrochada hasta el último botón.

–Hola, soy Sergio –le dijo, y se acercó con la intención de darle un beso, pero ella le hizo la cobra.

–Ya lo sé.

Una lata de cerveza rodó hasta los pies de mi cama. Un poco más allá, tirado en el suelo, vi un paquete envuelto en papel de regalo.

–¿Qué es eso? No será un regalo, ¿no? ¿Un regalo por qué? ¿Para qué?

–Bueno, el miércoles fue tu cumpleaños...

–Pero ¿qué es?

–Una sorpresa.

–¿Una sorpresa?

Salté de la cama. Tiesa, inflexible, los pezones como piedras. Lista para la lucha. Sergio dio un paso atrás y vi cómo se dilataban sus pupilas.

–Tranquila... –me decía, mientras recogía el paquete del suelo y me lo acercaba, muy despacito, los brazos abiertos en son de paz. Todo iba bien, pero intentó darme un beso y yo también le hice la cobra. Pobre Sergio–. He guardado el ticket, por si lo quieres cambiar. Lo he comprado en los chinos.

Era un erizo de felpa, de suaves púas plateadas, con pajarita granate. En otras circunstancias

hasta me hubiese hecho gracia, pero en aquel estado de nervios, rozando la histeria, me pareció una broma de mal gusto. Cuando se lo tiré a la cabeza, me miró anonadado.

–Pero ¿qué haces...?

–Será mejor que te vayas –intervino Yesi, que hasta ese momento había asistido impasible al espectáculo, fumando en el marco de la ventana–. Tenemos un virus de los chungos, y no queremos que te contagies –dijo, y con una calma pasmosa se le colgó del brazo y lo sacó de mi habitación.

–¡Sí, que se vaya! ¡Fuera!

En cuanto salieron cogí la cerveza del suelo, la abrí y di todos los tragos que pude hasta que las arcadas me llenaron los ojos de lágrimas. Luego pegué la oreja a la puerta, que habían cerrado tras de sí.

–Me odia... –decía él.

–No te odia –decía ella–, no puede odiarte porque no te quiere...

O algo así, no entendí nada. Estuvieron cuchicheando un rato insoportablemente largo y no entendí nada, ni de lo que oía ni de lo que pasaba ni de lo que imaginaba que pasaba. Y de lo que pasó después solo registraría algunos detalles. El frío estancado del comedor, ni rastro de Sergio, Chimo catatónico en el sofá. La cerveza y la pastilla hicieron su efecto, supongo, y estaba colocada. Lo último que recuerdo es el olor a pólvora en la calle, y el estruendo y las aceras llenas de gente, y a Yesi caminando delante de mí, y lo cabizbaja y deprisa que iba, y lo mucho que me costaba seguir su ritmo y lo perdida que me sentí, hasta que me tomó de la mano.

5

–Yo me voy –le dije a mi madre, a la mañana siguiente–. Me voy unos días al pueblo, con los abuelos, a concentrarme para el examen hasta la fecha de aplazamiento.

Todas las ventanas del salón estaban abiertas, pero no entraba ningún ruido de la calle, solo un ligero olor a humo y a pólvora. Mi madre me miró de arriba abajo, extrañada. No puso objeciones pero, mientras yo recogía cosas al vuelo y las iba metiendo en una mochila, me persiguió por toda la casa sin dejar de hacerme preguntas del tipo a qué venía de repente tanta prisa, y si no pensaba ducharme antes ni desayunar nada, y por qué no llamaba a mi padre y le pedía que nos llevase –aquel *nos* se refería a Chimo y a mí–, y si ya había llamado a los abuelos para avisarles...

–Da igual, da igual. Ya me lo traerá el papa cuando pueda. A los abuelos les llamo por el camino. El autocar sale en media hora.

Parecía decidida y resuelta, pero cuando me agaché para despedirme de Chimo, que dormitaba sobre una alfombra en la galería, al otro extremo del piso, me flojearon un poco las piernas.

–Eh... –le susurré al oído–. Eh, que anoche se te colaron dos...

Chimo meneó la cola sin abrir los ojos. Tal vez era mejor que se quedase en casa, decía mi madre, siguiéndome a lo largo del pasillo hasta la puerta principal. El pobre estaba cada vez más torpe y achacoso. Y total, por unos días...

No cogí el ascensor. Amplificado por el hueco de la escalera, el ruido de mis chancletas era algo alarmante, pero ningún vecino salió al rellano. No me crucé con nadie. Al abrir la puerta de la calle me cegó la luz del sol y, por un momento, vi mis peluches ardiendo en una hoguera urbana. Todos y cada uno de mis peluches, incluido el erizo de Sergio, retorciéndose y chillando entre las llamas. Pero solo eran visiones fugaces, retazos de la pesadilla que me había despertado hacía apenas un rato, empapada en sudor, con el susto en el cuerpo y una idea fija en la mente. *Me voy.*

Y eso es lo que estaba haciendo, poner tierra de por medio; 180 kilómetros de tierra, para ser exactos.

La Sénia. Al sur de la provincia de Tarragona, en la comarca del Montsià. A media hora del mar por una carretera interior bordeada de campos de olivos y fábricas de muebles, muchas de ellas cerradas. El estallido de la burbuja inmobiliaria supuso un descalabro para el sector del mueble, líder en la zona, y dejó un paisaje desolado de naves industriales, almacenes y talleres y establecimientos de venta vacíos. En uno de ellos trabajó mi abuelo desde que llegó de Vinaroz, a mediados de los setenta, con mi abuela y mi madre adolescente. En una fotografía de la época (de las muchas que aún pueden verse en el aparador del salón) se les ve a los tres posando frente a la casa que se acababan de comprar a las afueras del pueblo, la misma en la que seguían (y siguen) viviendo. Dos plantas con patio trasero, pozo y leñera. La fachada de piedra vista siempre cubierta de hiedra, verde en verano, roja en invierno. Dentro, también los muebles son los mismos de cuando se casaron, macizos muebles de roble o de nogal, destacando el gran aparador atestado de fotografías enmarcadas. Cada una tiene su historia que mi abuela me había contado millones de veces cuando era niña, siempre a la hora de comer o de cenar, y aprovechando el asombro que me generaban para meterme la cuchara en la boca. Mis favoritas eran las relativas a los dos retratos de boda que estaban (aún están) en el centro del último estante, en un marco doble de plata labrada que se abre como un libro. Hay ocho años de diferencia entre uno y otro, y mi madre es la novia en ambos. En uno lleva el pelo cardado y un aparatoso vestido de color marfil, mangas abullonadas y volantes en el escote, inspirado en Lady Di y diseñado por ella misma.

—Por tu madre, quiero decir —matizó mi abuela—. Lo copió de un recorte de revista, ya sabes que ella siempre ha tenido muchas ideas... ¡Pero come, Desi, come, no se te vaya a enfriar el lomo! ¿Por qué te quedas con la boca abierta?

Mis abuelos me esperaban con la mesa puesta solo para mí. Ambos habían comido ya. Mi abuelo hacía la digestión en su sillón orejero, enfrascado en un crucigrama porque le habían dicho en el Club que era bueno para mantener la mente ágil. Mi abuela, sentada muy cerca de mí para verme comer (lomo con patatas), me hablaba una vez más del vestido. Ese vestido que de niña me parecía fascinante, de adolescente un horror, y en aquel momento (verano de 2013, veintiún años) me dejaba totalmente desconcertada, como si no lo hubiese visto nunca antes. Entre un extremo y el otro, la historia no había cambiado.

En 1982, a los veinticuatro años, mi madre se casó con su novio *de toda la vida*, Juan Holgado, popular en el pueblo por su carácter bromista y sus dotes para contar chistes, aptitudes por las que también destacaba como comercial en la fábrica de muebles en la que trabajaba. Llevaban diez años de novios. Mis abuelos le trataban como a un hijo. El día de la boda no cabía un alma en la iglesia parroquial de Sant Bartomeu; al parecer nadie quiso perderse el vestido de la novia, una réplica del de la princesa de Gales copiado de las revistas del corazón, del que según mi abuela se hablaría durante mucho tiempo. Su aparatosidad eclipsa al novio, a pesar de su corpulencia y su ancha sonrisa, en el retrato que la pareja se tomó en la misma sacristía, después de la ceremonia, frente a un tapiz flamenco del siglo XVI que tampoco se ve. Luego se fueron a Ibiza de luna de miel. Mi madre esperaba volver de la isla embarazada pero no fue así, ni tampoco en sus cuatro años de casada. En 1986 se divorció y se fue a estudiar Bellas Artes a Barcelona. La ciudad acababa de ser elegida sede olímpica en Lausana y, siempre según mi abuela, cuando mi madre oyó la noticia en la tele tuvo una especie de revelación y ya no hubo quien la frenase... El

caso es que cuando ella se fue, Juan Holgado, el chistoso, hizo un drama y se tiró por las escaleras. Pero solo se rompió dos costillas, y al año siguiente se volvió a casar.

Con el tiempo, su histrionismo fue a más. Su propensión a gastar bromas pesadas y a hablar demasiado alto, su efusividad avasalladora, su falta de moderación en general. No era culpa suya, pero hasta que no lo entendí fui la única que no se alegraba de verle, cuando pasaba a saludar con la familia. Mis abuelos le seguían tratando como a un hijo. Mi madre, como a una especie de hermano mellizo algo más torpe. Fue ella quien le aconsejó meterse en política, cuando cerró la fábrica y se vino un poco abajo. También era la madrina de la menor de sus tres hijas, una niña robusta como su padre con la que me obligaba a jugar durante las vacaciones de verano, en Navidad, por Semana Santa...

En 1989 mi madre también se volvió a casar, esta vez por lo civil, en la sede del distrito del Eixample, sin más estridencias que una americana rosa fucsia con hombreras y ese flequillo abombado típico de los ochenta. Aunque su postura parece más relajada que en el retrato contiguo, sigue habiendo un velo de tristeza en sus ojos; según mi abuela, porque tampoco entonces se quedaba preñada, y estaba asimilando su esterilidad al tiempo que iniciaba los trámites de adopción. A su lado, de medio perfil y con la mirada perdida, el novio parece como si pasara por allí. Es mi padre, con ese aire despistado y escéptico que al parecer de mi abuela yo había heredado, si no por vía genética, a través del ejemplo. A menudo se empeñaba en hablar de ello, cuando la historia de los retratos de boda llegaba a su fin, pero yo no estaba demasiado interesada en ese punto, y además nunca llegábamos a ninguna conclusión.

Me desnudé. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que aún llevaba puesto el conjunto de la noche anterior (pantalón corto y camiseta de tirantes, de algodón negro), ni de queapestaba a humo. Lo lavé mientras me duchaba. También tuve que emplearme a fondo con la mugre de mis pies, sucios de andar en chancletas. Luego, cuando vacié la mochila, me di cuenta de que había olvidado coger el cargador del ordenador, los apuntes, las pastillas para la garganta. Tampoco había nada de abrigo ni otro calzado aparte de las chancas. Pero daba igual, esa noche me metí en la cama feliz. Vale que el domingo había empezado mal, muy mal, pero la tarde había sido perfecta. La siesta reparadora. La ducha larga, refrescante. Feliz porque en mi habitación, que daba al patio de atrás, había poca cobertura y me sentía incomunicada y a salvo. Por lo menos hasta las 23.56, cuando entró el mensaje de voz y una fotografía enviados a las 22.10; misterios de las redes inalámbricas y sus aleatorias, caprichosas conexiones... *Me parece que te has dejado el cargador, claro que siempre puedes comprarte uno en el pueblo o pedirselo a las Holgado, que ya deben estar de vacaciones... Aún no he conseguido hablar con tu padre, pero de todas formas Chimo sigue tristón, no levanta cabeza... Tal vez es que no se ha recuperado del sedante, ¿seguro que le diste la dosis correcta?... Y, hablando de sedantes, no encuentro mis trankimazines, que estaban en mi botiquín, quedaban solo unos pocos, pero de todas formas...*

La fotografía tardó en descargarse. Era una imagen de Chimo enroscado en mi cama, visiblemente *tristón*, y solo, todos los peluches habían desaparecido. Puede que esté exagerando, pero juraría que la vi antes de que finalmente apareciese en la pantalla y confirmase mis peores sospechas; aquellas en las que había preferido no pensar desde que salí del barrio escopetada, impelida por esa sensación fatalista, como de desastre inminente, que me había invadido en mis dos encuentros con Yesi.

Que no había sido una pesadilla, que no lo había soñado. Que, en algún momento de la noche de

San Juan, Yesi y yo, cogidas de la mano, nos habíamos deshecho de los peluches lanzándolos a las llamas uno por uno, incluido el erizo de Sergio.

6

Acordamos que acompañaría a mi abuela al mercado todas las mañanas, mientras el abuelo iba unas horas al huerto, una parcela cerca del río donde cultivaba varios tipos de tomates y toda clase de hortalizas. Luego ambos se encontrarían en el Centro Recreativo Municipal, un espacio para jubilados que ellos preferían llamar el Club. Yo dejaría allí a mi abuela y volvería sola a casa con la compra para dedicarme a mis horas de estudio antes de comer; mis *horas de estudio* no serían más que la excusa perfecta para hacer lo que en realidad había ido a hacer, nada. Después, vendría la siesta. Saciada, embotada, aturdida por el sonido de las chicharras. Por las tardes me pondría en movimiento paseando por los alrededores del pueblo, chancleteando de aquí para allá hasta que el viento del mar me enfriase los pies. O hasta que el olor a barbacoa me asaltase en un recodo y el hambre me llevase de vuelta a casa, donde encontraría a mis abuelos y a sus vecinos en la calle, sentados al fresco de la tarde, charlando. Entonces me infiltraría entre ellos, haciéndome la distraída, y sería toda oídos. En algún momento mi madre haría su entrada en escena por vía telefónica. Algunas de sus palabras calarían hondo, otras no. Y el orden del día finalizaría siempre igual: cenar bajo la atenta mirada de mi abuela, acabar el crucigrama que mi abuelo se dejaba a medias, ver un rato la tele y a dormir.

Ese era el plan. Ni mejor ni peor que el de un día cualquiera del pasado (y del futuro), puede que ni siquiera tan distinto. Pero al menos me dejaban en paz.

Una tarde Juan Holgado pasó a saludar, se sentó en medio del grupo, se sirvió un vaso de vino, se bebió más de la mitad de un solo trago, volvió a llenarlo hasta el borde y empezó a hablar atropelladamente de su hija menor, Inma, con la que ya no sabía qué hacer. Dijo que había vuelto a suspenderlo todo y la habían expulsado, que dudaba entre enviarla a un internado de monjas católicas en Irlanda o a Marte, que había un proyecto espacial que pretendía reclutar a cien voluntarios para un viaje sin retorno al planeta rojo, que cualquiera mayor de dieciocho años podía *postular*, que lo había leído en una revista científica, en la consulta del urólogo...

–Hay que tener un poco de paciencia –dijo mi abuelo.

–Ya, ya –decía Juan Holgado, sacudiendo la cabeza–, pero acaba de repetir segundo de bachillerato y no la han aprobado ni en gimnasia. Y eso que dicen que no se le da nada mal... La gimnasia, quiero decir, que la han visto por ahí saltando matorrales, con las bragas por los tobillos...

Dos vecinas se levantaron y se despidieron discretamente, pero los demás se quedaron e intentaron animarle, quitarle importancia al asunto, cambiar de tema. Que si hacía casi un mes que no llovía y los mosquitos estaban agresivos... Que si no encajamos aquel gol en el primer minuto, en la final de la Copa Confederaciones, y la *canarinha* nos barrió... Pero nada, Juan Holgado siguió firme con su tema, ajeno a las risitas y a los codazos; y es que todos le conocían demasiado bien para tomarle en serio, pero disimulaban (unos mejor que otros) porque le tenían aprecio, y además era su segundo año como regidor del Ayuntamiento y nadie quería meter la pata.

–Al parecer la idea, de un investigador holandés, es establecer la primera colonia humana en el año 2022... –Tanto si bromeaba como si desvariaba, había que reconocer que parecía informado–.

Marte está a doscientos veinticinco millones de kilómetros de la tierra, y eso son nada menos que entre siete meses y dos años y medio de viaje, dependiendo de la distancia a que ambos planetas estén del sol en ese momento... –Mi abuela se fue dentro a preparar la cena. También los vecinos se fueron yendo, al final solo quedamos mi abuelo y yo. Empezaba a oscurecer–. En abril se abrieron las inscripciones para registrarse *online*, y el plazo acaba el 31 de agosto. Aún estamos a tiempo...

Fue un alivio que mi abuela se asomase a la ventana y gritase que tenía a mi madre al teléfono; aunque hacía mucho que la tirria que le tenía se había desvanecido, no podía permitirme el lujo de caer en las garras de la compasión, la mala conciencia por todas y cada una de las veces que fui injusta y arisca con él, que no me dejé achuchar ni le reí los chistes. De todas formas el alivio duró lo que tardé en ponerme al teléfono. Mi madre tenía una buena y una mala noticia que darme, ¿cuál quería primero? ¿La mala? ¿Estaba segura? ¿Por qué?

Bueno, pues resultaba que había tenido que llamar al veterinario porque Chimo seguía *derrengado* y no había manera de sacarle de mi habitación. No me había dicho nada antes para no *alterarme*, pero ya hacía cuatro días y aún esperaba la llamada de la consulta para ir a recoger los resultados de los análisis. Eso es lo que mi madre dijo, pero la realidad era que Chimo llevaba cuatro días muerto, dos incinerado, y no eran los análisis los que esperaba ir a recoger, sino las cenizas en una urna. Claro que yo no podía saberlo en aquel momento, no podía intuirlo ni siquiera remotamente. *Alterada* por la mala noticia, me embargaba un sentimiento de culpa desproporcionado del que trataba de deshacerme culpando a mi padre. Le había llamado *un montón* de veces para que me lo trajera, dije, con tanta vehemencia que hubiese pasado la prueba del polígrafo; pero yo también mentía, solo le había llamado una vez. A partir de ahí fue muy complicado entenderse.

–Uy, tu padre...

–¿Qué pasa?

–Nada, pero tampoco está en su mejor momento, ¿sabes?

–No, no sé.

–Te dije que había dejado de fumar, ¿no?

–No.

–Bueno, pues resulta que lleva dos semanas estreñado, y obsesionado con que se le cae el pelo, justo ahora que ha decidido dejarse coleta...

–¿Es esa la buena noticia?

–No te burles, Desi.

–No me burlo, eres tú la que se está riendo, tú solita.

–Me río porque a veces, sin darte cuenta, eres tan graciosa...

–No entiendo. Y los abuelos me están esperando para cenar.

–Desi, solo te quedan cuatro días para dar un último apretón. Esa es la buena noticia, que ya *tenemos* fecha.

–Ah. Pues si te refieres al examen que sepas que no funciona así, mamá, no estoy cagando.

–Claro que me refiero al examen, ¿a qué si no? Y solo es una forma de hablar, no hace falta que te enfades.

–No me enfado.

–Por cierto, será el día siete.

–¿De qué mes?

—¿Cómo que de qué mes?

Discutimos. Mi madre creía que le tomaba el pelo, y yo le reprochaba lo mismo pero en realidad no entendía nada, no sabía qué era lo que le hacía tanta gracia, ni lo que me ocultaba (aunque me enteraría muy poco más tarde, esa misma noche). Ni siquiera sabía a qué día estábamos.

Recalculando. Si el examen era el día 7 y *me quedaban* cuatro, significaba que estábamos a 3 de julio, y que llevaba ya diez días en el pueblo. Diez días aferrada a sus rutinas y rituales inamovibles, como la casa, como los muebles, como las fotos del aparador y las historias de mi abuela. Y el plan había dado resultado. Había perdido la noción del tiempo pero había encontrado consuelo y cierta libertad en la apatía, en el ensimismamiento absoluto durante mis *horas de estudio*, en las siestas estratosféricas, en los paseos sin rumbo, en los chismes de pueblo, en las llamadas de mi madre para dar y recibir el parte diario; desde los rumores sobre la novia de mi padre hasta las temidas noticias sobre Yesi, generalmente a última hora de la tarde, y casi siempre malas.

A casi un mes de su vuelta, Yesi seguía sin querer ni oír hablar de reconocimientos médicos, y, según el artículo 2 de la Ley de Autonomía del Paciente, estaba en su pleno derecho. No se la podía obligar, no se la podía *reconocer* a la fuerza. Sin su consentimiento *libre y voluntario* a Isa y a Piero no les quedaba otra que respetar su voluntad y esperar que el tiempo la ablandase, a medida que fuese recuperando sus fuerzas y su confianza, tanto en sí misma como en su entorno familiar. Eso es lo que les habían recomendado a ambos desde el principio, pero, curiosamente, y a pesar de sus afanes, parecía estar ocurriendo lo contrario. Yesi no solo no mejoraba sino que empeoraba. Seguía con décimas, desganada, aletargada, languideciendo, consumiéndose. Y cuanto más se debilitaba su cuerpo, más firme parecía su voluntad, y más obstinado su silencio.

Yesi seguía siendo una *incógnita*. Como tampoco había respondido al reclamo de los medios, estos habían acabado por desaparecer del barrio, y mi madre, siempre tan práctica, se alegraba. También valoraba *positivamente* que Yesi no tuviese la menor intención de lucrarse con su desgracia, *fuera cual fuese*, pero que tampoco la tuviese de retomar sus estudios, sus amistades, sus cosas (sí, le habían guardado sus cosas, en un trastero alquilado a las afueras, por las niñas, por no condicionar su espacio, por no enrarecerlo...) era una *muy mala señal*. Ni siquiera quería teléfono móvil ni internet, y quizá eso era lo más inquietante, porque ¿no nos habíamos hartado de decir, Yesi y yo, cuando ambas suspirábamos por zambullirnos de cabeza en las redes sociales, que si no estás en ellas *no existes*? ¿Y no me parecía *extrañísimo*? ¿Qué querría entonces?

Pues al parecer lo único que Yesi quería era que la dejaran en paz, no existir, ser como un zombi, pasarse el día tirada en la cama, sin interés ni ilusión por nada, inexpresiva e inaccesible, con mi ropa, que le venía toda grande... Un *cuadro* que desconcertaba a mi madre y desquiciaba a los suyos. La consigna *no presionar* estaba empezando a pasar factura a los Lugano. Piero sospechaba que Yesi se levantaba cuando no había nadie en casa, e incluso que salía y deambulaba por el barrio como una sonámbula. Lo de Isa era aún peor, más preocupante. Había consultado a astrólogos y al parecer Yesi tenía nada menos que cuatro planetas retrógrados en su carta astral, y esa era la causa de su pasividad y su retraimiento. Isa opinaba que Piero estaba irritable y paranoico, Piero que a Isa se le iba la olla. Ambos se descalificaban y desautorizaban mutuamente. El viaje a Italia estaba en el aire. Agosto pintaba *muy raro*.

Mars One. Así se llamaba (se llama) la misión espacial que pretende establecer la primera colonia humana en Marte en el año 2022. Voluntarios de todo el mundo podían inscribirse enviando una solicitud a la página oficial, en forma de vídeo de presentación y previo pago de entre 5 y 75 dólares, según el PIB de cada país. En aquel momento el enlace llevaba 202.586 postulantes, 27 de ellos españoles. Había tiempo hasta finales de agosto. En octubre pasarían a la siguiente ronda los candidatos seleccionados para entrevistas personales por Skype. A los elegidos, 50 hombres y 50 mujeres, los llamados Cien de Marte, les esperaban siete años de intensa preparación física y mental, razón por la cual el único requisito para *postular* era ser mayor de edad y estar sano.

No, Juan Holgado no desvariaba. De hecho, ya hacía más de un año que la NASA había enviado al planeta rojo un vehículo explorador en busca de condiciones habitables. Se llamaba (y se llama) *Curiosity*.

No sabría explicar qué fue lo que me produjo tanta euforia. Si lo cómodo y lo económico del viaje ciberespacial; en un viejo y lento PC, a 0,80 euros la hora. Si lo inspirado del nombre y lo que podía representar; una esperanza cósmica, un plan a grandísima escala, a larguísimo plazo. El caso es que no habían transcurrido ni dos horas de la última llamada de mi madre (la *última* en un sentido también bastante cósmico), y tanto la buena como la mala noticia, así como el sentimiento de culpa, habían sido barridos por la curiosidad y la euforia.

La persiana del locutorio medio bajada y un pakistaní haciendo números tras el mostrador. De las 22.15 a las 23.40 navegando por internet. 1,20 euros en total. Alucinante. Al salir, y a pesar de que acababa de ser advertida, me golpeé la frente con la persiana. La cabeza me daba vueltas. Oía la música machacona que salía del aparcamiento, detrás del supermercado, donde las noches de verano los chavales del pueblo hacían botellón. Los chicos, algo dispersos, empujándose y vacilándose los unos a los otros para atraer la atención de las chicas, todas agrupadas y conjuntadas menos una, Inma Holgado. Pese a vestirse y peinarse como las demás, era la más grande y la más recia. La abeja reina. Me acerqué sigilosamente para observarla. Estaba comiendo pipas y escupiendo las cáscaras al suelo con una expresión inescrutable cuando de repente me descubrió, agazapada entre los corrillos. No me dio tiempo a reaccionar. Un chispazo en su mirada y, en cuestión de segundos, ya había saltado sobre mí y me lo estaba diciendo al oído. *Siento mucho lo de tu perro, aunque ya estaba superviejo, ¿no?... Se ve que tu madre se lo dijo a mi padre, ayer cuando llamó, o anteayer, yo qué sé...* A partir de ahí ya no oí nada más. La tregua expiró. Pasada la medianoche del jueves 3 de julio, se fundió en brazos de Inma Holgado. Al mediodía siguiente, tras algo más de tres horas de autocar con dos paradas en el camino, abría la puerta de casa y durante unos instantes me quedaba inmóvil, enfilada al pasillo, esperando oír el chasquido seco de cuatro uñas en el suelo.

El primero fue el póster del gato pelirrojo tomando el sol, el que certificaba que no había entrado en mi habitación ningún tío que me gustase, el que delataba mi testaruda, patológica virginidad. Luego vinieron los demás posters, las postales y los dibujos, las fotografías una por una. Con Pablo Alborán en el andén del Ave Barcelona/Madrid; él solícito y afable, yo, tensa e incómoda, la estrella incordiada. El perfil de mi adorada Amy Winehouse en pleno proceso de autodestrucción; su moño cardado cada vez más alto, el rabillo del ojo cada vez más largo, la nariz judía cada vez más judía. La serie de cuatro con Sergio en el fotomatón. El cuadro con mi

nombre en punto de cruz y el diario fueron los últimos en caer. Me tomé mi tiempo, reconcentrada en la tarea hasta el punto de no sentir tristeza ni rabia ni nada. Nada, a pesar de que Chimo no había salido a recibirme ni estaba camuflado entre los peluches apilados sobre mi cama, a pesar de que ya no había peluches sobre mi cama.

Lo metí todo en dos bolsas de basura y las llevé hasta el callejón. En los muros las pintadas habituales, aparentemente contradictorias e incoherentes; corazones flechados, pollones empalmados, palomas de la paz, esvásticas. Y algún que otro mensaje nuevo; uno general llamando a la movilización de la peña para la Diada, *Vía Catalana hacia la independència*, y otro más modesto y personal, *Desi desertora*. El cielo estaba nublado, hacía bochorno. Lo tiré todo al contenedor y me dirigí hacia la tienda de mi madre con la espada en alto. Sabía que no me esperaba hasta el día del examen, y quería pillarla a traición. *Tornem de seguida*, decía el cartelito en la puerta, y yo esperé. Esperé hasta que se desató una tormenta pasajera y entonces eché a andar calle abajo, hacia el estudio que mi padre se había montado por su cuenta, con el dinero de la indemnización, en la Rambla del Raval. Pero allí tampoco había nadie. Esperé no sé cuánto rato más, calada hasta los huesos. No tenía móvil para llamar ni las llaves de casa porque estaban en la mochila, que también había arrojado al contenedor, sin darme ni cuenta. Aún debía de estar allí. Con idea de recuperarla me puse de nuevo en marcha, apretando el paso, lo más deprisa que se podía en chancletas. No paré de andar hasta casa de Yesi.

En mi imaginario infantil, el padre de Yesi, Piero, había sido el lobo feroz. El hombre peludo e intimidante que *taladraba* a su mujer para hacerle un hijo varón, según oía contar a las clientas en la tienda, con cierto tembleque en la voz, cuando aún era pequeña y las creía. Por eso tardé unos segundos en reconocerlo cuando me abrió la puerta, en bermudas, la camisa abierta y una cadena de plata entre el vello del pecho, canoso como sus patillas. Ni siquiera era más alto que yo.

—¿Desi? Pero, bueno, qué sorpresa... Y qué cambiada estás...

Cuando me abrazó, me pisó sin darse cuenta. Tampoco advirtió el chichón en mi frente. Él también estaba muy sorprendido. En la penumbra del recibidor intercambiamos algunas preguntas y respuestas básicas. ¿Mi madre? Bien, en la tienda. ¿Mi padre? No lo sabía, pero bien también. ¿Isa?, trabajando. ¿Las niñas?, en Italia. ¿Yesi?, silencio.

—Pero *avanti*, por favor, Desi. Estás empapada...

El salón era un caos. Una maleta muy grande, abierta en el suelo, y muchos juguetes y ropa de niña esparcidos por todo el sofá. Piero se disculpaba por el desorden mientras lo revolvió todo en busca de una toalla. Decía que las niñas *reclamaban* sus cosas y se estaba volviendo loco tratando de hacer una selección, porque la idea seguía siendo ir todos juntos en agosto, siempre y cuando Yesi mejorase lo suficiente. Pero si no... Se volvió para alcanzarme la toalla y yo, cobardemente, bajé la mirada. En la mesa de centro había cuatro botellines de cerveza vacíos.

—Si no... —continuó, sin mi cooperación—, me temo que habrá que ir pensando en tomar medidas legales, no queda otra. Si no quiere ir al médico por su propia voluntad habrá que conseguir la orden de un juez para llevarla a la fuerza. Vamos, digo yo, y por mucho que su madre se oponga... —Su voz áspera resumaba toda la impaciencia y la amargura acumuladas. Me estremecí, y me crucé de brazos para que no lo notara—. Isa prefiere creer en la influencia de los astros y mierdas de esas, pero yo qué quieres que te diga... Yo solo quiero que todo vuelva a ser como antes, y me parece que a estas alturas no es pedir tanto, ¿no?

No se lo dije por no llevarle la contraria, ni alentarle a seguir con el tema, pero yo diría que sí era mucho pedir. Casi tanto como volver a ser tan moreno y voluminoso como era *antes*, tal y

como yo le recordaba. De cómo era *antes* tampoco quedaba mucho rastro en el salón de los Lugano; por lo menos de la última vez que estuve allí, en mayo de 2008, apoyando a Rodolfo Chikilicuatre en su paso por Eurovisión. Las medallas y los diplomas de Yesi habían desaparecido de las repisas. Los preciosos retratos de estudio que yo tanto le había envidiado, sustituidos por los de dos niñas que no se le parecían en nada; tez oscura y pelo negro, frente demasiado estrecha y ojos demasiado juntos. Sus hermanas habían invadido también la que había sido su habitación, la primera según te adentrabas en el pasillo. Dos camas cruzadas en perpendicular y los nombres en punto de cruz en sus respectivos marcos: Lisetta, Anna.

—No las quiere... —dijo Piero, desde el umbral. Creía que le había dejado renegando en el salón, y me sobresaltó verle allí—. Su madre y yo le guardamos todas sus cosas, pero dice que ya no las quiere, y que tampoco quiere recuperar su habitación...

No se me ocurría nada que decir. Sorteándole, procurando no rozarle al salir, me dirigí hacia el cuarto trasero que en su día había albergado dos cunas, y antes aún, antes de las niñas, el estudio privado de Isa, su habitación propia.

—Mira, esto es lo que vamos a hacer... —Piero me siguió por el pasillo, abrochándose la camisa. El parquet crujía a su paso—. Si te parece bien yo voy a aprovechar que estás tú aquí para salir a hacer unos recados, y luego, si sigue lloviendo, pasaré a buscar a Isa, ¿sí?... Y tú te quedas a cenar. Traeré pizzas. Bueno, ahora mejor os dejo solas...

Separado de la galería por una cortina, el minúsculo espacio no tenía puerta ni muebles. Un colchón en el suelo y una bolsa de ropa limpia y doblada, *mi* ropa, un paquete de tabaco y un mechero, un cenicero y un vaso vacíos, un vaporizador apagado. Nada más. El aire desangelado y provisional de quien está de paso y no piensa quedarse mucho tiempo.

—Estoy aquí —dijo Yesi, en cuanto oyó cerrarse la puerta de la calle.

Su voz venía del lavabo. Antes de entrar, me quité las chanclas.

—Cierra la puerta.

—No hay nadie.

—Cierra y echa el pestillo.

Obedecí. La condensación de agua caliente me empañó las gafas al momento. Yesi estaba metida en la bañera, envuelta en vapor, murmurando.

—¿Qué?

—Digo que llegas tarde pero a tiempo, y eso es lo que importa. —Su voz era rasposa, y muy débil—. Pero ven aquí, acércate, no te quedes ahí parada...

Me senté en la taza del váter, a su lado. Aunque me había quitado las gafas seguí evitando el contacto visual. ¿Cómo sabía Yesi que iba a ir, si ni yo misma lo sabía? ¿Y *a tiempo* de qué? Esperaba que me lo dijera sin tener que preguntárselo; no era por orgullo, si acaso por su otra cara, la vergüenza, y sobre todo porque temía la respuesta. Ninguna de las dos dijo nada durante un buen rato, hasta que Yesi me preguntó qué hora era.

—No lo sé.

—¿Es de noche?

—Aún no.

—¿A qué día estamos?

—Hoy es viernes, creo. —Una punzada en el costado, una señal de alarma, un mal presentimiento—. ¿Por?

—Por nada, en realidad me importa una mierda qué día es hoy... Te lo he dicho, lo único que

importa ahora es que ya estás aquí.

¿Sí?, pues aquí estoy, a solas contigo, en cinco metros cuadrados sin ventana, alicatados de arriba abajo en verde pálido, preguntándome precisamente para qué estoy aquí, qué es lo que tengo que hacer ahora, qué más quieres que haga... Todo esto solo lo pensé, oía las palabras pronunciadas en mi cabeza mientras le contaba a Yesi que acababa de tirar mi móvil a la basura, hacía un rato, mi móvil y todo lo demás, tal y como ella me sugirió que hiciera. Pero o no me oía o no le importaba, y como tenía los ojos cerrados aproveché para mirarla.

El pelo ralo, la piel grisácea, los labios resecos y exangües, contraídos en un rictus de dolor. Bajo la superficie verdosa del agua, el pecho plano y las costillas marcadas, una mancha como un borrón oscuro a la altura del corazón, las caderas estrechas, el pubis sin vello, las rodillas huesudas, más anchas casi que los muslos, los diminutos pies, de un blanco azulado... No sabría decir cuánto tiempo estuve mirándola, debió de ser bastante porque el agua se enfrió y Yesi empezó a tiritar. No tenía más que estirar el brazo, abrir el grifo y dejar correr un poco de agua caliente, pero no podía moverme. Estaba conmovida, horrorizada y, por extraño que pueda parecer, fascinada.

–Tienes muy mala cara –dijo de pronto, observándome por la rendija de un ojo entreabierto.

–Tú también.

–Ya, pero yo estoy muerta... Y a ti ¿qué te pasa? ¿Cuál es tu excusa?

–Mi madre ha sacrificado a Chimo sin avisarme...

–Ya lo sé.

–Vale, pues yo me voy.

Me levanté. Yesi sacó una mano del agua y me agarró con poca fuerza de la muñeca. En la suya vi un pequeño tatuaje de forma punzante (tal vez una daga, o un puñal) y me desprendí de una sacudida, de pronto asqueada.

–No te enfades, Desi...

–No me enfado.

Había abierto los ojos, mucho, y aunque me miraba fijamente me pareció que no me veía, o que veía más allá de mí, a través de mí.

–Sí te enfadas... –decía, jadeando a causa del esfuerzo, arrastrando las palabras–, te enfadas todo el rato, te enfadas por todo...

–Muy bien, lo que tú digas.

–Te enfadas tanto que a veces no lo puedes entender, ni expresar...

–Es posible.

–... y entonces... Entonces puede ser algo bastante gracioso, ¿sabes?

–No, no sé. No sé a qué te referes.

–Pero así es como lo haces, como lo has hecho siempre..., así es como mantienes tu inocencia...

–No sé de qué hablas, no te entiendo.

–A que sí... Chica lista... En esa cueva oscura donde te escondes...

Había vuelto a sentarme y estaba inclinada sobre ella, muy cerca de su boca porque balbuceaba y me costaba bastante entenderla. Y había puesto las manos sobre sus hombros porque me pareció que se estaba adormeciendo, o perdiendo la consciencia, y aún no sabía qué era lo que tenía que hacer, para qué estaba yo allí, si *a tiempo* de agarrarla, o de soltarla. Cuando al fin se lo pregunté, asintió levemente con la cabeza pero no contestó. De hecho, no dijo nada más. Y yo seguí esperando hasta que ya no hizo falta porque lo entendí.

Isa y Piero llegaron a las 20.45, según consta en el atestado policial. Mojados. Nerviosos. Con pizzas. Vieron mis chanclas en la puerta del baño y pegaron la oreja, pero no escucharon nada. Isa llamó con discreción porque quería secarse el pelo. Al no obtener respuesta, y por *no molestar*, no insistió. Por *no discutir*, Piero fue a abrirse una cerveza a la cocina e Isa se hizo un turbante con la toalla que yo había utilizado. Esperaron en el salón. Vieron el roscó de *Pasapalabra* y luego las noticias. Piero se tomó dos cervezas más y tuvo que orinar en un barreño en el lavadero. Las pizzas se enfriaron. Media hora más tarde volvieron a llamar, primero suavemente, luego insistentemente. A las 22.50 Isa marcó el número de emergencias y Piero forzó la puerta.

Según consta en su declaración lo primero que vio al irrumpir en el baño fue a mí, sentada muy erguida en la taza del váter, absorta, ensimismada, *muy lejos de allí*. Luego vio a Yesi sumergida en la bañera. No emitió ningún grito, se limitó a sacarla del agua con delicadeza y a intentar reanimarla, sin que yo hiciese el *menor amigo* de ayudarle. Isa sí chilló, chilló *ininterrumpidamente* hasta que los servicios de emergencias llegaron y se hicieron cargo de la situación.

Los aullidos de Isa me devolvieron a un escenario que de pronto estaba lleno de gente. Gente estorbándose, resbalando, sudando en sus uniformes, gente tocándome la cara y haciéndome preguntas, en medio de una atmósfera brumosa y asfixiante... *¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién eres?...* Gente también a mis pies, alrededor de Yesi. Sus brazos desparramados en el suelo, delgados como palitos, las palmas arrugadas de sus manos. No podía ver mucho más pero sabía que no respondería a ninguna pregunta ni a ningún estímulo porque estaba muerta... *¿Quién es? ¿Qué es lo que ha pasado?...* Fui trasladada al salón sujeta de las axilas por ambos lados, sin tocar el suelo, y tendida boca arriba en el sofá, donde siguieron tocándome y haciéndome preguntas... *¿Te duele? ¿Y aquí? ¿Cómo te lo has hecho? ¿Has tomado alguna sustancia? ¿Alguna medicación? ¿Drogas? ¿Alergias?...* Me palpaban la frente, me examinaban los ojos y la garganta, me tomaban la tensión y la temperatura, me auscultaban el corazón y los pulmones... *¿Nos dices cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? ¿Puedes oírnos?...* Había mucha confusión. Voces atenuadas por las punzantes palpitaciones que retumbaban en mi cabeza. De fondo los sobrecogedores lamentos de Isa, a la que estaban atendiendo con dificultades por un cuadro de ansiedad, en la habitación de matrimonio. En el pasillo, los murmullos de Piero dando explicaciones, o intentándolo... *No lo sé, no sé qué ha pasado... Yesica Lugano... No, no, mi hija tiene veintiún años... Y ella tampoco es menor... Desiré Ribó... Su mejor amiga, su única amiga...* El dolor de cabeza desapareció en cuanto me bebí los dos vasos de agua que me ofrecieron. Y alguien tuvo el detalle de ponerme las chanclas y las gafas, antes de salir a la calle. No me esposaron.

El fresco de la noche me despejó del todo. Había dejado de llover y el ambiente estaba húmedo. Recorrí los pocos metros hasta el coche policial sin levantar la vista del suelo, atenazada por la presión de una mano en mi nuca, pero una vez dentro me sentí envuelta y protegida por una extraña calma. A través de los cristales tintados vi a la gente que seguía entrando y saliendo del portal, algunos vecinos perplejos detrás de una cinta de seguridad, y, un poco más allá, la ambulancia con las luces apagadas donde el cuerpo de Yesi sería trasladado al depósito, mientras yo declaraba en comisaría.

Sí, entendía los motivos por los que estaba detenida, entendía los derechos que se me leían,

firmé algo, respondí a todo. De hecho, en el transcurso de las setenta y dos horas siguientes y hasta que pasé a disposición judicial, no hice otra cosa que *responder* por la muerte de Yesi, sin entrar en contradicciones ni ambigüedades, y sin importarme las consecuencias. Primero a los agentes y al instructor del atestado, luego al abogado que me asistió y que intentó disuadirme, por último a los médicos y a los psicólogos que me examinaron, bajo custodia policial, por petición de mis estupefactos padres.

A pesar de ser fin de semana, las investigaciones avanzaron sin incidencias. Todos y cada uno de mis pasos fueron rápidamente comprobados, mi itinerario verificado y reconstruido; desde que me apeé del autocar en la Estación de Sants, a las 13.00 en punto, hasta que los servicios de emergencias hicieron su aparición en el baño de los Lugano, ahora precintado como la escena de un crimen. Fueron determinados los tiempos más o menos exactos (único punto en el que yo era *ambigua* hasta el desconcierto) y ordenadas cronológicamente las escenas.

A las 13.30 abría la puerta de casa y algo más de una hora más tarde salía del portal en dirección al callejón. Una vecina de la escalera me vio cruzar la calle con dos bolsas de basura. Otra me vio parada frente a la tienda de mi madre alrededor de las 15.00. A las dos le había llamado la atención el chichón en mi frente. A las 16.45 estaba en la Rambla del Raval. Una cámara de videovigilancia de la zona recogió la hora y media larga que estuve plantada frente al estudio de mi padre, aguantando el chaparrón con expresión ausente, como una especie de androide bajo la lluvia. A las 19.00 Piero me recibía *empapada* en la puerta de su casa. Media hora después él salía a buscar a Isa y volvían los dos a las 20.45. Si la llamada a emergencias se realizó a las 22.50, significa que permanecí en el baño de los Lugano, a solas con Yesi, un total de tres horas y veinte minutos. Teniendo en cuenta que el informe preliminar de la autopsia determinó la hora de su muerte (por *asfixia por sumersión*, tras la ingesta de una dosis *modesta* de ansiolíticos) sobre las 21.30, a solas una hora y veinte minutos. A solas mirando a la muerte a la cara. A solas por última vez en mucho, mucho tiempo.

Fueron recuperadas del contenedor las dos bolsas de basura y la mochila. Rastreados el diario, el ordenador, el teléfono móvil, las redes sociales. Recogido el testimonio de familiares y amigos. *Introvertida, huraña* incluso, aunque *inofensiva*, algo *sabionda* y sin embargo *inmadura*... Así me describieron mis amigas, consultado el grupo a través de la portavoz, Laia. A pesar de sus numerosas llamadas y mensajes ninguna había logrado ponerse en contacto conmigo desde la vuelta de Yesi y nuestro primer encuentro, el día 9 de junio. El 15 abandoné el grupo con un parco *Desiré* salió, y el vínculo (tenso, frágil) se partió definitivamente en dos. Desde entonces, ningún movimiento en mis cuentas. Tampoco Sergio sabía nada de mí y, alentado por mi madre, se presentó en casa la noche de San Juan. Su testimonio recogía los breves y *turbios* momentos de los que fue testigo, durante el que fue mi segundo encuentro con Yesi, a la que describió como *sombría, escuálida, enfermiza*... De hecho, creyó que ambas estábamos *muy enfermas* y le podíamos contagiar, entre otras cosas porque eso era lo que Yesi le decía mientras yo, *histérica perdida*, la emprendía con él. Luego le estuvo hablando del amor y del odio, agazapados los dos detrás de la puerta, pero no entendió *nada*...

En el pueblo la noticia causó estupor. Ante la gravedad del asunto mis abuelos cerraron la casa y cogieron un autocar la misma tarde del sábado, después de hablar con los policías. No, ningún cambio en mi conducta ni en mis rutinas de estudio y recogimiento, en los diez días que había pasado con ellos solo salí la noche anterior a mi partida, y ni siquiera volví tarde. Mi abuela estaba muy preocupada porque me fui casi sin desayunar y seguramente aún no habría comido

nada. Inma Holgado tampoco dio mucho crédito a lo sucedido. *¿Desi? ¿La nieta de los Caralps? ¿De homicidio?...* Sí, fue ella quien me anunció la muerte del perro, pensando que yo *ya lo sabía*, pero de todas formas no me vio demasiado afectada, al menos cuando me abrazó estaba *tan tensa como siempre...* El pakistani del locutorio, en cambio, me vio *perdida*. Se acordaba del persianazo y señaló el lugar exacto, así como la cabina y el ordenador que me fueron asignados. Siguiendo el rastro del navegador, llegaron a Marte.

Y a todo esto yo afirmándome en mi culpabilidad, respondiendo voluntariamente, y contra el consejo de mi abogado, a la abrumadora cantidad de preguntas que se me formularon y reformularon durante los interrogatorios y las valoraciones psiquiátricas, a lo largo de aquel extenuante fin de semana. No, no fue algo planeado ni premeditado, tampoco un ataque de pánico, ni un arrebato de furia irracional y perversa. No me sentí amenazada ni me lo ordenaron voces. Nadie me obligó. Hice lo que hice por decisión propia, y lo hice por compasión, por aliviar su padecimiento, al entender que estaba muy enferma y sufría, que estaba agonizando, que se estaba muriendo.

La cronología de Yesi, en sus últimas veinticuatro horas, ocupó unas pocas líneas del informe. No salió de casa en todo el día. Según sus padres, pasó la mañana languideciendo en su colchón y la tarde metida en la bañera. No comió nada, excepto el vaso de leche (incautado en los registros, sin mis huellas) que se tomó en algún momento de la tarde, y en el que presuntamente disolvió un puñado de ansiolíticos. Isa desconocía de dónde habían podido salir, si en su casa solo había *remedios naturales* y, a excepción de la visita que nos hicieron a mi madre y a mí, la mañana siguiente a su retorno, Yesi no había salido ningún día ni se había comunicado con nadie. Pero no lo tenía tan claro, pero hasta entonces no había sido más que una presunción, un *pálpito* que tenía y por el que había sido tachado de paranoico. Enterarse de que Yesi había decidido salir a *deambular de incógnito* por las calles del barrio, y de que lo había hecho al menos una vez, de acuerdo con mis declaraciones y las de Sergio, fue demasiado para los Lugano. Se habían esforzado tanto en respetar su privacidad, su hermetismo, e incluso su secretismo. Se habían esforzado al máximo, tanto una como otro, y a pesar de sus discrepancias. Pero no había servido para nada. Y ya no sabían qué pensar, estaban exhaustos.

La triste verdad es que nadie más había visto a Yesi ni hablado con ella desde que llegó, con *lo puesto*. Y que no se encontró ningún mensaje suyo, ninguna nota de despedida, ninguna carta donde dejara constancia de sus intenciones o de sus últimas voluntades. Y que en las redes sociales *no existía*. Las cajas con todas sus cosas, en un trastero en las afueras, contenían los restos de sus aficiones y sus logros pasados. Sus trofeos y sus medallas, el violonchelo, sus expedientes escolares, los álbumes de fotografías. Recuerdos de aquella Yesi que brillaba, el legado de su prometedora perfección. Pero de la que había vuelto de no se sabe dónde, de la que había salido de un agujero negro y había vuelto, como un muerto que sale de su tumba, maltrecho y contraído por el dolor, de la que pasó un mes entre nosotros sin apenas abrir la boca, impasible e indiferente, no quedó nada. O al menos eso es lo que creíamos.

¿La odiaba? ¿La había odiado alguna vez? ¿Me sentía amenazada por su vuelta? ¿Responsable de su suerte? ¿Culpable de la mía? ¿En deuda? ¿La envidiaba? ¿Había albergado fantasías, rencores u obsesiones? ¿Me sentía atraída por ella? ¿O, por el contrario, me repelía o me daba miedo? ¿Cuál fue mi reacción a nuestro primer encuentro? ¿De qué hablamos? ¿Me dijo Yesi que estaba enferma? ¿Me dijo algo que indujese a pensar que estaba o podía estar enferma?

¿Quedamos para un segundo encuentro, la noche de San Juan? ¿De qué hablamos en aquella ocasión? ¿Me sentí entonces asustada o enfadada o ambas cosas? ¿Y por qué la emprendí con mi novio? ¿Y por qué quemé luego todos mis peluches? ¿De quién fue la iniciativa? A la mañana siguiente me fui de forma precipitada, ¿de qué huía? ¿Me puse alguna vez en contacto con Yesi? ¿Me puse en contacto con alguien durante los diez días que permanecí en el pueblo? La víspera de mi vuelta salí de botellón, ¿tomé alcohol? ¿Consumí drogas? ¿Con qué intención me presenté en casa de los Lugano, la tarde del 4 de julio? ¿Había quedado con Yesi? ¿Por qué vacié antes mi habitación y tiré todas mis cosas a la basura? ¿Trataba acaso de deshacerme de algo? ¿De qué? ¿Seguía instrucciones? ¿De quién? ¿De una voz? ¿Del instinto? ¿De Yesi? En cualquiera de los casos, ¿por qué me veía *obligada* a obedecer? ¿Me hacía eso sentir enfadada? ¿Estaba rabiosa por la muerte del perro? ¿Triste? ¿Con qué propósito cerré la puerta del baño con pestillo? ¿Cuál era mi estado de ánimo? ¿Y el de Yesi? ¿De qué hablamos? ¿Qué me llevó a *creer* que estaba muy enferma y padecía? ¿Se quejó o me dijo algo al respecto? ¿Qué me llevó a *entender* que se estaba muriendo? ¿En ningún momento se me ocurrió pedir ayuda, avisar a sus padres, a los vecinos, al teléfono de emergencias? ¿Por qué no? ¿Sabía que al hacerlo estaba cometiendo un delito? ¿Era consciente de sus consecuencias? ¿Sabía que el artículo 143 del código penal castiga con la cárcel a quien ayuda a morir, aun cuando se lo pidan? ¿Me lo pidió Yesi? ¿Cuándo y cómo me lo pidió? ¿Con qué palabras me lo pidió? ¿Fui yo quien le proporcionó los ansiolíticos? ¿Se los robé yo a mi madre durante la citada noche de San Juan, o lo hizo ella misma? ¿Con o sin mi consentimiento? Si su intención era suicidarse, ¿por qué no lo hizo entonces, o en los días siguientes? ¿Elegió ese día por algún motivo? ¿Me esperaba? ¿Habíamos quedado? ¿Había entre nosotras algún pacto previo? ¿Hablamos de ello en alguna ocasión? ¿En qué términos? ¿Manifestó de forma *explícita e inequívoca* su deseo de morir? ¿Pues de qué hablamos? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras? ¿Tenían algún sentido para mí, algún tipo de significado oculto o de mensaje secreto? ¿Y qué hice mientras Yesi se adormecía hasta perder la consciencia? ¿Me limité a esperar, o *cooperé* de forma activa? En ese caso, ¿se defendió ella? ¿Opuso algún tipo de resistencia? ¿Flaqueé yo? ¿Y qué hice luego? ¿Qué hice durante la hora y veinte minutos que siguieron? ¿Qué hice en todo ese tiempo?

El cadáver de Yesi no presentaba signos externos de violencia, rasguños, contusiones, restos biológicos debajo de sus uñas, magulladuras ni ningún otro indicio de lucha o forcejeo recientes, ninguna señal de que hubiese intentado defenderse. Tampoco se observaron marcas de lesiones antiguas, salvo una *cicatriz de tres centímetros en el suelo pélvico, compatible con desgarro perineal de origen obstétrico*, lo que significaba que Yesi habría dado a luz al menos a un hijo o a una hija, en un período no inferior a un año ni superior a dos, según el informe forense, y que *probablemente* no recibió asistencia hospitalaria durante el alumbramiento. Su historial dental comparado confirmó que tampoco había habido ningún arreglo bucal posterior a su desaparición. Los tres tatuajes localizados en su cuerpo durante el examen externo fueron debidamente descritos, medidos y fotografiados. Uno de dos centímetros en la muñeca izquierda (y que resultó no ser un puñal ni una daga, sino un delicado caballito de mar), en tinta azul y de trazo tosco. Otro situado bajo el pecho izquierdo, a la altura del corazón (la mancha que creí ver entre las costillas), y que representaba asimismo un corazón, en su forma anatómica, con la particularidad de que su contorno parecía haber sido redefinido *recientemente*, en tinta negra sobre el azul original, y su interior *agrietado* con fisuras tanto horizontales como verticales, buscando simular un efecto de endurecimiento o *petrificación*. En negro también el tercer tatuaje, una serie en longitudinal de

números, letras y símbolos (tal vez un código o unas coordenadas geográficas), en la parte posterior de su cuerpo, entre los omóplatos.

El examen interno reveló lo que realmente la estaba corroyendo por dentro (como en su día auguró Isa, en su despacho lleno de cuencos). *Glioblastoma multiforme grado IV*. Un tumor maligno e invasivo del tamaño de una nuez, oculto en lo más profundo de su cabeza, enraizado en su cerebro, y que seguramente llevaba años creciendo, tal vez mucho antes de su desaparición. Los médicos que lo analizaron no se pusieron de acuerdo en cuánto tiempo habría ganado, y en qué condiciones, operándose o tratándose. ¿Dos meses más? ¿Tres? En todo caso, sin haber recibido ningún tipo de tratamiento, y sin los cuidados necesarios para paliar los síntomas y aliviar el dolor, sus días estaban contados.

Los análisis toxicológicos dieron negativo en alcohol y drogas (los míos también), a excepción de la benzodiacepina, el principio activo del Trankimazin que había asimilado o flotaba aún en el aparato digestivo, lleno de leche y agua. En cuanto a la anemia y el déficit de vitamina D en su sangre, eran *compatibles* con el tumor, así como el bajo tono muscular, la delgadez extrema, el deterioro físico general, y también el mental, los cambios de comportamiento y de carácter, su indiferencia, su abandono, su resignación.

El informe de la autopsia judicial de Yesi arrojaría algo de luz en lo más profundo del agujero negro, y sobre todo corroboraría un dato fundamental de mi relato autoinculpatorio *–que estaba muy enferma y sufría, que estaba agonizando, que se estaba muriendo–*, ofreciendo, si no un móvil, una motivación, por cuestionable y polémica que fuera. Aunque eso sería más tarde, y no serviría de mucho. En cualquier caso, eso es todo lo que Yesi *dijo* una vez que se sintió lo bastante segura para empezar a abrirse. A su debido tiempo, como siempre dijeron que haría. Sobre la mesa del forense. Su cadáver aguardó en un cajón refrigerado a la espera de los análisis complementarios y de un examen genético, y luego fue incinerado en la intimidad, sin revelar el núcleo duro de su secreto. Para entonces, yo ya llevaba tres semanas en el Centro Penitenciario de Wad-Ras.

El lunes 7 de julio de 2013, tras la lectura de cargos y habiendo reconocido los hechos que se me imputaban, el juez de instrucción decidió que lo mejor era dictar auto de prisión provisional. Para mis padres y para mis abuelos fue un impacto, no se lo esperaban, confiaban en que volvería a casa y allí esperarían el día del juicio, pero a mí me dio igual. No sentí nada. No pensaba en nada. Estaba extenuada, vacía por dentro.

De mi primer día en el módulo de ingreso tengo recuerdos muy vagos. Imágenes borrosas de entrevistas con asistentes sociales, educadores y médicos. Registros, más preguntas, trámites reglamentarios. Todo iba demasiado rápido y no lo asimilaba. Hasta que se me asignó compañera de celda, una interna de apoyo con la misión de vigilarme y de ponerme al corriente de mis derechos y mis obligaciones, de los códigos y normas del centro, los escritos y los no escritos. Se llamaba Nati. Ella sería mi primer recuerdo nítido, mi primera referencia sólida, segura, en aquel laberinto lleno de voces que era Wad-Ras. Ella me animó a explorarlo.

Voces de mujeres. Al principio me apabullaban tanto que apenas me atreví a salir de la celda. Evité las áreas compartidas y las actividades en grupo tanto tiempo como pude, y cuando no me quedó otra opción procuré pasar inadvertida. No fue nada fácil, pero al final lo logré. La reputación de *chivata* de Nati ayudó, actuando como una especie de escudo protector a modo de repelente. Me dejaban en paz. La medicación también ayudó, inmunizándome contras las miradas.

Mi instinto de adaptación hizo el resto; fingir indiferencia, reírse sin ganas y decir no, solo no, porque no, no, gracias. Los viejos sistemas de defensa funcionaron.

Y así es como lo hice, como lo había hecho siempre.

Diría que me llevó alrededor de un año adaptarme *adecuadamente*, si de alguna manera pudiera (y quisiera) calcular el tiempo, si su naturaleza no se hubiese alterado (quizá para siempre), y si realmente sirviera para algo (tengo mis dudas). Por si acaso, ahí van unas pocas señales orientativas, algunas fechas señaladas en un calendario de días idénticos; por trágicas, o por curiosas, o por alguna otra razón que he olvidado.

El verano de 2013 se cobró su tragedia el día 24 de julio. Un tren descarriló a tres kilómetros de la estación de Santiago de Compostela, hubo 80 muertos. Al día siguiente se repartieron crespones negros para las funcionarias y las internas. El 11 de septiembre, la Diada. En la portada de *La Vanguardia*, Inma Holgado y su padre cogidos de la mano entre la multitud, eslabones de la cadena humana que iba de norte a sur, desde La Junquera hasta Vinaroz. Vía Catalana hacia la independencia. El 5 de diciembre se intentó un minuto de silencio por la muerte de Nelson Mandela, pero fue imposible, la cárcel es un lugar muy ruidoso. La Navidad de 2013 no dejó ningún recuerdo. En la primavera de 2014 ganó Eurovisión una tía con barba, y en junio abdicó el Rey. Y a mediados de julio, merodeando sin rumbo por los pasillos, me topé con un aviso clavado en el tablón de anuncios con un título de lo más optimista. «Empezar es lo más fácil». Nuevo taller en los cursos de orientación. Dos veces por semana. Aula de informática.

Edición en formato digital: octubre de 2020

© imagen de cubierta, Ana Teresa Barboza. Montaje de Diane Parr
© Del poema «Encargo», SALVO EL CREPÚSCULO,
Sucesión Julio Cortázar, 1984

© Berta Marsé, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4187-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

BERTA MARSÉ

Encargo



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas